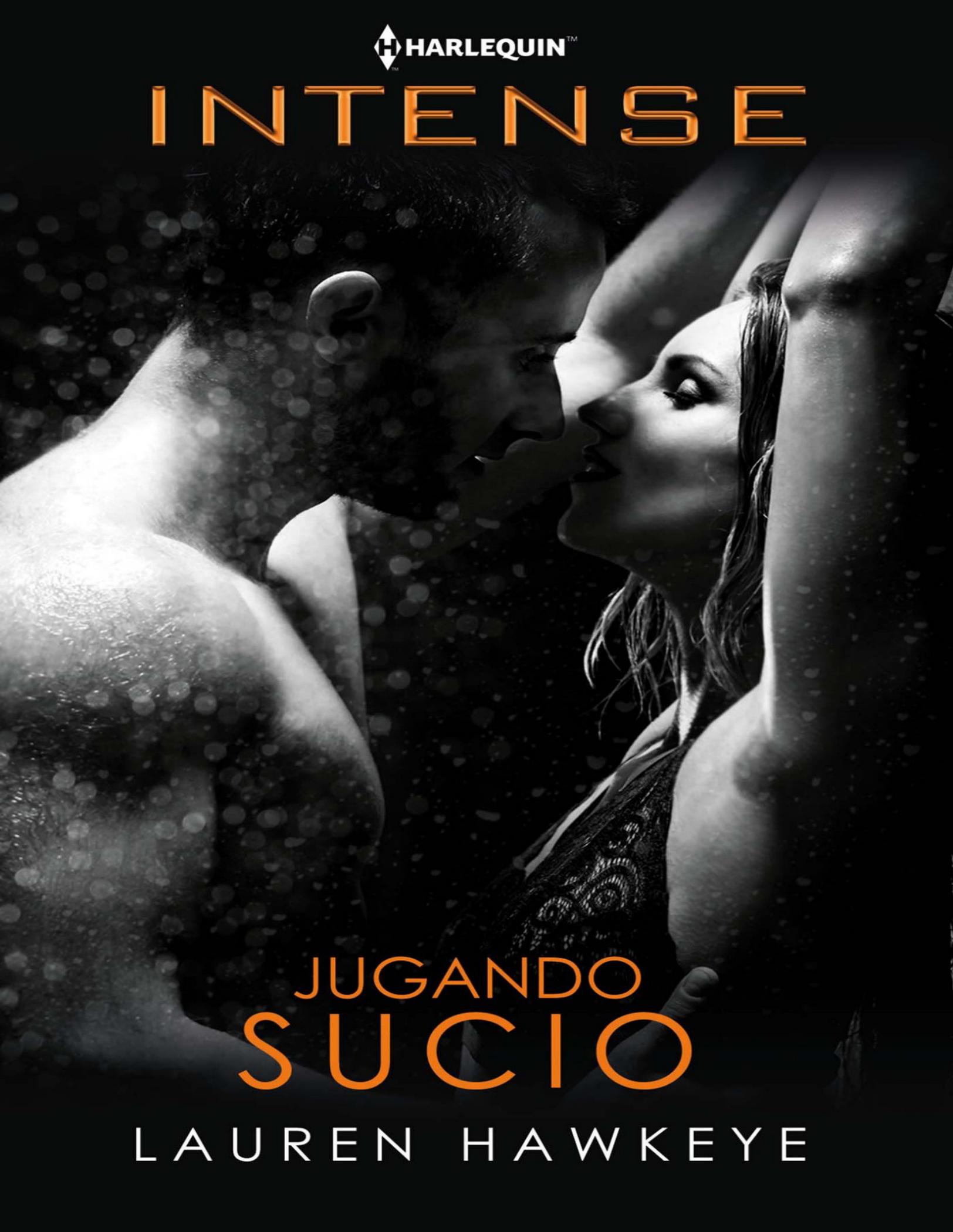


 HARLEQUIN™

The Harlequin logo, featuring a stylized 'H' inside a diamond shape, followed by the word 'HARLEQUIN' and a trademark symbol.

INTENSE



JUGANDO
SUCIO

LAUREN HAWKEYE

INTENSE

JUGANDO
SUCIO

LAUREN HAWKEYE



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Lauren Hawkeye
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Jugando sucio, n.º 7 - diciembre 2018
Título original: Playing Dirty
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1307-511-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

Entonces

Allí había algún error.

Ford Lassiter apartó la vista de la casa marrón con forma de bloque que se levantaba en un solar amplio, a la sombra de verdes árboles frondosos. Miró el GPS de su teléfono y entornó los ojos ante el icono parpadeante que le informaba de que había llegado a su destino.

—Genial.

Había pagado mucho dinero por lo mejor que ofrecía la tecnología y en aquel momento, cuando necesitaba que funcionara bien el GPS, lo llevaba hasta una propiedad deteriorada del South End en lugar de al taller que necesitaba desesperadamente para arreglar su automóvil, que producía un traqueteo de muy mal augurio.

Perdería su reunión en las afueras de la ciudad. Eso ya no tenía remedio. Pero no estaba acostumbrado a que las cosas no acontecieran según sus planes y aquello le producía una especie de picor imposible de rascar.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Golpeó el centro del volante con la mano y se sobresaltó cuando hizo sonar el claxon sin querer. Eso lanzó una sobrecarga de adrenalina por su cuerpo, una inyección de cafeína en su sangre, y no pudo evitar mofarse un poco de sí mismo.

—Puedes dirigir un imperio pequeño sin ayuda —Ford se recostó en el asiento de piel—, pero no puedes conseguir que arreglen tu coche sin un ayudante.

Aquello hería su orgullo. Después de todo, tenía un doctorado. Era un hombre muy inteligente y muy rico.

Podía perfectamente arreglar el maldito vehículo sin necesidad de una niñera.

Frunció el ceño y escribió de nuevo el nombre del taller que le había recomendado el viejo de la gasolinera: Marchande Motors.

Ha llegado a su destino.

—Muy bien, pues —o había algo que él no veía o tendría que matar al diseñador de Google Maps.

Salió del Porsche Turbo plateado y se permitió un momento para desperezarse y mirar a su alrededor. Estaba aparcado en una calle tranquila en un barrio viejo, que parecía que podía haber sido pijo en otro tiempo pero que obviamente había visto días mejores. Comparada con la cuadrícula ordenada del centro de Boston, donde pasaba la mayor parte del tiempo, aquella zona resultaba... confusa.

Casas familiares con muchos años detrás entremezcladas con algún que otro modelo nuevo, probablemente construido después de haber derruido casas viejas que no podían soportar el embate de los elementos ni un día más.

En los patios de algunas de las casas mejores había automóviles aparcados, y bonitas jardineras con flores adornaban los alféizares de las residencias más pobres. Nada de eso tenía sentido para Ford. Suponía que poseería algún encanto para alguien más novelero, pero él solo veía caos.

Había tenido una reunión en un suburbio del sur de la ciudad y su vehículo había empezado a hacer ruidos raros desde que había entrado en el South End. Nunca había pasado tiempo allí y solo tenía que mirar a su alrededor para saber por qué.

Apretó los labios y echó a andar por el sendero lateral del edificio que le habían indicado.

—Vamos allá.

Los árboles viejos y retorcidos habían ocultado el hecho de que el edificio estaba en un solar que hacía esquina. Cuando dobló esta, vio un camino de entrada y vehículos alineados en una fila más o menos ordenada.

Más que verse que la casa contenía algo más, se oía. Sonaba música, y sonaba tan alto que se preguntó cómo era posible que no la hubiera oído antes. Tuvo la respuesta cuando cruzó la vegetación verde que actuaba a modo de barrera y el volumen aumentó aún más.

Ford hizo una mueca porque las notas estruendosas del bajo amenazaban con lograr que le estallaran los tímpanos.

Reconoció vagamente la música de Metallica, y aunque hasta el momento había resistido el impulso de menospreciar todo aquello, esa elección lo situó en un punto sin retorno. ¿Quién escuchaba *Enter Sandman* cuando había miles de opciones más civilizadas? Como el grupo Coldplay, por ejemplo.

El cartel de plástico con letras torcidas que señalaba que allí estaba el taller que buscaba hizo poco por mejorar su opinión. Estaba clavado al césped con una estaca de madera, y aunque Ford pensó que las letras habrían sido rojas en otro tiempo, ahora eran de un rosa salmón desvaído.

—No pienso dejar mi coche aquí —rumió. Sabía que era un poco esnob y no le importaba. Trabajaba duro para estar a la altura de su apellido, que era más de lo que nunca había hecho su padre. ¿Qué tenía de malo que disfrutara de las ventajas que acompañaban a la riqueza?

—¿Va a dejar las llaves o piensa seguir ahí todo el día? —gritó una voz femenina desde las profundidades en sombra del garaje.

Ford se sobresaltó. No había visto a nadie dentro. Entrecerró los ojos ante el brillante sol de mediodía, pero no pudo ver a la persona que hablaba.

No estaba acostumbrado a que le hablaran así y no le gustó.

—Parece que he venido al lugar equivocado.

Un taller unido a una casa destartada, con música lo bastante alta para dejarlo sordo y una mujer que le gritaba en vez de sonreírle, que era lo que le sucedía habitualmente... No. Sencillamente no.

Con la espalda recta, se volvió sobre sus zapatos italianos de piel hechos a mano y empezó a alejarse.

—Si busca otro taller, sé de seguro que el de Jimmy está saturado.

La voz de la mujer tenía un fuerte acento de Massachusetts, el mismo acento que él había intentado tanto erradicar en sí mismo. Eso debería haberlo irritado aún más, pero después de lo que acababa de decir, no podía concentrarse en su voz.

—Me ha enviado a mí el trabajo con el que estoy ahora porque está a rebosar.

«Mierda». El traqueteo del Turbo sonaba mal, su ronroneo habitual era casi silencioso. Aun así, quizá se habría arriesgado... si hubiera conseguido recordar la última vez que le habían hecho una revisión.

Se giró, sacó su teléfono y escribió un mensaje a su ayudante, sin importarle que había querido probar que podía hacer aquello solo. Jeremy, tan eficiente como siempre, respondió en menos de un minuto.

Esto no te va a gustar, pero no mates al mensajero. Hasta dentro de al menos doce horas no llegará una grúa. Ha habido un choque en cadena cerca del puerto y están todas las grúas allí, limpiando el desastre.

Ford apretó los dientes.

¿En qué taller estás? ¿No puedes dejar el Porsche allí y envío un coche a recogerte?

Calle abajo sonó un motor, que rugía volviendo a la vida. Ford se sobresaltó y estuvo a punto de dejar caer el teléfono.

El motor fue seguido de un lenguaje grosero y de gritos, todo con el acento indiscutible de Boston.

El Turbo era su tesoro, la primera compra importante que había hecho cuando había empezado a ganar dinero. No, no lo abandonaría allí toda la noche.

—¿Dónde dejó las llaves? —preguntó con voz tensa, cuando se giró de nuevo y echó a andar.

Entró por la puerta abierta del taller, observó los estantes terriblemente desordenados e inhaló el pesado olor a aceite de motor y gasolina.

No conseguía ver a la persona que había hablado, lo cual le resultaba exasperante.

—Déjelas en ese mostrador.

La voz procedía de debajo de él. Sorprendido, bajó la vista y vio un par de botas de trabajo muy sucias que sobresalían por debajo de un viejo Contour roñoso. La voz misteriosa.

—¿Puede hacer el favor de salir un momento para que podamos hablar? —preguntó Ford.

No estaba acostumbrado a tener que pedir esas cosas. Cuando entraba en el rascacielos del centro de Boston donde estaba el cuartel general de su conglomerado de hoteles, la gente se ponía firme. El guardia de seguridad le sonreía al pasar. La gente retenía el ascensor. En su piso, un ayudante le tendía una taza de café solo y el otro su tableta, con la agenda del día abierta ya para que la mirara.

De la zona de sus pies subió un bufido muy poco femenino.

—Si salgo a hablar con usted, tendré que dejar de trabajar en este vehículo. Y eso retrasará el vehículo siguiente y, en consecuencia, también el suyo —la voz, por lo demás dulce, sonaba impregnada de sarcasmo—. Y adivino que usted tiene mucha prisa por irse de aquí, así que no, no saldré hasta que termine. Deje las llaves en el banco, rellene un formulario y vuelva dentro de tres horas, o llame a una grúa que se lleve su auto al lado norte.

Jeremy había dicho que eso no era una opción. Aquello resultaba inaceptable.

—¿Tres horas? —Ford estaba indignado—. Eso no puede ser. Le pagaré más para saltarme la fila, pero espero que mi automóvil esté arreglado lo antes posible.

Su tono era el mismo que usaba en el campo de batalla de la sala de juntas, el tono que siempre, siempre, le daba los resultados apetecidos.

Los pies, que daban golpecitos al ritmo de la música, se quedaron inmóviles. Un olor a vainilla y miel le llegó a la nariz segundos antes de que la mujer saliera rodando de debajo del Contour.

Ford tuvo una impresión breve de cabello moreno e increíbles ojos azules, y de pronto, la criatura, ataviada con un mono azul marino, estaba de pie y no solo lo miraba de hito en hito sino que además le empujaba el pecho con el dedo.

Él sabía que no iba a ganar ningún premio feminista, pero le sorprendió que el mecánico fuera mujer. Había asumido que la voz pertenecería a la recepcionista o a algún ayudante. No porque pensara que las mujeres no fueran capaces de hacer cualquier trabajo que quisieran, simplemente porque no se lo esperaba.

—Un momento —Ford no tenía intención de tolerarle aquel tratamiento a ningún proveedor de servicios, fuera o no fuera mujer. Imposible.

Pero no tuvo ocasión de decirlo así.

—«Lo antes posible» será en cuanto termine con este auto y el que viene detrás —los ojos de ella lanzaban llamas cerúleas que amenazaban con incinerarlo—. Aquí intentamos ser justos y lo justo es que usted espere su turno.

—No sé si entiende cuánto dinero estoy dispuesto a pagar... —Ford intentó hablar y la mujer volvió a pincharle en el pecho.

—¿Qué clase de persona cambia las normas por dinero? —preguntó.

Resopló, se echó hacia atrás una trenza larga morena y Ford volvió a captar

aquel curioso olor a vainilla. Era un aroma que resultaba muy fuera de lugar rodeado de grasa de motor, pues le hacía pensar en magdalenas.

Un pensamiento extraño en él, que raramente se permitía tomar dulces.

—¿Quiere decir que no hay nada que pueda hacer para acelerar este proceso? —Ford apartó los dulces de su mente y se aferró a su irritación. Le resultaba especialmente molesto no poder ver bien a aquella criatura extraña que tenía las agallas de gritarle. No podía ver a la persona por el mono informe ni su piel debajo de la gruesa capa de grasa de motor. Daba la impresión de que hubiera estado cavando en una mina de carbón.

La mujer le sonrió con dulzura, pero él se dio cuenta de que sus ojos, que eran lo único claramente visible en ella, brillaban todavía.

—Como ya he dicho —señaló el escritorio—, ya me ha retrasado usted. Así que, por lo que más quiera, si desea que arregle su maldito coche, deje las llaves en ese banco y rellene el formulario.

—No puedo creer que esté atascado aquí —murmuró Ford cuando se volvía para hacer lo que le habían dicho. Oyó una risa despreciativa que le hizo volverse de nuevo.

—En realidad, estará atascado en el café que hay calle abajo —la expresión de ella era burlona. Obviamente, tenía una opinión tan pobre de él como a la inversa—. No tengo sala de espera.

Con el movimiento fluido de alguien que tenía mucha práctica, volvió a colocarse sobre la cosa que rodaba, y que Ford no sabía cómo se llamaba, y desapareció de nuevo debajo del Contour.

Él buscó en su mente una frase ingeniosa que pusiera a aquella mujer descarada en su sitio, pero no se le ocurrió nada que pudiera transmitirle el respeto que estaba acostumbrado a recibir a aquella granuja cubierta de grasa, a la que claramente eso no le importaba nada.

Frunció el ceño, se acercó al banco de trabajo y prácticamente arrojó las llaves sobre la superficie inacabada de madera. Tomó un lápiz grueso y un formulario, movió la cabeza y, en lugar de rellenarlo, sacó una tarjeta de presentación que contenía toda su información relevante y la sujetó al formulario con un clip.

Marchande Motors.

Propietaria, Beth Marchande.

O sea que no era solo la mecánica, también era la propietaria. Ford no sabía qué hacer con aquella información. La mujer no encajaba en ninguno de los apartados preconcebidos que tenía para clasificar a las hembras de la especie. Y él necesitaba clasificarlo y desclasificarlo todo.

¿Qué era la vida sin orden?

Parecía que aquella mujer extraña que olía a vainilla le iba a obligar a descubrirlo.

Capítulo 2

Beth no aceleró el trabajo que había que hacer en el Contour ni en el enorme camión que siguió. Cuando se apresuraba, cometía errores, y los errores dañaban la reputación de su negocio.

Perder un cliente implicaba perder dinero, y a sus hermanas, a Mamesie y a ella no les sobraba el dinero. Todas se esforzaban para seguir en la casa familiar, y a veces eso implicaba arreglar vehículos de gilipollas a los que habría preferido mandar a paseo.

Eran ya casi las cinco cuando por fin se limpió la grasa de la cara y los brazos y tomó las llaves que el hombre elegante había arrojado sobre el banco de trabajo. Las había arrojado con mal humor y ella sonrió al recordarlo.

Era tranquila por naturaleza, o eso decían siempre sus hermanas, pero cuando alguien amenazaba sus ideas sobre lo que estaba bien y lo que estaba mal, tendía a perder los estribos. Y ni siquiera el hecho de que el ofensor fuera increíblemente atractivo disminuía el peso de sus ofensas, al menos, no para ella.

—Era de esperar —resopló sin aliento cuando vio el logotipo de Porsche en el llavero.

Cuando dobló la esquina y vio el Turbo plateado aparcado a un lado de la calle tranquila, lanzó un silbido.

El hombre pijo no solo era sexy, además estaba forrado. Beth ya lo suponía. Todo en él gritaba que era un habitante del lado norte. ¿Qué demonios hacía allí, en el South End?

Y, más aún, ¿qué hacía con un Porsche de diez años? Ella estaba casi segura de que podía permitirse uno nuevo. Aun así, un Turbo era un Turbo y no pudo reprimir la excitación cuando abrió la puerta del automóvil. Se disponía a entrar cuando se dio cuenta de que, aunque se había limpiado la cara y las

manos, el mono seguía empapado de grasa. Y estaba segura de que aquel don Tieso se enfadaría si le ensuciaba los asientos de piel de color mantequilla.

Se quitó el mono sucio, hizo una bola con él y lo arrojó al asiento del acompañante. Se sentó al volante vestida con el top blanco acanalado y los pantalones cortos de yoga rosas brillantes que llevaba debajo.

Pasó las manos por el volante y no pudo reprimir un gemido. Su alegría por estar al volante de algo así era casi sexual, se sentía de maravilla.

Pensó con una sonrisa que podía darse un viajecito manual en el asiento y se imaginó la cara del dueño si se lo contaba después.

Era tentador pero poco profesional, así que optó por poner el coche en marcha y frunció el ceño cuando oyó el traqueteo.

—La transmisión —se dijo.

No tenía que mirarlo, era muy buena mecánica y había oído antes aquel ruido. Pero quería hacerle un diagnóstico completo al Turbo, así que lo introdujo en el taller, abrió el capó y suspiró al oír el susurro suave del elevador automático.

Sin molestarse en volver a ponerse el mono, empezó a hurgar en las entrañas de la hermosa máquina, donde lo que vio la disgustó bastante.

El problema principal, como sospechaba, era la transmisión. El sistema de filtrado estaba obstruido, los sellos se habían endurecido y habían descuidado el fluido. El Turbo necesitaba una pieza nueva.

El desgaste formaba parte de la propiedad de un coche. Pero eso, combinado con el fango que pasaba por aceite, la corrosión en el sistema de enfriamiento, los inyectores atascados...

Estaba segura de que el hombre... ¿Cómo se llamaba? Tomó el formulario, donde dejó manchas en el papel blanco.

Ford Lassiter. Claro. Un nombre sofisticado para un hombre sofisticado. Y graduaciones en las universidades sofisticadas que aparecían debajo de su nombre. Y Beth estaba dispuesta a apostar a que Ford Lassiter solo había revisado su coche una docena de veces en los diez años que hacía que lo tenía, suponiendo que fuera el dueño original, y ella asumía que sí.

Un irresponsable.

—¿Está arreglado?

Beth se volvió y vio al hombre en cuestión de pie en la entrada del taller, con el sol de la tarde marcando su silueta por detrás. Era alto, probablemente más de un metro ochenta, más alto que el metro setenta de ella. Su cabello era

de ese rubio oscuro que recordaba a los leones, y resaltaba el sorprendente color chocolate de sus penetrantes ojos.

Era delgado, pero su cuerpo parecía duro, como si hiciera algo más que ir a un gimnasio. El traje que llevaba era de buen corte y obviamente caro y hacía que luciera bien su cuerpo.

En las horas transcurridas desde su marcha, se había quitado la chaqueta, aflojado la corbata y desabrochado los botones superiores de la camisa blanca. Y en contraste con la elegancia del atuendo, ahora llevaba una lata abierta de Coca Cola en la mano. Beth prefería aquella segunda imagen. De hecho, cuando lo miró a los ojos y se apoyó en la puerta brillante del Turbo, descubrió que sentía ganas de ronronear al verlo.

Aunque él no era su tipo en absoluto.

—Pues claro que no está arreglado —a pesar de su irritación, sintió un temblor en el vientre cuando lo miró con atención. Habría tenido que estar muerta para que no fuera así.

—¿Cómo que no está arreglado? —él frunció el ceño y Beth enarcó una ceja.

Sexy o no sexy, esperaba que le hablara con respeto cuando le diera la noticia.

—¿Cuándo fue la última vez que le hizo una revisión de mantenimiento a este vehículo?

Se apartó de donde estaba y le hizo señas para que se acercara a mirar con ella debajo del capó. Él vaciló y a ella no le pasó por alto el modo en que recorría con la mirada su cuerpo, que estaba mucho más a la vista que cuando llevaba el mono.

«Interesante». Beth siempre había tenido habilidad para leer en la gente, probablemente porque prefería esperar y observarlos antes que lanzarse en picado. Y esa habilidad le decía que Ford Lassiter era un hombre que mantenía un control rígido en todo momento.

Si hubiera tenido dinero, habría estado dispuesta a apostar a que él no inspeccionaba a una mujer con tanta deliberación, a menos que quisiera que la mujer lo supiera.

No se había movido, pero la miraba intensamente.

«Vaya, vaya, vaya». El ricachón quería divertirse en los barrios bajos, ¿eh? Beth sonrió con suficiencia, dobló un dedo para llamarlo y movió intencionadamente las caderas al inclinarse sobre el capó abierto.

Sería divertido jugar un poco con aquel poder leonino, aquel control tan tenso. Y cuando él por fin se dignó acercarse, sin molestarse en ocultar la curiosidad y atracción que revelaban sus ojos, ella no pudo negar la punzada que sintió en el vientre cuando sus ojos se encontraron.

«Química». Ni se puede crear ni se puede fingir. O estaba presente entre dos personas o no lo estaba. Y parecía que el señor Ford Lassiter y ella la tenían al nivel más elemental.

Él apoyó una cadera en el Turbo y la miró con una sonrisa de suficiencia propia. Ah, sí, él también lo sentía y, a menos que Beth se equivocara, le divertía la idea de sentirse atraído por una mujer como ella.

Beth se había propuesto vivir sin preocuparse de lo que pensaban de ella los demás, pero todavía le molestaba cuando alguien, aunque fuera un desconocido, la miraba como si fuera una de las salvajes chicas Marchande del lado equivocado de la ciudad. Pero a la mierda con eso. Haría que la deseara tanto que le diera vueltas la cabeza y luego lo dejaría plantado.

—¿No lo recuerda? ¿Ni siquiera con todos esos títulos de listo detrás de su nombre? —echó atrás la cabeza y lo miró mientras esperaba su respuesta.

—No me acuerdo —él ni siquiera tuvo la decencia de mostrarse avergonzado, aunque ella notó que enderezaba un poco la espalda en un gesto algo defensivo—. Soy un hombre ocupado.

—Pues imagino que un hombre ocupado como usted tendrá gente que se encargue de detalles como el mantenimiento de su coche —aunque Beth sonreía, por dentro pasaba de la irritación a la rabia—. ¿Esta máquina sofisticada suya? Mucha gente de por aquí tiene que trabajar cinco años para ganar ese dinero.

No pensaría en lo que sus hermanas y ella podrían pagar con aquel dinero. Reemplazar la caldera que amenazaba con morir todos los inviernos, arreglar el agujero en el tejado por el que entraba la lluvia...

—Algunas de esas personas pensarían que debería cuidar de algo así. Asumir cierta responsabilidad.

—Tiene razón —por fin una muestra de que era humano. Un leve asomo de culpabilidad. Pero fue suficiente para derretir la rabia de ella.

Probablemente él nunca habría pensado en cuánto tiempo tenían que trabajar otros para pagar uno de sus juguetes. ¿Y por qué lo iba a tratar como algo especial si seguramente tendría un garaje lleno de ellos en casa?

—¿Me puede poner eso por escrito? Tengo la impresión de que no es algo

que diga muy a menudo —Beth enarcó una ceja.

Ford parpadeó, aparentemente sorprendido, y luego soltó una carcajada.

Fue una risa exuberante, no la risita controlada que habría esperado en él, y logró que le temblaran las piernas. Para ella no había nada más sexy que un hombre que podía reírse de sí mismo.

—No se acostumbre. Probablemente no volverá a pasar —Ford apretó los labios, como si se diera cuenta de que había perdido un momento el control—. En serio, ahora que hemos establecido que no cuidó bien mi auto, ¿qué es lo que le pasa? ¿Necesita una pieza que no tiene?

Beth no pudo reprimir un bufido sarcástico.

—Eso es un comienzo, pero no, normalmente no tengo piezas para coches de estos. No hay mucha demanda de ellas por aquí.

¡Era tan obvio que eran de mundos diferentes! Beth se frotó la mejilla. La sonrisa de él le indicó que probablemente se acababa de dejar una mancha de grasa en la piel limpia, pero no le importó. Ella era así. Era lo que había.

—La transmisión está destrozada. Hay que cambiarla. Puedo cobrarme un favor y tener la pieza aquí por la mañana, puesto que adivino que probablemente esté dispuesto a pagar la tarifa de la prisa. Pero cambiarla llevará un día entero de trabajo —Beth alzó la mano al ver que él abría la boca, probablemente para discutir. Desde su punto de vista, allí no había nada que discutir—. Pero si sigue tratando el coche así, le sugiero que me deje arreglar todo lo que le pasa mientras está en el taller. Los sistemas de combustible y enfriamiento necesitan arreglos, tiene algo de corrosión y hay que cambiar el aceite.

—Entiendo —Ford la miró fijamente y con firmeza y Beth le sostuvo la mirada y se sobresaltó cuando él fue el primero en apartarla, soltó un ruidito de exasperación y agitó las manos en el aire—. ¿Qué es esa música?

—Música de cítara —contestó ella.

Aquella lista de reproducción le gustaba tanto como la de heavy metal que había puesto antes. La música era una parte tan importante de ella que le parecía una lástima no apreciar toda la que pudiera.

—Claro —y pareció que era aquello lo que por fin lo dejaba fuera de juego, la música que salía del teléfono de ella.

Beth contuvo el aliento y pasó los dedos por el extremo de su trenza. Sus pechos empujaron hacia delante cuando exhaló el aire y Ford volvió a mirarla con hambre, no lujurioso, sino más bien como reconociendo aquella conexión

extraña entre ellos.

Beth no creía en el amor a primera vista, pero... Sí, en la lujuria sí creía.

—Música de cítara. Heavy metal. Color morado en el pelo y olor a vainilla y grasa de motor en la piel —él parecía divertido—. ¿Nunca te han dicho que eres una mujer única?

—Continuamente —estaba segura de que era mala idea, pero el modo en que la miraba aquel desconocido la excitaba mucho. Siguiendo su instinto, tomó la lata de Coca Cola que él sostenía todavía y se la llevó a los labios—. Pero tú apenas has empezado a rascar la superficie. Yo soy mucho más que el color de mi pelo.

—Imagino que sí —dijo él.

La observó atentamente cuando se llevó la lata a los labios y tomó un sorbo. El subidón de azúcar le explotó en la lengua y Beth imaginó que también acababa de probar un leve sabor a él.

—¿Siempre eres tan directa? —él miró la lengua con la que se lamía ella los labios.

—¿Tienes miedo de que te pase piojos? —Beth le devolvió la lata y enarcó una ceja—. Y sí, a menudo soy así. Suelo ser muy clara con lo que quiero.

Se apartó de donde seguían juntos debajo del capó del Turbo, enlazó las manos y bajó la cabeza.

—Pero a veces también me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

La última frase la dijo con el corazón galopante. ¿Habría juzgado mal la situación? Imposible. Le gustaba perseguir lo que quería, eso era verdad, y no la avergonzaba quererlo. Pero normalmente sentía aquella conexión que tenía con Ford cuando la dinámica entre ella y la otra persona era la correcta, y en ese caso, si la otra persona quería el control, ella quería cederlo.

Ford retrocedió un paso, lo cual no era lo que ella esperaba. Volvió a mirarla y ella sintió que le ardía la piel por el roce de los ojos de él.

No, no se había equivocado, lo sentía en los huesos. Pero él no parecía muy complacido con aquella idea.

—Le diré lo que haremos, pues —dijo. La lucha por recuperar el control era evidente en su voz. Un parpadeo de ella y él volvía a ponerse la máscara de ejecutivo, ocultando con ella el indicio de pasión que Beth había entrevisto antes—. Pida la pieza, arregle el coche y llámeme cuando esté listo para recogerlo.

Beth sintió el mismo frío leve que había sentido cuando él se había

mostrado incómodo con lo que quiera que fuera aquello que creaba chispas entre ellos. Lo sintió y no le gustó.

No pedía un anillo, simplemente se entregaba a sus necesidades y deseos, como sus hermanas y ella habían hecho siempre.

—No ha preguntado cuánto costarán la pieza y el trabajo —Beth estaba de mal humor, así que cerró el capó del Turbo con una fuerza que habría hecho que mucha gente se volviera a comprobar si había golpeado el motor con un palo de golf.

Él no se volvió. No los miró ni al vehículo ni a ella.

—Como usted misma ha dicho, puedo permitírmelo —dijo.

Pues muy bien. Era evidente que quería resaltar las diferencias entre ellos. Bethladeó la cabeza y lo observó salir del camino de entrada en dirección al café, probablemente a preguntar qué opciones había para dormir. Ella sabía que no eran muchas y sospechaba que no iría lejos.

Caminaba ligero, con los andares de un hombre que sabía que tenía el mundo a sus pies. Al final la miró, como atraído por la mirada de ella.

Cuando sus ojos se encontraron, la intensidad de la conexión casi hizo caer a Beth de rodillas. Sí, la atracción estaba allí y era la más fuerte que había sentido en su vida.

¿Por qué, entonces, se alejaba él?

Podía quedarse pensando en ello o podía ir a llorar el rechazo con sus hermanas y una botella de vino, pero nunca le había encontrado el punto a eso. El sexo tenía que ser fácil, divertido. Y para ella siempre lo sería.

Si a Ford Lassiter le resultaba incómodo sentirse atraído por ella, ese era su problema. Beth estaba muy contenta con cómo era. Aun así, le parecía una lástima que él fuera tan estirado.

Un hombre que resultaba tan atractivo vestido, muy probablemente estaría aún mejor desnudo.

Capítulo 3

Ford dejó el vaso de whisky sobre la barra, cuya superficie estaba pegajosa. Era el segundo whisky de la noche y tenía la sensación de necesitar al menos uno más solo para recuperar la dirección de sus pensamientos.

Desde su interludio de esa tarde con la mecánica se sentía descentrado. Y no conseguía entender por qué.

—¿Quiere otro?

Incluso en aquel bar sórdido, unido al motel igual de sórdido en el que no había tenido más remedio que reservar una habitación, la camarera que se acercó era más su tipo que la mujer que lo había reñido aquella tarde por irresponsable. Alta y esbelta, de cabello rubio y con una blusa sin mangas, se parecía más a las mujeres con las que salía en la ciudad.

Limpia. Simpática.

Consideró la idea de calmar parte de su frustración coqueteando con la rubia. Quizá eso condujera a una cena agradable y a una sesión de sexo igual de agradable.

Pero antes de llegar a decidirlo conscientemente, su mano tapó el vaso.

—Ahora mismo no, gracias.

Captó un brillo de decepción en los ojos de la rubia, que asintió y se alejó. Ford se maldijo interiormente. Ese era el tipo de mujer por el que debía sentir atracción.

Las mecánicas con buenas curvas y dibujos de tinta de colores en su piel pálida no tenían cabida en su vida. Ni siquiera por una noche. Y no por esos colores, sino por otras razones más oscuras.

Se acomodó mejor en el taburete en el que estaba sentado desde que había sentido la necesidad de huir de la cutre habitación del motel que le daba escalofríos, bloqueó de su mente la música atronadora que salía de una

máquina de discos de otra época y se permitió recordar la imagen de ella, de Beth Marchande.

Nada en ella tenía sentido.

Se movía como si no le importara nada en el mundo, pero no temía hablar cuando tenía algo que decir. Segura de sí misma. Se mostraba segura de sus curvas, de un modo que las mujeres delgadas como palillos que conocía en su mundo no hubieran sido capaces.

Su pelo, recogido en aquella trenza gruesa, era negro como la noche por arriba y morado brillante más abajo. Morado. ¿Qué clase de mujer llevaba el pelo morado?

Y sin embargo, no podía dejar de imaginarlo envuelto alrededor de su puño mientras la embestía.

«Por Dios». Tenía que empezar a controlarse o se pondría en evidencia en medio de aquel bar sórdido.

Había estado menos de una hora en presencia de ella y ya sabía que nunca la olvidaría. Era demasiado vibrante para borrarla de la memoria.

«Olvidalo». Sabía que esa tarde lo había estropeado todo por gilipollas. Sería mejor hacerle una seña a la camarera rubia y pedirle otra copa para olvidar a Beth Marchande, de Marchande Motors.

Pero, maldición, cuando ella se había quedado allí de pie, con las manos cruzadas con sumisión... Cuando había hecho aquella invitación, había dicho que le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, él había adivinado la silueta de un piercing en su pezón derecho, apretado contra la tela fina del top.

Ella había llegado hasta el núcleo de sus deseos más bajos, los que había intentado enterrar con puño de hierro.

Muchos hombres con su poder y en su posición se entregaban a placeres hedonistas de todo tipo y él no los juzgaba por eso. Pero después de ver a su padre tener esposa tras novia tras amante y tratarlas a todas como si fueran posesiones...

Por lo que a Ford se refería, los hombres buenos no sentían el impulso de atar a sus mujeres. No les cosquilleaban las manos con el anhelo de enrojecer su piel blanca, de dejar una marca de dominio.

La pequeña mecánica tatuada hacía que todo esos deseos latentes subieran a la superficie rugiendo y amenazaran con desbordarse.

Eso no podía ser.

Y sin embargo, allí estaba. Era verdad que no le apetecía alejarse del

Turbo, pero esa no era la única razón para que, en lugar de llamar a un coche que lo llevara a casa, hubiera tomado una habitación en el único motel que había podido encontrar cerca del taller.

La mujer lo había enganchado. Aunque no quisiera, estaba interesado.

«Mala idea, Ford. Muy mala idea».

—Perdone —dijo, alzando la mano para llamar a la camarera.

Tomaría la tercera copa y después se daría una larga ducha fría. Trabajaría en la habitación del motel hasta que estuviera listo su coche y luego se iría de allí tan deprisa y tan lejos como pudiera.

Huyendo de la tentación.

El volumen de la música subió en la siguiente canción, una melodía lenta y sensual que no reconoció. En otro punto de la barra cubierta de vinilo, un joven alto que llevaba botas de trabajo se dejó caer en un taburete y sacó un billete de cinco dólares.

—Necesito una cerveza, Sallie, y la necesito ya. Hay todo un espectáculo ahí y tengo sed.

—Marchando, Ned —Ford vio que Sallie, la camarera rubia, deslizaba una jarra de cerveza a lo largo de la barra hasta el hombre. Después se inclinó sobre la madera forrada y miró en la dirección por la que había llegado él. El hombre también miró hacia allí. Los dos parecían haberse acomodado para ver un espectáculo.

Ford siguió su mirada y sintió un puñetazo instantáneo de lujuria en el vientre. La mecánica sexy estaba en la pista de baile y no se andaba con chiquitas. Llevaba unos vaqueros rotos y desgastados, tan cortos que apenas cubrían un trasero con curvas suficientes para que un hombre pudiera agarrar bastante carne. Una camisola de encaje mostraba trozos seductores de piel además de un sujetador negro que sostenía en alto sus pechos exuberantes.

Unas botas negras de cuero con tacones de aguja envolvían sus pantorrillas y subían hasta más allá de las rodillas. Ford podía imaginarla vestida solo con esas botas, agarrando el cabecero de la cama con las manos mientras él se movía con fuerza y rapidez entre sus muslos abiertos.

Era espectacular. Con aquel pelo loco y los tatuajes que le cubrían los brazos y la clavícula, no era su tipo en absoluto. Pero en ella funcionaban bien. Se movió incómodo en el taburete y notó que a él también parecían funcionarle bien.

—¡Maldita sea! —masculló.

No pudo reprimir un gemido cuando Beth entró en el campo de luz y él se dio cuenta de que no estaba sola. No, tenía una mujer delante, un hombre apretado a la espalda y los ojos cerrados y se movía entre los dos cuerpos con expresión soñadora y movimientos sensuales y seguros.

El hombre que tenía detrás era moreno y de piel oscura, y Ford podría haber estado celoso si no hubiera estado tan fascinado con el modo en que el hombre agarraba el pelo de Beth y le echaba la cabeza hacia atrás. Lo que había visto de ella ese día indicaba que protestaría si la obligaban a hacer algo, pero sus labios, brillantes y muy rojos, se abrieron con un gemido que él no pudo oír pero que resonó igualmente en su cabeza.

La mujer que tenía delante, una pelirroja con un vestido ceñido, frotó sus pechos contra los de Beth. Ford se movió de nuevo en el taburete y su pene se empalmó al máximo cuando la mujer bajó la cabeza y trazó lentamente con la lengua un camino por el pecho de Beth.

«¡Maldición!».

Como si hubiera hablado en alto, Beth abrió en ese momento los ojos. Alzó la cabeza y miró en dirección hacia donde él estaba sentado, dolorido... Lo miró directamente a los ojos.

Esa tarde, los ojos de ella habían sido del color del cielo, pero en el bar eran fuego de color zafiro y las llamas lamían la piel de él. Su vientre se tensó cuando ella sonrió perezosamente y a continuación se soltó lenta y sensualmente de los otros.

La pareja siguió bailando detrás de ella, pero a Ford eso no le importó. Él miraba a la mujer que se acercaba despacio, ondulando las caderas con deliberación.

—¡Qué curioso encontrarle aquí, sir Lassiter! —se detuvo muy cerca de él y su perfume de vainilla logró que a él se le hiciera la boca agua y apretara la mandíbula.

—¿Sir? —Ford arqueó una ceja y se esforzó mucho por no hacer lo que en realidad quería, que era ponerle las manos en la cintura, subirle la camisa y sentir el calor de su piel.

—Sí, pareces un sir —Beth sonrió y se acercó más, hasta colocarse entre los muslos abiertos de él. Ford sintió que su expresión se oscurecía. Ella sabía muy bien lo que hacía, lo que pedía.

—¿Por qué dices eso? —preguntó él. Su instinto le exigía apretarla contra su cuerpo para que ella supiera bien el efecto que le producía.

Pero no lo hizo.

—Porque pareces tan correcto y noble como un aristócrata. Un caballero. Sir Lassiter —Beth se adelantó solo un poco y él sintió la curva de su cadera en la parte interna del muslo.

Se le secó la boca.

—Como si te esforzaras mucho por hacer lo que crees que es correcto. Pero dime una cosa —ella echó la cabeza atrás y lo miró a los ojos—. ¿Por qué negarte algo que quieres, que los dos queremos, es hacer lo correcto? Sé que tú también lo sientes.

Aquella pregunta lo desarmó. Había estado en salas de conferencias con multimillonarios, con jeques, con tiburones, y los había superado a todos.

Pero la mujer que olía a magdalenas conseguía hincarlo de rodillas.

—Es... —intentó explicarse, pero ella lo interrumpió. Retrocedió y su ceño repentino rompió el conjuro.

—Entiendo —frunció los labios en una mueca de sonrisa—. No soy el tipo de mujer con el que quieres relacionarte, ¿verdad? Ni siquiera por una noche. Permíteme que te diga que tú te lo pierdes.

«Un momento. ¿Qué?».

—Espera un minuto —cuando Beth se volvió, Ford hizo lo que había imaginado, la agarró por la cintura y la colocó en la V que formaban sus piernas. Esa vez la pelvis de ella conectó con su erección y él saboreó su modo brusco de inhalar—. ¿Qué quieres decir?

—Creo que se explica solo —Beth lo miró con frialdad, aunque no se apartó—. El pelo, los tatuajes... Soy demasiado salvaje para ti.

—¡Oh!, ¿eso crees? —el modo en que lo miraba, segura de que tenía razón, suponía un reto, y Ford se moría de ganas de aceptarlo.

¿Creía que no le gustaba porque no era su tipo de mujer habitual? No podía negar que no era la clase de mujer en la que solía fijarse y que aquella atracción instantánea por ella lo confundía bastante.

Pero ese no era el problema. El problema era lo que ella le hacía sentir.

—El color de tu pelo o la tinta de tu piel me importan un bledo, ¿entiendes? La necesidad de probar que ella no era el problema se imponía rápidamente a su sentido del control, la única otra cosa que le había impedido aceptar su oferta esa tarde.

—No te conozco y, sin embargo, me haces desear cosas que no me resulta cómodo desear. Me haces sentir cosas que no debería —le apretó la cintura

con fuerza, para recalcar aquel punto y saboreó el estremecimiento de ella, que incrementó su propia excitación.

—¿Por qué te resulta incómodo desear algo si no le hace daño a nadie más?
—ella volvía a mirarlo, con los párpados pesados encima de sus grandes ojos
—. ¿O es que piensas que sí le hace daño a alguien?

Él mantuvo la mirada fija en su rostro, absorbiendo cada matiz de su expresión, que era honesta.

Algo le decía que Beth Marchande no se iba a sentir asqueada con las exigencias que pudiera tener con ella.

—A veces un poco de daño es bueno, sir Lassiter... Especialmente si yo pido que me lo hagan.

—¡Joder! —Ford subió las manos por los costados de ella, por su caja torácica y las curvas de sus pechos, tiró de ella hacia delante y le aplastó los labios con los suyos.

En lugar de ofrecerle un beso tan dulce como la vainilla a la que olía, ella gimió bajo la presión, abrió la boca y sacó la lengua para enredarla con la suya.

Él deslizó una mano detrás de la cabeza de ella y empuñó la larga melena de pelo negro y amatista, que era lo que sus dedos anhelaban hacer. Tiró con brusquedad de la cabeza de ella hacia un lado y bajó los labios por la columna del cuello. Los posó en su pulso y clavó los dientes para reclamarlo para sí.

—¿Y bien? ¿Qué va a ser, sir Lassiter? —la pregunta de Beth le raspó el oído y ella se estremeció cuando los dientes de él le marcaron la piel—. ¿Vas a ser bueno o vas a ser malo? ¿Tú qué crees?

Ford apartó el vaso, pues le bastaba la presencia de ella para embriagarse y se levantó, asegurándose de que todos los planos de su cuerpo rozaran el cuerpo de ella al hacerlo.

Los ojos de ella brillaban con el mismo deseo que sentía él. Ford sacó un billete de cincuenta dólares de su cartera y lo arrojó sobre la barra.

—Creo —le tomó la mano, se la llevó a los labios y la mordisqueó—. Creo que ahora vamos a volver a mi habitación y voy a buscarle una ocupación mejor a esa boca tuya tan hábil.

Capítulo 4

«¿Qué estoy haciendo?».

Aquella mujer era diferente. Exótica. Salvaje. No se parecía a ninguna de las mujeres por las que se había sentido atraído antes y no estaba seguro de sentirse atraído por ella. Él no iba a por lo exótico, rehuía lo salvaje.

Y sin embargo, cuando le puso una mano en la parte baja de la espalda para guiarla al salir del bar, habría podido jurar que casi sintió una descarga física solo con el contacto de sus dedos en aquella pequeña hendidura de la espina dorsal de ella.

El Turbo había sido su primera adquisición en el camino hacia el éxito. Lo había conservado porque nada le había producido una sensación tan buena como aquel primer logro. Aquel primer marcador del éxito que se había ganado él solo, no con la ayuda de sus padres.

En la década que hacía que lo tenía había comprado y vendido coches, propiedades e inversiones. Había buscado a algunas de las mujeres más interesantes y hermosas del mundo. Había convertido su pequeña cadena hotelera en algo de renombre internacional.

Nada se había acercado ni de lejos a aquella ilusión primera, al subidón de saber que había conseguido algo por sí mismo.

Nada, hasta aquel momento.

Beth le dijo algo al pasar al gigante que había en la puerta y este se echó a reír. Al instante siguiente estaban fuera y, después del calor impregnado de cerveza del bar, el aire fresco de comienzos del otoño en Massachusetts resultaba tan refrescante como un baño en la piscina un día caliente.

Él la observó sacudirse la larga mata de pelo ondulado. El morado brillante parecía etéreo y misterioso con aquella luz tenue.

¿Qué le ocurría? El pelo morado no era sexy. Llevar el brazo lleno de

tatuajes no era sexy.

Excepto porque en ella sí lo eran.

Ella lo miró y él se metió las manos en los bolsillos. Los ojos azules de Beth casi brillaban, llenos de una intención maliciosa, cuando lo miraba despacio de la cabeza a los pies.

El cuerpo de él respondió y una necesidad oscura le tensó el vientre. No sabía por qué deseaba tanto a aquella mujer, pero la deseaba con un ansia que parecía primitiva en su intensidad.

—Te invitaría a mi casa, pero esta mañana noté que no era lo tuyo —ella sonrió con suficiencia y a él se le hizo la boca agua. Sabía que lo provocaba deliberadamente.

Por la conversación que habían tenido por la tarde en el taller y la dinámica entre ellos, a menos que se equivocara mucho, ella quería lo mismo que él se había esforzado mucho por no ofrecer.

—Está claro que no has creído que hablaba en serio cuando he dicho que encontraría algo mejor que hacer con tu boca —Ford no podía evitarlo. Las necesidades que normalmente no le costaba ignorar le arañaban la piel, suplicándole que las dejara libres para estar con ella.

La inhalación brusca de ella fue una confirmación. El fuego llegó hasta el núcleo de él.

«Los hombres buenos no quieren esto».

Entonces, quizá él no era un hombre bueno.

—¿Vienes? —Beth enarcó una ceja y echó a andar en dirección al motel. Ford no habría podido evitar seguirla aunque hubiera querido.

El pequeño rectángulo del aparcamiento estaba bordeado de habitaciones por tres lados. A él le habían dado la número 12 y no le habían gustado gran cosa la colcha de flores barata, la alfombra verde áspera ni las luces anticuadas, aunque al menos estaba limpia. Esa vez no vio nada de eso cuando Beth cerró la puerta tras ellos, se sentó en el borde de la cama y lo miró con un amago de burla en aquellos ojos increíblemente azules.

Ford quería deslizar las manos en las ondas largas de su pelo y volver a saborear sus labios, tocarla hasta que estuviera sin aliento y desapareciera todo vestigio de esa burla. Quería arrojarla sobre la cama e introducirse en ella.

Necesitaba contenerse, recuperar el control. Hasta el momento, ella había insinuado lo que quería y además había sido la que marcaba el paso.

Pero eso se había terminado.

—¿Te gusta el vino? —preguntó él.

Los goznes de la puerta del pequeño frigorífico gimieron al abrirla. Antes había puesto a enfriar una botella del mejor chardonnay que había podido encontrar en el pequeño supermercado de la esquina. Se sintió ridículo cuando se dio cuenta de que no tenía un sacacorchos.

Aquello era frustrante. Se suponía que tenía que estar al cargo. ¿Por qué no podía hacerlo?

—¿Necesitas esto?

Beth abrió el cajón de la mesilla, sin molestarse en ocultar una sonrisa por la incomodidad de él. Allí, al lado de un ejemplar ajado de la Biblia, había un sacacorchos de camarero.

—¿Pasas mucho tiempo aquí? —Ford reprimió un gruñido de frustración cuando tomó el sacacorchos.

Abrió la botella con soltura. Había tantas sensaciones abriéndose paso en su pecho de dentro a fuera, que ni siquiera le molestó estar sirviendo aquel vino caro en vasos de agua.

—He estado aquí antes, sí —Beth tomó el vaso que le ofrecía, se lo llevó a la nariz, inhaló y lo miró—. Y por la razón que probablemente estás pensando. ¿Eso te molesta?

¿Le molestaba pensar en ella con otros hombres?

La deseaba, pero no la conocía. No tendría que importarle lo que ella hubiera hecho antes.

No le gustaba la idea de que la tocaran otros hombres cuando le dolía la polla de ganas de estar entre sus suaves muslos.

—Bebe el vino —evitó intencionadamente contestar a la pregunta. Se colocó frente a ella y la miró beber un sorbo, confuso por la expresión que cruzó por los labios de ella después—. ¿Qué ocurre?

—Soy más de cerveza —ella frunció los labios y dejó el vaso a un lado. Se puso de rodillas en la cama con la misma tranquilidad que si estuviera en su casa. Se alzó hasta que estuvo al nivel de él, le echó los brazos al cuello y le pasó la lengua por los labios—. Pero no he venido aquí a beber.

—¿Y a qué has venido? —Ford levantó un brazo por detrás de la cabeza, le agarró las manos y las sujetó allí. Respondió a la mirada directa de ella y se sintió triunfador cuando ella fue la primera en apartar la vista.

—Bien, sir Lassiter —ella se lamió los labios de nuevo e intentó apartarse,

pero contuvo el aliento cuando él la sujetó con fuerza y le impidió moverse. Los pechos de ella rozaban casi su torso—. Creo que hemos establecido que aquí hay química. He venido a ver qué quieres hacer al respecto.

Eso hizo que él perdiera el control, que se evaporó en un crepitar de llamas. Sir. Aquella boca burlona lo llamaba sir.

No quería analizar por qué la deseaba ni por qué no debería. No quería resistirse más.

—Yo... —las palabras se atascaban todavía en su garganta, incluso mientras deslizaba las manos por los brazos de ella y las bajaba por su espalda.

—Creo que has dicho que tenías algún encargo para mi hábil boca —ella se arqueó ante el contacto de él como un gatito al sol, agarró el dobladillo de su blusa y se la sacó por la cabeza. Él la soltó el tiempo suficiente para que la tirara al suelo y luego gimió cuando vio lo que ella escondía debajo.

Sus pechos eran perfectos. Un poco grandes para caber en la mano, dos globos suaves situados altos en su torso esbelto. El sujetador era de encaje negro, con un dibujo que dejaba ver claramente el contorno de los pezones rosas. Uno estaba atravesado por una pequeña barrita de plata y la vista de eso rozando el encaje resultaba de lo más sexy.

Ford quería colocar su verga entre aquellas curvas y dejarse llevar.

Los hombres de verdad no hacían eso.

Ella notó que dudaba. Emitió un sonido mitad zumbido y mitad suspiro y le tomó las mejillas con las manos para obligarlo a mirarla.

Como si él pudiera mirar a otra parte.

—Oye —los ojos de ella estaban fijos en el rostro de él y en sus profundidades azules no había ni rastro de vacilación—. Estoy aquí porque estoy bastante segura de que queremos lo mismo. Una noche de sexo increíblemente apasionado. Sexo sucio. ¿Por qué no paras de pensar tanto y te dejas llevar?

Era una mujer muy exigente. A Ford tampoco solía gustarle eso, pero, al oírla, algo cobró vida en su interior... todos los deseos que normalmente escondía en un lugar muy profundo.

Ella había dejado claro que era aquello lo que quería. ¿Qué tenía de malo permitirse disfrutar de ello solo por una noche?

—Esa boca tuya —bajó la cabeza, le rozó los labios con los suyos y profundizó enseguida en el beso. Rozó con la lengua las comisuras y ella se

abrió a él y ronroneó con aprobación cuando él le acarició la lengua con la suya—. Creo que tenía algo pensado para ella.

—Yo también lo creo así.

Ella le puso las manos en los pectorales y pellizcó un poco antes de bajar las manos rozando la piel de él con las uñas. Le acarició el estómago y enganchó los dedos en la cintura del pantalón.

—Mmm—sus manos rozaron la cabeza del pene, que estaba completamente empalmado, y se engancharon en la cintura del calzoncillo corto—. Sí, creo que los dos queremos lo mismo. A menos que tú estés así de contento por otra cosa.

—Estaré más contento cuando hagas lo que te dicen.

¿Había dicho él eso? Se había criado en la sociedad de Boston. Las mujeres con las que salía normalmente se habrían quedado espantadas. Quizá hasta lo habrían abofeteado.

Beth solo sonrió.

A él le temblaron los músculos del estómago cuando ella le desabrochó el botón del pantalón y bajó la cremallera. El roce metálico resonó en una atmósfera que resultaba de pronto muy tensa por el deseo.

Ford tiró de sus pantalones y los bajó hasta la cadera. Su verga quedó libre y él siguió su instinto y tomó la polla en su puño.

—Esa es una buena imagen, sir Lassiter —Beth lo apartó de la cama con un empujón suave en las caderas y se deslizó al suelo. Se irguió de rodillas y colocó las manos en los muslos de él—. Apuesto a que esta es ideal para mí.

La lujuria se centraba en la entrepierna de él y era un dolor físico. ¿Cuánto hacía que no tenía a una mujer de rodillas con el único propósito de comerle la polla? Desde el instituto, probablemente. Le gustaba el sexo oral, pero nunca exigía que una mujer se pusiera de rodillas por él. Era una de esas cosas que tanto deseaba y que no se permitía pedir. Una cosa que asumía que una mujer hacía solo porque quería complacer, no porque ella sacara nada de ello.

Miró a Beth de rodillas, con los labios húmedos y preparados, y supo que ella sacaba tanto de aquello como él.

Sus ojos se encontraron cuando él deslizó una mano en el pelo de ella. Le masajeó el cuero cabelludo y guio la cabeza hacia delante, hasta que sus labios rozaron la cabeza del pene.

Los dos se estremecieron. Antes de que él pudiera tomar aire, los dedos de ella se unieron a los suyos y se doblaron alrededor de la verga.

Cerró la boca sobre ella, con un abrazo caliente y húmedo. Succionó y a Ford casi se le salieron los ojos de las órbitas.

Nunca se permitía jugar así, bordeando algo sombrío que lo tentaba y aterrorizaba a un tiempo.

Pero era una sensación muy buena.

—Esto se te da bien —dijo con voz ronca. Ella lo miró, y aunque él no pudo ver la sonrisa de suficiencia en sus labios, sí la vio en sus ojos. No pudo evitar sonreír a su vez—. Claro que, con lo descarada que es tu boca, seguramente no soy el primero que quiere tenerla ocupada.

Como si eso hubiera sido un reto, ella deslizó la mano por la longitud del falo y apartó los dedos de él. Lo acarició arriba y abajo, con un toque firme, al tiempo que se lo introducía más en el cielo sedoso que era su boca.

La mano libre de él se unió a la que tenía en el pelo de ella y no tardó en ayudar a guiar sus movimientos con la verga. El placer empezó a acumularse en la base de su columna y sus caderas comenzaron a embestir.

Necesitaba que parara si no quería correrse en su boca. Antes necesitaba ver el placer de ella. Quería que se corriera antes de poseerla, la quería débil y destrozada por el efecto que producía en él.

No esperaba para nada que ella tomara sus testículos con una mano y tirara con gentileza. Sus uñas forjaron un camino leve sobre la piel tierna, algo que nadie le había hecho nunca, y él vio estrellas.

—¡Beth! ¡Beth! —intentó tirar de la cabeza de ella hacia atrás. Ella emitió un zumbido, que él notó como una vibración en la polla, y volvió a pasar las uñas con gentileza por la unión de los testículos—. ¡Oh, joder!

El orgasmo surgió desde su mismo núcleo. El pene palpité en la boca de ella, que, en vez de sentirse repelida, apretó los labios con fuerza y tragó el semen. Él miró las líneas de su garganta, estaba transfigurado.

¿Quién demonios era aquella criatura de otro mundo? ¿Y dónde había estado escondida toda su vida?

Ella siguió lamiéndolo a medida que él se ablandaba contra su lengua, y al fin lo dejó salir de su boca. Después del calor de ella, el aire de la habitación resultaba frío.

Ford, jadeante, se permitió un momento solo para mirarla y buscar en su rostro algún signo de incomodidad.

No lo vio. Ella le sonrió y volvió a subirse a la cama. Se puso un instante a cuatro patas y a continuación se sentó en los talones y lo miró por encima del

hombro. Se desabrochó el sujetador y lo lanzó al aire.
—Mi turno.

Capítulo 5

«¿Pero por qué no se deja llevar?».

Aquel hombre era una bestia enjaulada, con la dominación aferrada a los barrotes. Beth no conseguía entender por qué, después de todo lo que le había dicho, todavía parecía creer que necesitaba contenerse.

Resopló sorprendida cuando él atrapó el sujetador que acababa de tirar.

—Buenos reflejos —dijo con una sonrisa.

Se preguntó si iba a tener que aferrarse con fuerza a aquel punto oscuro de él toda la noche para impedir que desapareciera. Respiró con fuerza cuando él levantó el sujetador y lo agitó en el aire.

—Esto me gusta —lo tiró al suelo y luego, con un movimiento que ella no anticipó, le tiró de los pies y la tumbó sobre la cama. Le dio la vuelta, de modo que quedó boca arriba y se sentó a horcajadas sobre sus caderas.

Su polla seguía colgando libre, hinchada, roja y húmeda por la boca de ella. Beth alternaba la mirada entre el pene y el modo en que él se desabrochaba la camisa, que cada vez mostraba más trozo de torso.

Él escondía un cuerpo increíble debajo de aquel traje. El trabajo que le obligaba a llevarlo lo contrarrestaba de sobra con actividad en el gimnasio.

Ella no pensaba quejarse.

La miraba con tanta intensidad, que ella casi sintió el impulso de cubrirse los pechos desnudos. Casi. El piercing del pezón derecho. Por supuesto, no se cubrió, sino que esperó a ver lo que haría él. Si tendría que empujarlo o si se dejaría llevar.

—¿La parte inferior hace juego con la superior? —él sonrió con malicia y deslizó una mano debajo de ella. La subió por la parte de atrás del muslo y agarró el culo bajo el minúsculo pantalón. Apretó y ella empujó, disfrutando la sensación de su piel desnuda en la mano de él.

—Hagan juego o no, no parece que haya gran cosa —él movió la mano a la parte delantera de la cadera y luego a la unión del muslo de ella con el torso. Rozó la tela sedosa del tanga y ella lanzó un gemido tembloroso.

—Levanta —dijo él.

El pantalón bajó fácilmente cuando él tiró. Lo dejó en medio del muslo y se sentó en los talones a mirarla.

—Hacen juego —enarcó las cejas y ella sintió que se le enrojecía la piel donde él la miraba. En los pechos, el vientre, las caderas, los muslos y el pubis—. Creía que no sería así.

—Hablas como si fuera algo malo —ella quería abrir los muslos y sentir el peso de él entre ellos, pero con los pantalones en mitad de los muslos, no podía—. Pareces el tipo de hombre que envía conjuntos de lencería a sus novias. Con ligas y medias incluidas.

—¡Oh!, eso es terrible —asintió él. Terminó de bajarle los pantalones con movimientos firmes. Ella se incorporó sobre los codos y tendió la mano hacia la cremallera de una de las botas, pero él la detuvo enarcando una ceja.

—Las botas se quedan —dijo. Bajó los pantalones por encima de las botas de piel—. Pero el tanga a juego se va.

—Obviamente —asintió ella, con voz rasposa.

Ford le bajó el tanga hasta los tobillos y luego se lo quitó. Lo tiró al suelo y a continuación la sorprendió tirando de ella a través de la colcha hasta que su trasero quedó en línea con el borde de la cama.

¡Oh, sí! Los muslos de ella se estremecieron de anticipación. Aquello iba a ser bueno.

A algunos hombres no les gustaba ponerse de rodillas por una mujer, pero Ford lo hizo como hacía todo: con seguridad. ¡Qué demonios! Aunque ella sabía muy bien que se contenía para no dejarse llevar por la parte dominante que le salía a veces, se mostraba cómodo. Un hombre que estaba seguro de su lugar en el mundo.

Beth estaba cómoda consigo misma, pero su lugar en el mundo todavía no había quedado definido. La seguridad de él la atraía como el polen a una abeja.

Arqueó la espalda y alzó la cabeza, disfrutando de la sensación de su pelo en la piel caliente de la espalda, antes de dejarse caer de nuevo sobre el colchón. Cuando él cerró sus grandes manos en el interior de los muslos de ella, Beth respiró hondo y cerró los ojos.

—Deja los ojos abiertos —dijo él.

Apretó, clavando los dedos en la piel de ella. Beth hizo lo que le decía y miró la longitud de su cuerpo desnudo hasta donde estaba él arrodillado. Se había subido los pantalones hasta las caderas, pero los había dejado desabrochados. Ella veía la punta de su miembro, que estaba en proceso de volver a empalmarse y escapaba por la hendidura del calzoncillo.

Tenía todavía su sabor en la lengua, y sin embargo, se le hacía la boca agua. Quería todo lo que él tenía que ofrecer.

—Los ojos abiertos —le recordó él con dureza cuando empezó a cerrar los párpados—. Quiero que me mires. Quiero que me mires cuando te corras y tengas muy claro quién es el que te hace sentir tan bien.

—No es probable que lo olvide —ella soltó una risita temblorosa que se convirtió rápidamente en un gemido cuando él golpeó su piel suave.

Ella creía que hablaría más, que seguiría con aquellas palabritas sucias que resultaban tan extrañas saliendo de un hombre como él y que, sin embargo, le iban perfectamente. En vez de eso, le abrió más los muslos, le agarró un tobillo y colocó una de las piernas de ella en su hombro.

Beth se estremeció en anticipación del primer contacto de la lengua de él. Sentía ya su aliento caliente y húmedo en los pliegues. Lo miró a los ojos cuando bajaba la cabeza y la intensidad de su mirada tormentosa la dejó sin aliento.

Podía negarlo todo lo que quisiera, pero ser mandón iba con él. La dominación encajaba con su personalidad. Y si se permitiera dejarse llevar por ella, podía volverlos locos a los dos.

Él bajó la boca. Besó con la boca abierta la grieta entre las piernas de ella y ella movió las caderas bajo él. Él metió la nariz entre sus pliegues y la lamio de arriba abajo y de abajo arriba. Ella soltó un grito suave.

—Estás húmeda. Empapada —él hizo girar la lengua alrededor del clítoris—. Te ha gustado comerme la polla, ¿verdad?

Ella gimió, y gritó cuando él volvió a darle un golpe leve en la parte interior del muslo.

—Contesta.

—Sí, me ha gustado comerte la polla —ella hablaba con voz ronca y ondulaba las caderas bajo las caricias de él—. No lo habría hecho si no me gustara.

—No, creo que no lo habrías hecho —comentó él. Se apartó solo lo

bastante para mirarla y ella protestó y deslizó las manos en el pelo de él—. Dudo mucho de que hagas algo que no quieras.

—No lo hago —ella levantó las caderas—. Por favor, vuelve a lo que estabas haciendo.

—Mmm —él tarareó contra ella y la vibración viajó por su vientre, que estaba muy tenso—. Me pregunto qué es lo que te gusta. ¿El hecho de comer la polla o dar placer a tu pareja?

Ella entreabrió los labios e intentó pensar para formular una respuesta, pero al parecer la pregunta de él era puramente retórica. Volvió a apretar la boca en el cuerpo de ella, pero esa vez lo hizo con una intensidad que la dejó sin aliento.

Cuando había coqueteado con él por la tarde en el taller, creía que tendría que ser ella la que lo sedujera. La que convenciera al hombre del traje de que se diera una vuelta por el lado salvaje.

Cuando deslizó un dedo en su interior y siguió moviendo la lengua en círculos en su clítoris, tuvo que admitir que no era ella la que seducía.

—¡Joder, sí! —dijo. Él movió la lengua sobre el clítoris y ella sintió la sensación hasta en los dedos de los pies—. Justo ahí. Más.

—Ansiosa —él soltó una risita cuando ella intentó cerrar las piernas para huir de la sensación, y arqueó al mismo tiempo las caderas para adelantarse hacia su boca—. Me gusta.

Él sacó el dedo de los pliegues resbaladizos de ella, pero enseguida volvió a meterlo, aunque esa vez metió dos. Los movió a modo de tijera dentro de ella, estirando sus tejidos hinchados, y Beth sintió que aumentaba la tensión en su interior.

—Eso es —él volvió a golpearle el muslo derecho, en el mismo lugar exacto. La piel allí empezaba a arder, del mejor modo posible. Acentuaba el placer que amenazaba con estallar—. Te vas a correr para mí ahora mismo. Si lo haces, te daré mi polla.

Desde luego, aquel hombre no necesitaba que lo sedujeran. Cuanto más se retorció ella, más sucia se volvía la expresión de él. Era como si hubiera estado cubierto con una fina capa de hielo, incoloro e insípido, que permitía ver muy poco del hombre que había debajo. El orgasmo había resquebrajado aquel hielo y ella captaba ya imágenes del hombre completo.

Del hombre de verdad.

Y le gustaba.

Ansiaba verlo todo.

—Venga —él rozó de nuevo el clítoris con los dientes y la ola que se movía dentro de ella se elevó más y más—. Déjate ir.

Dobló los dos dedos dentro de ella y frotó con ellos un punto que le hizo ver las estrellas a Beth. Al mismo tiempo, usó la otra mano para frotar con fuerza la piel que había golpeado y volver a prender así el ardor. Fue ese ardor lo que hizo que la ola alcanzara finalmente la cresta. Beth gritó el nombre de él y se estremeció, pegando su rostro a la boca de él.

Él la lamió durante los temblores, lo que le provocó temblores secundarios. Cuando las olas aflojaron por fin, se dejó caer de espaldas en la cama jadeando, con una capa de sudor intentando enfriar su piel enfebrecida.

—Eso se te da muy bien —dijo, pasándose una mano por la frente.

—Se me dan bien muchas cosas —contestó él.

Se levantó y ella se esforzó por incorporarse sobre los brazos flojos y poder verlo. Estaba de pie al lado de la cama, con la camisa abierta, los pantalones alrededor de las caderas y una resolución en la mirada.

Era una buena imagen.

Ella miró con la boca seca cómo se quitaba la camisa. Esta cayó al suelo y él enganchó las manos en la cintura del pantalón y lo bajó despacio. Su miembro, ya totalmente empalmado, quedó libre y ella no pudo evitar respirar con fuerza.

La mayoría de los hombres se desnudaba lo más deprisa posible. Ella solía hacer lo mismo, así que nunca había tenido motivos para quejarse. Nunca se le había ocurrido que pudiera ser tan sexy ver desnudarse a un hombre.

Ford sabía perfectamente lo que hacía. Sabía lo atractivo que era. Y hasta la arrogancia de su rostro resultaba sexy.

Él dejó caer los pantalones al suelo y los apartó con el pie. Se quedó de pie, totalmente desnudo, sonriendo al ver cómo lo miraba ella.

Sí, sabía que a ella le gustaba lo que veía.

—Pareces muy complacido contigo mismo —consiguió decir Beth, cuando se arrastraba hacia atrás en la cama.

Tragó saliva cuando él colocó primero una rodilla y después la otra en el lecho. Se acercó rápidamente y Beth esperaba que se echara encima de ella. En lugar de eso, él le puso las manos en los hombros, los acarició y luego le tomó los pechos. Ella se arqueó bajo su contacto y se alzó de rodillas para ofrecerse a él.

—Acabo de hacer que una mujer sexy grite mi nombre —repuso él, frotando los pezones de ella con los pulgares, una caricia suave que solo hacía que ella deseara más—. ¿Por qué no voy a estar complacido?

Tomó el piercing entre los dedos y lo giró. El placer la invadía a medida que él exploraba la barrita de plata, gruñendo de un modo que expresaba claramente cuánto le gustaba.

—Luego jugaré más con esto —prometió.

Bajó la cabeza y pasó la lengua por la barrita y el pezón con un solo movimiento. Después, con movimientos rápidos, le soltó los pechos y deslizó las manos por la cintura de ella. Agarró fuerte sus curvas y le dio la vuelta. Él quedó instalado con la espalda apoyada en el cabecero. Ella tenía las rodillas a cada lado de las de él y lo montaba a horcajadas. Lanzó un respingo cuando su hendidura húmeda e hinchada apretó la erección de él.

—Me sentiré más complacido cuanto montes mi polla —la voz de él era tan baja que ella tuvo que bajar la cabeza para oírlo.

—Me encanta que me hables así —comentó. Le gustaba mucho. La excitaba y la mojaba más de lo que recordaba haberse mojado nunca.

En los ojos espectrales de él brilló algo y ella respondió a eso. Le echó los brazos al cuello y vio que él miraba los tatuajes que iban desde sus muñecas hasta sus hombros.

—¿Por qué has elegido marcarte de ese modo? —preguntó Ford.

Beth se puso tensa un momento, pero en la voz de él no había censura, solo curiosidad. Se relajó. No le importaba que a la gente no le gustaran sus tatuajes, pero le cabreaba que la juzgaran por eso.

Sí, tenía tatuajes. También tenía cerebro. Familia. Un negocio. Los tatuajes eran solo una parte pequeña de ella.

Ford no la juzgaba, aunque ella habría apostado el dinero que no tenía a que nunca había estado tan cerca de una persona tan tatuada.

—Por dos razones —dijo. Su voz sonó ronca y carraspeó—. La primera es que mi hermana Amy es artista de tatuajes. Cuando empezó a dedicarse a eso, mis hermanas y yo nos vimos empujadas a tatuarnos cosas que son importantes para nosotras. Una forma de reafirmación, supongo.

Soltó una mano y pasó los dedos por su tatuaje más antiguo, que reptaba a lo largo de su antebrazo. Decía: «La música calma a la bestia salvaje». Se lo había hecho a los dieciocho años, cuando estaba llena de emociones que no comprendía y lo único que las apaciguaba eran las horas que pasaba ante el

piano viejo de su casa.

Hacía casi diez años de eso, pero las palabras todavía resultaban apropiadas.

—¿Y la segunda? —él le clavó los dientes en el labio inferior, lo cual la excitó. Casi parecía que él adivinara lo que iba a decir.

—¿La segunda? —lo besó en el pecho y le clavó las uñas solo un poco. Él siseó, pero su cara indicaba que le gustaba—. La segunda es que me gusta el dolor.

Él exhaló algo que sonó como un juramento, pero no fue una palabra coherente. Parecía luchar de nuevo consigo mismo, con esa necesidad que daba la impresión de que no quería reconocer plenamente.

Beth no sabía si la necesidad que expresaban sus ojos significaba que había ganado o que había perdido. Pero adivinó algo cuando él volvió a morderle el labio inferior, y esa vez le clavó los dientes con tanta fuerza que ella supo que al día siguiente estaría hinchado.

—Eso no debería resultar tan sexy —murmuró él. Cerró los ojos y echó atrás la cabeza. Beth aprovechó el momento para pasar la lengua por la columna de su garganta. Ford se estremeció.

—¿Por qué te mientes a ti mismo? —ella observó el cuello de él, se lamió los labios y luego le hundió los dientes en el hombro. Ford se encabritó debajo de ella y su pene se deslizó por los pliegues de ella y rozó su clítoris—. A ti también te gusta. Siempre que nos guste a los dos, ¿qué mal hay en ello?

Él no contestó, al menos no con palabras. En vez de eso, sus manos buscaron las caderas de ella y las apretaron antes de dar un azote brusco en cada lado. El calor se extendió bajo sus dedos y ella, en respuesta, frotó los pezones tiesos contra el torso de él. El piercing se le enganchó en la piel a él, que se estremeció.

—Sí, así —dijo ella. Todavía no la había penetrado y ya sentía crecer el placer—. Me gusta mucho.

Él lanzó otro juramento entre dientes, pero no discutió. Asintió sin palabras, golpeando de nuevo sus caderas y frotando luego con brusquedad la piel caliente.

Ella se apretó contra él, saboreando la longitud dura del pene de él contra su humedad. Estaba enfebrecida.

—Quiero que lo hagas ahora —le gruñó él al oído—. Siéntate encima. Ahora.

Ella sintió deseos de jugar con él, de moverse adelante y atrás sobre su pene rígido para mostrarle quién tenía de verdad el control allí.

La expresión de los ojos de Ford le dijo que el momento de jugar había terminado. Se le aceleró el pulso y algo oscuro y necesitado empezó a arremolinarse en las profundidades de su vientre.

—¿Preservativo? —preguntó contra los labios de él. Se sumergió en el beso cuando él le tiró del pelo y la sujetó allí. En su cuero cabelludo ardían pequeñas terminaciones nerviosas y no pudo reprimir un ronroneo de satisfacción.

Él la había escuchado y le daba lo que quería. Lo que ansiaba. Cada minuto que pasaban juntos, piel contra piel, parecía sacar más y más a la superficie la bestia que él llevaba dentro.

Beth se moría por ver cómo sería si esa criatura escapaba del todo.

—En el bolsillo de mi pantalón —dijo él.

No la soltó hasta que ella se apartó y se arrastró por la cama para buscar los pantalones en el suelo. Cuando estaba inclinada rebuscando en los bolsillos, él aprovechó la oportunidad para darle tres azotes rápidos en el trasero, los tres en el mismo lado, y ella se encabritó con un respingo.

—Sí —siseó entre dientes, con la humedad empapando su hendidura.

Ford la agarró por la cintura y la llevó a la posición anterior, a horcajadas sobre su regazo. Tomó el condón y se lo puso en los labios. Ella sonrió, lo atrapó entre los dientes y mordió con fuerza. Él tiró y el papel de aluminio se rasgó. Ella sacó el aro de látex, pellizcó la punta, tiró de la polla de él, que descansaba contra su vientre y enrolló el preservativo hasta la base del pene.

Un gruñido de satisfacción salió de la boca de él cuando ella lo tocaba. Le levantó las caderas. Sus movimientos se iban haciendo cada vez más mandones y segundos después la tenía colocada sobre su miembro, con el glande apoyado entre los labios inferiores de ella.

—Tómame —dijo.

Era una orden, e hizo que ella se derritiera. Se hundió solo lo suficiente para introducirse la punta, con la intención de consumirlo lentamente. Él tenía otras ideas y la bajó con las manos, de modo que la empaló con una embestida dura. Ella gritó, moviéndose encima de él, buscando al mismo tiempo alejarse y acercarse más.

—Estás cerrada —gruñó él, debajo. Dio una serie de embestidas cortas, intentando penetrarla del todo. Ella no podía respirar. Él era muy grande—.

Ábrete para mí, muñeca.

Beth no sabía si podría. Se balancearon un momento, con el cuerpo de ella luchando contra él, pero deseando más placer. Él la besó en la boca, bajó las manos por las piernas de ella y las deslizó entre sus piernas para jugar con los pliegues.

Ella gimió, balanceándose encima de él, y él se hundió unos centímetros más. Los dedos de ella se aferraron a los hombros de él buscando apoyo.

Ford devolvió la mano a la cadera y tiró de ella hacia arriba. Su pene duro se arrastró por las tensas y ahora increíblemente sensibles paredes interiores de ella, produciendo terminaciones nerviosas con cada palpitación.

—Eso es —dijo. La volvió a bajar y ella sintió que recuperaba la tormenta de placer. Cuando él volvió a golpearle la cadera, sintió que se derretía en algo oscuro y soñador, más decadente de lo que nunca había sentido.

—Ford —ella no solía suplicar. Normalmente no. En aquel momento solo quería que continuaran las sensaciones. Que crecieran.

Se balanceó adelante y atrás en el regazo de él y tuvo el placer de ver cómo se nublaba su expresión. Los ojos de él, intensos y seguros, se posaron en los suyos y ella descubrió que no podía apartar la vista. Aquella mirada era su ancla en la intensidad que sentía mientras la guiaba arriba y abajo.

Era demasiado intenso. Un bucle de afecto se desplegó en su pecho, y, si le hubiera quedado espacio para sentir algo más, habría sentido pánico.

Empezó a retorcerse, desesperada por una liberación que se mantenía fuera de su alcance. Los ojos y las manos de él en las caderas la sujetaban a la tierra y su respiración se había vuelto jadeante.

—Móntame —él le bajó una mano por la espalda antes de volver a engancharla en su pelo. Ella no sabía por qué le gustaba aquello tanto con él, pero cada vez que le daba un tirón, se mojaba más—. Toma lo que necesitas. Hazlo ya.

Cuando le daba esas órdenes, ella no habría podido hacer ninguna otra cosa. Se mordió el labio inferior y centró su peso en las rodillas, con las manos extendidas en el pecho ancho y duro de él.

Se izó un poco, despacio, estremeciéndose de placer. A pesar de lo mojada que estaba, todavía tuvo que bajar con cuidado, dejando que el escozor se fuera fundiendo en deseo con el delicioso arrastrar del miembro de él por sus paredes interiores.

El modo en que encajaban juntos, la conexión que chisporroteaba en el aire

entre ellos, el modo en que él se mantenía perfectamente inmóvil, dejándole hacer lo que le había dicho que hiciera: montarlo... Todo eso se mezclaba en un nudo de placer que la hacía subir mucho más arriba de lo que había estado nunca. Su intención había sido mantener sus movimientos lentos y deliberados, saborear la ascensión hasta lo que sabía que sería uno de los mejores orgasmos de su vida.

No podía ir despacio. Sus movimientos adquirieron velocidad hasta que ella empezó a balancearse sobre la verga de él con abandono, frotando el clítoris en los planos fuertes de los abdominales de él. Ford tampoco seguía ya inmóvil. Una de sus manos se clavaba en la cadera de ella, empujándola a moverse más deprisa. Su pelvis subía cada vez que ella bajaba, y los dos se estremecían siempre que él llegaba al fondo del interior de ella.

El cuerpo de Beth empezó a temblar. Estaba muy cerca y era como hallarse atrapada en la estela de un *tsunami*, impotente para hacer nada que no fuera ser empujada adonde la tormenta quisiera llevarla.

Él, con la espalda chocando contra el cabecero, la embistió tan fuerte que ella vio las estrellas. La mordedora del dolor fue como una cinta escarlata que la atravesara y la tormenta en su interior empezó a estallar.

Él deslizó la mano con un gruñido para agarrarle el pecho. Ella se arqueó contra su mano y gritó cuando él frotó el pezón del piercing con el pulgar.

Beth necesitaba más. Y como si lo hubiera dicho en voz alta, él juntó los dedos y tiró un poco. Ella sintió el tirón hasta lo más profundo de su núcleo, y cuando él volvió a tirar, todo su cuerpo explotó.

—¡Ford! —no tenía intención de gritar el nombre de él, pero se le escapó de los labios cuando llegó el orgasmo. Se agarró a los hombros de él y se dejó llevar por el clímax. Volvió a gritar cuando él tiró del pezón una última vez, lo que le provocó otro temblor a ella en todo el cuerpo.

—No tienes ni idea de lo maravilloso que es eso —dijo él.

Notaba, por la respiración entrecortada de él y por el sudor que le cubría la frente, que estaba a punto de terminar también. Miró su hermoso rostro, fascinada, cuando se contorsionó de placer, aunque reteniendo la fiereza que se había ido agudizando a medida que se dejaba llevar.

—Puedo sentir cada temblor de tu placer, un placer que te he dado yo.

Con muchos otros hombres, ella probablemente habría hecho algún comentario, del tipo de que ella también podía darse tanto placer como le daban ellos, pero en aquel momento, eso habría sido una gran mentira.

Había tenido buen sexo otras veces. Muy bueno, incluso. ¿Pero aquello? Aquello estaba a otro nivel.

—Tú me has dado esto —gimió con suavidad en su oído, retorciéndose todavía contra él, aunque estaba perdiendo el control de sus músculos—. Déjame darte lo que quieres tú.

Él gimió como si le doliera algo. Ella se apretó en torno a él con deliberación y Ford contuvo el aliento. Beth pensó que eso era lo más sexy que había oído en su vida. A aquel hombre poderoso, descontrolado de placer por causa de ella.

—¡Joder! —dijo él entre dientes, y Beth lo sintió hincharse dentro de ella. Dio un respingo cuando él embistió varias veces con fuerza, con movimientos agitados, durante su orgasmo.

Ella bajó la cabeza, sin aliento, con la intención de apoyar la mejilla en su hombro. Pero él alzó una mano hasta la mejilla de ella y la guió de modo que su frente descansara en la de él, mirándose los dos a los ojos. Aquello era más íntimo de lo que a ella tendría que haberle resultado cómodo, pero con las endorfinas inundando sus venas y dejándola en la gloria, le parecía bien.

Esperó a que él cerrara los ojos para cerrar los suyos, todavía a horcajadas sobre él y con su pene dentro de ella. La había reclamado para sí. En aquel momento, su cuerpo era de él.

Pensaría en eso más tarde, pero por el momento se dejó flotar así.

Capítulo 6

Ford caminó la corta distancia desde el motel hasta el taller con una mezcla de anticipación y aprensión, respirando profundamente bocanadas de aire que olía a manzana y a humo, el aire de una tarde de otoño. Unos minutos atrás se había colgado la bolsa del ordenador portátil al hombro y había mirado el recinto pequeño de su habitación. Las sábanas estaban en el suelo y las almohadas habían sido arrojadas al otro lado de la estancia. El acre olor a sexo impregnaba el aire, mezclado con algún indicio de grasa de motor y vainilla.

La lujuria había vuelto a invadir su entrepierna. ¡Qué demonios! Estaba medio empalmado desde que se había despertado a las cuatro de la mañana y se había girado hacia Beth, hambriento por otra ración de su cuerpo.

Había seguido hambriento, porque ella se había ido. Él normalmente tenía el sueño ligero, pero después de aquel orgasmo de locura, había dormido como un tronco, lo que le había permitido a ella escapar.

Quizá fuera mejor así. Los dos habían conseguido lo que querían. Un sexo increíble.

El recuerdo de ella arrodillada ante él, con su polla en la boca y dejándose mangonear por él, tardaría en olvidarlo. El modo en que había respondido a él, en que lo había empujado a mostrarse dominante, quedaría impreso en su cerebro durante mucho tiempo, aunque fuera algo que probablemente debería olvidar.

Lo habían pasado bien, pero seguía dándole vergüenza. Se había mostrado brusco con ella. Le había tirado del pelo, la había golpeado y había jugado interminablemente con aquel fascinante piercing suyo.

Los hombres buenos no hacían eso. Suponía que tendría que considerar aquello como una dieta. Había hecho trampa y se había comido un pecaminoso

trozo de chocolate. Y después había llegado el momento de volver al pollo y la verdura cocida.

¿De verdad comparaba él el sexo con una comida aburrida? Estaba al final del camino de entrada al taller y soltó una risita. Le gustaba el sexo que tenía normalmente.

Le gustaba el pollo con verdura.

Aunque no era lo mismo que el pastel de chocolate.

Movió la cabeza para aclarar la mente. ¿Qué demonios le ocurría? Nunca se había sentido incómodo la mañana de después, probablemente porque normalmente solo se acostaba con mujeres agradables con las que salía.

Nunca se había sentido así después del sexo. Y no sabía cómo encararlo.

Se detuvo al final del camino de entrada y se ajustó la correa del ordenador portátil en el hombro. Irritado por el problema de su automóvil, en su última visita allí no había prestado mucha atención a la estructura. Se fijó en los amplios jardines, en la gran extensión de césped, probablemente muy difícil de conservar. De hecho, las dos cosas parecían muy descuidadas. Y también la casa, de dos plantas y espaciosa, pero cubierta de madera marrón desgastada por el tiempo, con un tejado a punto de caerse al que le faltaban tejas.

Aun así, su ojo de hotelero miró aquello y vio buena estructura. La casa había sido en otro tiempo algo especial y se preguntó cómo había llegado Beth a ser parte de ella. Había mencionado hermanas, pero aparte de eso y del taller, no sabía nada de ella.

No tenía ningún sentido que quisiera saber más. Ella no era el tipo de mujer con el que salía.

Nunca se había dejado llevar como esa noche. Los hombres de verdad no tendrían que desear las cosas que él se había permitido hacer, y sin embargo, no podía evitar que se le hiciera la boca agua con el deseo de más.

«Contrólate, chico».

Ford se riñó a sí mismo y miró el camino. En el corto paseo hasta allí había pasado a varios hombres que pedían dinero a un lado del camino y bastantes negocios cerrados, algunos incluso destripados y cubiertos de pintura de spray. Claramente, aquella no era una zona rica de Boston. Contrastaba tanto con su lujoso ático al borde del agua, que sintió unas punzadas de culpabilidad, pero las apartó.

Había trabajado duro por lo que tenía. ¿Por qué se iba a sentir mal por ello?

¿Pero eso implicaba que la gente que vivía allí no trabajaba duro? Un par

de días atrás, quizá habría hecho esa generalización, pero después de ver el negocio de Beth, sabía que al menos una residente de esa zona sí trabajaba mucho.

Esa vez salía música pop por la puerta del taller. Los gustos musicales de ella eran muy raros. Aunque cuando asomó la cabeza, creyó reconocer la canción, no sabía de dónde. O sí, era una de las canciones de un grupo de chicos británicos de pelo largo.

Heavy metal. Música de cítara. Grupo de chicos con vaqueros ceñidos. Tres pistas más en el puzle que era Beth.

La música ocultó las voces femeninas hasta que llegó a la puerta del taller. Se detuvo en seco al ver a tres mujeres allí, ninguna de las cuales era Beth.

—¡Vaya, vaya, vaya!

Una de las mujeres se levantó de la tumbona destartada en la que estaba sentada y tomó una lata de soda abierta de uno de los bancos de trabajo. Era alta y esbelta, con una melena de pelo rubio rizado que le llegaba hasta la cintura. Sus vaqueros rotos y su top blanco mostraban una buena cantidad de piel, y una gran parte de esa piel estaba cubierta de tinta. Hasta llevaba un tatuaje cubriéndole la clavícula y la garganta, un tatuaje que parecía un cuello de encaje. Llevaba al menos el doble de tatuajes que Beth. Ford se preguntó si sería Amy, la hermana tatuadora.

—¿Te has perdido, encanto?

«¿Encanto?».

—Despacio, Amy —una de las otras mujeres estaba reclinada en un sillón viejo y roto. Ford parpadeó al verla, no pudo evitarlo. Era hermosa, incluso vestida con un mono vaquero y... «¡Caray!».

Llevaba el mono encima de un sujetador y nada más, lo cual mostraba claramente sus curvas. Y estaba tejiendo. Ford no sabía dónde mirar.

—¿Por qué? —la primera mujer dio un par de pasos en dirección a él y Ford sospechó que la oscilación de sus caderas era deliberada—. A lo mejor el cachorrito perdido busca una... comida.

Ford sabía que no interpretaba mal la indirecta.

—Porque apuesto a que esto es lo que tuvo a nuestra Beth fuera de casa hasta altas horas —contestó la que tejía, sonriendo con calma a Ford.

Dejó la calceta, echó hacia atrás su melena castaña salteada de rosa y la recogió en una coleta. Luego se estiró, lo que hizo que sus curvas salieran del mono. Había un tatuaje saliendo de su escote.

La tercera mujer no decía nada, solo golpeaba con los talones el banco de trabajo en el que estaba sentada. De estatura media, era la más delgada de las hermanas, y los vaqueros cortos rotos y la camiseta de hombre ceñida que llevaba acentuaban esa delgadez. Lucía una media melena teñida muy negra y el pelo rozaba su mandíbula cincelada y su barbilla levemente puntiaguda cuando golpeaba el banco.

Sus ojos de color caramelo miraban a Ford con recelo.

—Mmm —la primera mujer, ¿Amy?, lo miró lentamente y él no pudo evitar sentir vergüenza—. Una elección interesante esta vez, Beth.

—Opino igual. Y tiene un nombre. Se llama Ford —Beth surgió sin previo aviso de debajo de una SVU tosca que había en el taller.

Ford se sobresaltó. Miraba a las otras mujeres y no había notado las botas de trabajo de ella cerca de sus pies. Tumbada de espaldas sobre aquella cosa de rodar que usaba, lo miró con sus ojos intensos. Un atisbo de sonrisa entreabría sus labios.

—Hola.

—Hola —contestó él.

Verla así tumbada debajo de él renovó su interés. Al despertarse por la mañana, había querido poseerla así, colocarse entre sus muslos suaves y deslizarse en su interior con ella adormilada y sumisa.

No le gustaba que hubiera huido sin despedirse. Y seguramente ella vio en su rostro alguna muestra de desagrado, pues su postura cambió levemente en respuesta.

Se pasó la lengua por los labios, con los ojos fijos todavía en los de él, y Ford recordó la imagen de ella montando su polla. Puro sexo.

Volvía a desearla. Quería poseerla enseguida.

—¿Encontraste lo que buscabas? —la mujer del sujetador y el mono volvió a su calceta, sonriéndole con suficiencia. Las otras dos se echaron a reír.

Ford ya estaba harto. Nunca se sentía intimidado y no se iba a permitir empezar en ese momento. Tendió la mano a Beth sin decir palabra y ella la tomó con una sonrisa divertida, aparentemente entretenida por el modo en que le hablaban las otras.

Cuando estuvo de pie, tiró para soltar la mano. Él la retuvo con fuerza y la atrajo hacia sí, hasta que solo quedó una cinta de espacio entre sus cuerpos. Ella abrió mucho los ojos al sentir el calor que circulaba entre ellos y Ford oyó un suspiro suave cuando bajó la cabeza.

—Gracias por lo de anoche —le susurró al oído.

Un mechón de pelo morado se había soltado de la trenza y se lo colocó detrás de la oreja, asegurándose de rozar la mejilla de ella con los labios en el proceso y disfrutando del escalofrío de Beth.

¿Qué demonios hacía? ¿Buscaba el segundo asalto? ¿Qué otra cosa podía querer?

Ella enarcó una ceja, como para preguntarle si había terminado, pero cuando él bajó la vista, vio que los pezones de ella se habían endurecido y apretaban la camiseta fina, debajo de la cual parecía estar desnudo. No pudo reprimir una sonrisa de suficiencia. Ella apretó los labios y se volvió hacia las otras mujeres.

—Te presento a mis hermanas. La que quiere ligar contigo es Amy, es la artista de tatuajes de la que te hablé. La que teje es Meg y la que está sentada en el banco de trabajo es Jo —hizo un gesto con la mano a cada una a medida que las presentaba. Amy se lamió los labios. Meg sonrió con dulzura. Jo frunció el ceño.

Ford no sabía qué pensar de todas ellas.

—Tu coche está listo —Beth metió la mano en el bolsillo del mono, que llevaba atado a la cintura, sacó el llavero de él y se lo tendió. A continuación le mostró una cifra escrita en un *post it*. ¿Metálico o con tarjeta? —preguntó —. No acepto cheques.

La noche anterior la había saboreado en su lengua y ahora ella exigía que le pagara el trabajo que había hecho. Aquello no lo desalentaba. Ni mucho menos. Él era un hombre de negocios.

Le resultaba muy sexy.

—Tarjeta de crédito —dijo.

Ni siquiera se molestó en mirar la cifra. Le tendió su tarjeta y la observó llevársela al banco y pasarla por un artilugio anticuado. Su hermana Jo le dio un golpecito con el pie, y cuando Beth alzó la vista, entre ellas pasó un mensaje sin palabras, que terminó con Beth alzando los ojos al cielo.

Ford siguió con la mirada el regreso de ella. Caminaba con una gracia sorprendente, incluso con mono hasta la cintura y botas grandes. Le recordaba el modo en que se había movido la noche anterior, y su cuerpo se puso tenso.

Los ojos de ella se oscurecieron, y él supo que se había dado cuenta. Algo palpitó entre ellos.

Acostarse no había hecho que el fuego entre los dos se consumiera. No, solo

había atizado la llama. Él entrecerró los ojos hasta que no vio nada que no fuera ella. Estaba ya condicionado para que lo excitara el olor a grasa y vainilla.

—¿No tuviste bastante la primera vez? —las palabras de ella apenas eran audibles, solo un susurro contra los labios de él. Introdujo los dedos índices en las presillas del cinturón de él. Su rostro denotaba claramente que era muy consciente de la tensión sexual entre ellos.

—Te marchaste antes de que terminara con este cuerpecito tuyo apretado —seguro que, si la hubiera poseído una vez o dos más, no la desearía ya con tanta fuerza.

Ella le sonrió, pero entrecerró los ojos.

—A lo mejor yo sí había terminado ya contigo.

—No lo creo —a juzgar por el modo en que vibraba contra él en ese momento, era imposible. ¿Por qué, entonces, se había ido?

—¡El almuerzo, chicas! —otra mujer entró en el taller por una puerta de madera desgastada que él había pensado ya que probablemente llevaba a la casa.

Era de estatura mediana y tenía el pelo castaño recogido en un moño desaliñado, con un toque blanco en las sienes. Llevaba vaqueros cortados que ya eran casi blancos de tan desgastados, una camiseta raída que lucía una serigrafía de una palmera y una prenda larga que parecía un kimono suelto con un dibujo naranja y blanco. Lo miró y enarcó las cejas. Sus ojos azules eran exactamente iguales a los de Beth.

—¿Quién eres tú?

La pregunta no era acusadora, pero él se sintió obligado a contestar.

—Soy un cliente de Beth —dijo.

Se encogió interiormente, porque sabía que a Beth no le gustaría esa descripción. Pero la expresión de ella no cambió y él descubrió que a una parte de él tampoco le gustaba eso.

—Él es donde estuvo Beth toda la noche, Mamesie —Jo se bajó del banco y lo miró con aire retador. ¡Caray!, aquellas mujeres no daban tregua.

—Teniendo en cuenta cómo toca a mi hija, ya lo había adivinado —repuso la mujer más mayor. Sonrió a Ford—. Bueno, puede venir también a almorzar.

—¡Ah! —él no sabía qué contestar a esa oferta inesperada. Beth soltó las presillas de su cinturón cuando él retrocedió. Jo emitió un sonido despreciativo.

La mujer más mayor, Mamesie, lo miraba de arriba abajo tarareando y él se sorprendió poniéndose más recto bajo su mirada.

—¿Tú almuerzas? —preguntó la mujer.

—Sí —él sabía adónde quería ir a parar.

—¿Y pensabas almorzar hoy?

—Sí —él tenía una opresión en la garganta. Beth lo fascinaba. La deseaba todavía. ¿Pero almorzar con toda su familia?

Él no hacía eso.

—Pues entonces puedes almorzar con nosotras —Mamesie hizo una seña para que la siguieran todos. Amy y Meg lo hicieron de inmediato, pero Jo se quedó en los escalones, observándolo. Cuando estuvo segura de que él la miraba, se señaló los ojos con dos dedos y lo miró para indicar que lo estaba observando.

Ford se sentía atrapado en un vendaval, empujado en una dirección sin que mediara una decisión propia.

«¿Qué demonios?». Se plantó. Era millonario. Poseía una cadena de hoteles de éxito. No hacía nada que no quisiera hacer. Esperaría hasta que las demás entraran en la casa, subiría a su coche y se iría. Eso era lo que había pensado hacer, ¿no?

Beth se cruzó de brazos. Una sonrisa astuta curvó sus labios, una sonrisa que indicaba que esperaba que hiciera precisamente eso.

Por eso se había ido en plena noche, porque quería ganarle por la mano.

Aquello no le gustó a Ford. Además, aquella mujer le resultaba fascinante. Era cierto que él no se relacionaba con las familias, pero ¿qué tenía de malo si ella no esperaba que lo hiciera? Los dos sabían que aquello no era a largo plazo. Lo que no significaba que tuviera que fingir que ella no le interesaba, pues era mentira.

—Está bien —disfrutó de la expresión de sorpresa que cruzó por la cara de ella—. ¿Qué hay de almorzar?

Capítulo 7

Lo último que esperaba Beth era que Ford aceptara la invitación a almorzar de Mamesie, y no sabía qué pensar. No había sido necesario insistirle mucho, lo cual la sorprendía. De un hombre como él no se esperaba que hiciera actividades con familias.

Pero como aquella historia de atracción de los opuestos no tenía nada de normal, tal vez aquel almuerzo con su familia cuando su cuerpo seguía todavía dolorido por lo que le había hecho él la noche anterior no fuera tan raro.

Aun así, entró en la casa con aprensión, una emoción muy poco habitual en ella. No le avergonzaba su casa, nada de eso, pero cuando Ford y ella seguían a su madre y sus hermanas al interior, siguió la mirada de él y la vio a través de sus ojos.

Cuando vivía su padre, tenían dinero. No muchísimo, o seguramente habrían vivido en otra parte de la ciudad, pero sí lo suficiente para mantener la casa en buenas condiciones.

Luego su padre había muerto en ultramar. Siempre había sido él la principal fuente de ingresos. Mamesie ganaba dinero con la cerámica cuando vendía, pero sus ingresos como artista eran esporádicos. Con los años, habían encontrado modos de mantener la casa a su modo y con poco dinero y el resultado era un desorden acogedor.

A Beth le gustaba considerarla bohemia, pero sospechaba que, cuando Ford miraba los pañuelos clavados en las paredes, las alfombras raídas del suelo y las mesas llenas de velas aromáticas, veía chatarra.

Se recordó que eso le daba igual. Él no era el que vivía allí. Beth apartó ese pensamiento de su mente y olfateó el aire.

—Mamesie ha hecho sopa —dijo—. Tienes suerte. Hace la mejor sopa del South End.

—¿Qué es el otro olor? —Ford se colocó detrás de ella en el estrecho pasillo e inhaló profundamente. Beth no hizo caso de las chispas que bailaron en su piel cuando la pelvis de él rozó las curvas redondas de sus nalgas—. ¿Es algo cítrico?

—Citronela —Beth señaló un pequeño difusor que había en una mesa. Estaba contenta con el comentario de él, pues aquel olor era su favorito—. Mamesie le cambia la esencia según su humor del día.

—Huele de maravilla —él volvió a inhalar y ella parpadeó. Ese comentario no era lo que esperaba del hombre tenso y brusco que había entrado el día anterior en su taller. Pensaba que ya conocía a Ford Lassiter, pero era posible que se equivocara.

Algo palpitó espontáneamente en su vientre.

—Amy, Jo, poned la mesa —cuando Beth precedió a Ford a la zona acogedora que contenía la sala de estar y el comedor, encontraron a Mamesie, que llevaba desde la cocina una cazuela grande de sopa hirviendo que agarraba con unos guantes de horno de colores brillantes. La dejó en la mesa de madera dañada y se limpió el sudor de la frente con la manga del kimono—. Meg, tú trae el pan. Beth, ¿por qué no nos tocas algo mientras ponen la mesa?

—¿Tocar algo? —Ford la miró sorprendido y ella no pudo reprimir una ola de placer porque le hubieran pedido tocar.

Alzó las manos y agitó los dedos en el aire con una sonrisa.

—Estas bellezas saben hacer más de una cosa —dijo.

La expresión de él se oscureció, y Beth sintió un calor intenso en el vientre al pensar lo que habían hecho sus manos en el cuerpo de él.

—¿Beth? —Mamesie la miró con exasperación y la joven se sonrojó un poco.

Sus hermanas y ella se mostraban muy abiertas sobre su sexualidad, y lo habían aprendido de su madre, pero seguía habiendo límites. Y no iba a traspasar uno echándose sobre Ford en la sala de estar, por mucho que aquel hombre consiguiera excitarla con una sola mirada.

—¿Qué os apetece, chicas? —preguntó.

Hizo señas a Ford de que se sentara en el sofá deshilachado, cubierto con mantas de colores brillantes, y cruzó la habitación hasta su adorado piano. Había sido una pieza vintage de segunda mano que habían encontrado en un rastrillo. Su padre la había comprado para decoración y era ya una antigüedad.

Beth se había enamorado de él a primera vista y había animado a su padre a que las apuntara a todas a clases. Meg, Jo y Amy podían tocar melodías sencillas, pero la apasionada era ella.

—¿Qué fue lo que tocaste hace un par de noches? —preguntó Amy, que colocaba cubiertos dispares en la mesa—. ¿La de Sarah no sé qué?

—*Sweet Ones* —contestó Beth. Pasó levemente los dedos por las teclas—. Sarah Slean.

Se sentó en el banco con un suspiro. Era de madera maciza, pero le resultaba tan cómodo que estaba dispuesta a jurar que los años lo habían ido moldeando de acuerdo con sus curvas.

Los nervios que sentía por tener a Ford en su casa disminuyeron en cuanto colocó los dedos en las teclas.

Cuando empezó a tocar, sentía los ojos de Ford quemándole la espalda, pero al momento siguiente estaba ya totalmente inmersa en la música. Movía el cuerpo al tocar y tenía sudor en la frente, pues siempre había sido una música muy enérgica. La vitalidad que la llenaba se lo exigía así, y cuando terminó la primera canción, empezó inmediatamente otra, una que había compuesto ella y que seguía el ritmo de la primera.

Cuando arrancó las últimas notas al maltratado instrumento, respiró hondo y cruzó las manos en el regazo.

—¡Muy bien, Beth! —la animó Amy—. ¿Esa es tuya?

—Sí —contestó Beth, con una timidez poco habitual en ella.

Sabía que tocaba bien, que tenía talento. Pero aunque nunca le importaba tocar una de sus composiciones para su familia, rara vez se sentía tan cómoda como para tocarlas delante de otras personas.

Eran parte de ella, algo a lo que había dado vida. A la gente podían no gustarle sus tatuajes o su pelo, pero si no le gustaba su música, le dolería.

Se desperezó, más que nada por hacer algo con los brazos, y se volvió a mirar a Ford. Este parecía sorprendido y ella contuvo el aliento hasta que habló.

—Tienes mucho talento —dijo.

Su tono indicaba que lo había impresionado y la invadió una ola de calor. No tendría que haberle importado su opinión, pues casi no se conocían, pero le gustaba, como mínimo, intentar ser sincera consigo misma. Entre ellos había algo. Algo más que sexo. Eran tan diferentes que no creía que eso fuera a llegar a ninguna parte, pero ese hecho no apagaba el interés que se alzaba en

su interior.

Le gustaba haberlo impresionado. Le gustaba que estuviera allí, en su casa.

—Gracias —dijo.

Se levantó del banco del piano y cruzó una de las alfombras raídas hasta quedar directamente enfrente de él, rozando las rodillas de él con las suyas. La mirada de él subió por su cuerpo con una intención clara, iluminándola desde dentro, y ella respiró con fuerza.

—¿Por qué no haces algo con ese talento? —preguntó él. Y a Beth se le aceleró el pulso cuando él le tomó una mano y observó las débiles manchas de grasa que parecía que no salían nunca—. ¿Por qué trabajas de mecánica cuando puedes hacer algo tan fantástico?

«¿Qué?».

Ella retiró la mano, halagada y picada a la vez. Sin saberlo, él había sacado a la luz su sueño más profundo. El que su vida nunca le permitiría.

—Me gusta mi trabajo. Lo hago bien.

—Pero...

Beth lo interrumpió moviendo la cabeza. No quería hablar de eso. Le dolía pensar en lo que de verdad quería.

—¿Cómo voy a ganarme la vida tocando el piano? ¿Unos dólares aquí y allá buscando tocar en restaurantes llenos de pijos? Necesito una fuente de ingresos más regular.

Él no parecía convencido, así que continuó.

—Y como ya te dije, me gusta lo que hago. Siento pasión por mi trabajo.

Era cierto. Amaba los coches, le gustaba desmontarlos y descubrir qué tenía que hacer para que volvieran a correr. Trabajaba bien con las manos y ese era otro modo de usarlas.

—¿A ti no te gusta más de una cosa? —preguntó.

—No —Ford retrocedió un poco y la confusión era evidente en su rostro. Beth no estaba segura de que entendiera lo que le decía—. No, yo solo trabajo. Mi empresa es mi vida.

—Eso es triste —dijo ella.

Se levantó y lo precedió a la mesa, pero la había confundido tanto como ella a él. Había dicho que su empresa era su vida y se sentía inclinada a creerlo. ¿Pero cómo podía vivir de ese modo? ¿No tenía una afición? ¿Amigos? ¿Algo más que sexo sin ataduras con una casi desconocida?

Sus palabras hacían que le doliera el corazón, aunque sospechaba que a él

no le gustaría saberlo. Al parecer tenía mucho dinero, pero ¿de qué le servía si lo único que hacía era trabajar para tener más?

¡Qué distintos eran! Y sin embargo, cuando se sentaron juntos a la mesa y sus manos se rozaron, algo chisporroteó dentro de ella. Ford, a su lado, se movió en la silla y a ella se le aceleró el pulso.

Eran muy distintos y, sin embargo, aquel vínculo, la tensión sexual, resultaba innegable.

Ella estaba dispuesta a ver adónde podía llevar. Se preguntó si él también lo estaría.

—Vamos a servirnos —dijo Mamesie.

Beth le pasó la cazuela primero a Ford, puesto que era el invitado, y lo miró servirse la sopa de boda italiana de Mamesie en el bol de cerámica verde. Le gustaba observarle las manos, le gustaba recordar lo que le habían hecho a su cuerpo.

—Ford, ¿verdad? —Meg tomó la cazuela a continuación y se sirvió en un bol de color rojo cereza—. Debes de ser rico.

—Margaret Marchande —dijo su madre con brusquedad—, eso es una grosería.

Meg se encogió de hombros con una sonrisa.

—Es lo que pensamos todos, después de ver el Turbo en el taller y ese traje que llevas. Aunque está un poco arrugado, ¿eh, Beth?

Esta alzó los ojos al cielo.

—Meg está obsesionada con cómo vive la otra mitad. Tu mitad, supongo.

Ford enarcó una ceja. Tomó una cucharada de sopa y dejó escapar un ruidito de placer. No parecía molesto por la pregunta.

—Soy rico, sí. Tengo una cadena de hoteles.

—¿Y qué haces con nuestra Beth, pues? —las palabras de Jo eran bastante agresivas, pero a Beth le gustó que Ford casi no parpadeó.

—Yo...

—Creo que ya sabemos lo que hace con Beth —lo interrumpió Amy.

A Beth le decepcionó quedarse sin oír lo que iba a decir él. Su hermana menor sonrió por encima de su bol de sopa y Beth la miró con el ceño fruncido. Todas compartían la misma actitud abierta sobre el sexo y no se mostraban tímidas a la hora de darse detalles entre ellas. Pero las palabras de Amy la molestaban un poco.

¿De verdad creían sus hermanas que era imposible que un hombre como

Ford quisiera estar con una mujer como ella por algo más que el sexo? ¿Qué demonios...?

Ford le puso la mano en el muslo por debajo de la mesa y apretó con gentileza. Ella no sabía si era porque había captado su malestar y quería calmarla o porque ansiaba tocarla, pero cuando su mano subió unos centímetros más arriba, contuvo el aliento.

Había creído que una vez sería suficiente, pero allí estaba, deseándolo de nuevo.

—Creo que es hora de acabar con la inquisición —dijo. Apartó su bol medio vacío y se puso en pie. Quería otra ronda con aquel hombre y la quería ya.

Ford había terminado también su sopa, así que ella puso el bol verde encima del suyo y le tiró de la manga para que se moviera.

—Vamos.

—Gracias por la hospitalidad —Ford saludó a Mamesie con una inclinación de cabeza antes de que Beth pudiera sacarlo de la habitación. Que se tomara la molestia de darle las gracias a su madre le creó un cosquilleo interior.

Lo sacó de la estancia sin decir nada y sin hacer caso de las risitas de sus hermanas.

Capítulo 8

Ford siguió las curvas de Beth de vuelta al taller como si ella fuera una flautista y él bailara al son de su melodía. Cuando le había puesto una mano en el muslo, había querido que le hiciera caso, pero no esperaba que casi se derritiera por eso.

¡Eran tan puñeteramente sexy! Ninguna otra mujer lo había puesto nunca tan caliente.

Se detuvo justo al traspasar la puerta que dividía la casa del taller. Quería mirarla, intentar analizar por qué su pelo, sus tatuajes y su actitud despreocupada le afectaban de aquel modo.

La observó acercarse a la parte delantera del Turbo y se le aceleró el pulso cuando ella deshizo el nudo que había hecho en la cintura del mono de trabajo. Este cayó al suelo de cemento manchado y dejó a la vista el increíble trasero de ella dentro de unos pantaloncitos de licra absurdamente cortos.

Eso. Por eso era tan sexy. Por su deseo sin remordimientos. Por el modo en que no temía mostrarse lujuriosa y por el modo en que lo empujaba a hacer lo mismo.

La necesidad de agarrar aquel trasero y frotarlo con su mano como había hecho la noche anterior le resultaba casi imposible de reprimir.

Beth se subió al capó, agarró el dobladillo de la camiseta, se la sacó por la cabeza, la arrojó a un lado y a continuación tiró de la goma de su trenza. Una cascada de pelo negro y morado le cayó por los hombros y ella se acomodó sobre los codos y abrió los muslos.

La barrita de plata del pezón brillaba. Sus pechos eran exuberantes y pesados, y se ofrecían a la boca de él. Y cuando la mirada de él se posó entre los muslos de ella, vio que la entrepierna de los minúsculos pantalones que llevaba estaba ya mojada.

—¡Joder!

Ford bajó los escalones y se acercó a ella sin respirar. Le puso las manos en las rodillas y le separó más las piernas. Hundió la cabeza allí para inhalar su dulce aroma.

—Esa es la idea, sir Lassiter —ella prolongó el sir en aquella lengua aterciopelada suya y eso envió una descarga de pura lujuria a la polla de él—. Fóllame ahora mismo.

—¡Qué mujercita tan mandona! —exclamó él.

Alzó la cabeza y deleitó la mirada en aquellas tetas exquisitas. Necesitaba tocar, así que subió las manos para agarrarlas y capturar los pezones entre los índices y los pulgares. Ella se arqueó bajo su contacto y se echó hacia atrás sobre el capó del coche. Abrazó las caderas de él con las piernas y colocó la erección de él contra su núcleo apenas tapado. Gimió cuando se frotó con él.

La iba a poseer de nuevo. ¡Qué coño!, necesitaba tenerla. Ford colocó las manos en el metal frío, una a cada lado de ella, y bajó la cabeza para mordisquearle el cuello.

—La puerta del taller está abierta.

—Cierto —ella balanceó las caderas contra él y Ford vio las estrellas—. Dentro de unos minutos estarás follándome con fuerza aquí, en tu coche caro. Y cualquiera puede pasar por aquí y verlo. Cualquiera persona.

¡Joder, joder! Pero aquello lo excitó todavía más. Sabía que tenía una vena exhibicionista, pero intentaba no examinarla muy de cerca.

En aquel momento, con sus palabras obscenas y su cuerpo tenso, ella lo impulsaba a abrazar ese deseo que él intentaba negar. Le exigía que aceptara su lado sucio.

Ella se agarró los pechos y empezó a jugar con sus tetas y a retorcerse cuando tiraba del piercing. Eso acabó con la última cordura que le quedaba a él.

—Espero que pase alguien —dijo.

Si iba a hacer aquello, lo haría bien. La agarró justo por encima de las rodillas y la arrastró por el capó hasta que su trasero descansó en el borde delantero. Ella soltó un respingo por lo súbito del movimiento, pero el gemido que siguió le dijo que estaba a su disposición.

—Desabróchame el pantalón —ordenó él.

—Con mucho gusto —ella extendió los brazos, soltó el botón de la cintura y bajó la cremallera muy lentamente. Aquellos dedos perversos suyos rozaron el

pene rígido de él y Ford respiró con fuerza.

—Sácala.

Ella acarició el pene a todo lo largo a través del algodón fino de los calzoncillos y él le dio un golpe brusco en la cadera.

—Ahora.

Ella movió las manos dentro de los calzoncillos y pasó el pulgar por el glande. Él sintió que salía una gota de líquido caliente cuando ella bajó la cintura elástica por debajo de su erección.

Él miró sus pechos desnudos, hinchados y rosas, la humedad entre sus muslos, las piernas abrazadas a la cintura de él y las manos dentro de sus pantalones.

Puñeteramente sexy.

Ella soltó un grito cuando él le dio la vuelta sin avisar. Apretó el cuerpo caliente de ella contra el metal frío del capó y le bajó la pequeña prenda de licra hasta las rodillas. El pantalón le sujetaba las piernas juntas, que era exactamente lo que él quería.

Se inclinó y la cubrió desde atrás. Sentía las vibraciones de excitación de ella incluso a través de la tela de la camisa. Aquello la ponía tanto como a él.

Apretó con su cuerpo, atrapándola contra el coche. Le agarró las muñecas y la sujetó contra el automóvil. Le pasó los labios por la oreja.

—Te gustaría que viniera alguien, ¿verdad? —dio una pequeña embestida, frotando su pene desnudo en los pliegues resbaladizos de ella, y Beth rio sin aliento y alzó el trasero buscando más contacto—. ¿Qué es lo que más te excitaría?

Ella entreabrió los labios, pero no dijo nada. Su aliento caliente creaba bruma sobre el capó.

—Déjame pensar —él movió las caderas hacia adelante, embistió de nuevo la humedad de ella y la sensación fue tan intensa que se le tensó todo el cuerpo—. Anoche te miraban muchos hombres en el bar. Te veían bailar, dar espectáculo.

—Es verdad —asintió ella, frotándose contra él.

—Apuesto a que te encantaría que algunos de ellos salieran a dar un paseo ahora. Que bajaran por la calle en su hora del almuerzo —ella lanzó un gemido—. Que oyeran ese ruidito tan sexy que acabas de hacer y entraran a ver lo que pasa.

Ella se levantó de puntillas y se empujó contra él.

—Sí, puedo imaginarlo —dijo él. Y era cierto—. Cinco o seis hombres entrando en el taller. Por los ruidos que oyen se preguntan si hay alguien herido. En vez de eso ven a la chica sexy de anoche en el bar. Está doblada sobre el capó de un coche en su taller y está a punto de ser follada.

—¡Madre mía! —siseó Beth entre dientes—. Por favor. Hazlo ya.

Ford podía ver en su mente a los hombres que la habían visto bailar provocativamente y la habían deseado. No cuestionarían su suerte por encontrar la puerta del taller abierta, se limitarían a disfrutar del espectáculo.

Disfrutarían viéndolo a él follar a aquella mujer. A él. follando a Beth. El hecho de que pudiera ocurrir de verdad, de que alguien pudiera llegar en ese mismo momento y verlos juntos era lo más excitante que había sentido jamás.

¡Por Dios! ¿Quién demonios era él? Él jamás había hablado así. Había querido hacerlo, sí, pero el modo en que se había criado... Siempre había sabido que no quería ser como su padre. No quería tratar a las mujeres como objetos.

¿Era eso lo que hacía allí?

Miró a Beth, su piel sonrojada, muy caliente en contraste con el metal liso del Turbo. Estaba echada allí para su placer, pero no le cabía la menor duda de que estaba allí porque quería. Porque eso la excitaba.

Y era ella la que exigía que él también hiciera lo que le excitaba.

Ya no pudo contenerse más.

Sacó del bolsillo el preservativo que había guardado allí antes. No había sabido qué pensar de la marcha de Beth en plena noche, pero se habría mentido a sí mismo si se hubiera dicho que no tenía ninguna esperanza.

Como no quería apartar la otra mano de ella, agarró el paquetito con los dientes y tiró. El aro de látex cayó sobre la espalda de ella y él lo recogió y admitió que necesitaba ambas manos para ponérselo.

—Sí —la voz de ella sonaba ronca. Obscena—. Date prisa.

Él agarró la punta y desenrolló el preservativo a lo largo del pene. Le gustó su propio contacto con el miembro hinchado. Tomó una cadera de ella con una mano y deslizó el pene una vez más entre sus nalgas.

—¿Preparada? —preguntó.

Ella asintió con frenesí, moviendo las caderas.

Él introdujo una mano entre sus piernas. Ella dio un respingo cuando él le deslizó dos dedos dentro y Ford exhaló con fuerza. Estaba empapada y caliente, y más que preparada para él. Y si la sensación era ya tan buena en los

dedos, sería paradisiaca en la polla.

Colocó el glande en la entrada de ella y embistió. El gemido de ella se mezcló con el sonido estrangulado que emitió él cuando la penetró por completo.

—¡Sí! —la voz de ella estaba impregnada de necesidad. Sus dedos se movían por el metal frío buscando algo a lo que agarrarse. Su canal se cerró en torno a él con un abrazo acogedor y Ford vio las estrellas.

—Más vale que te calles —murmuró, balanceando la pelvis y golpeando con las caderas el glorioso trasero en forma de corazón de ella—. O entrará alguien y verá que eres una guarrilla.

—Lo soy —asintió ella, levantándose de puntillas—. Soy una guarra. Y tú también.

Sus palabras espolearon algo dentro de él. Con un sonido gutural, colocó una mano plana en la espalda de ella y empezó a embestir con fuerza, saliendo despacio para luego volver a entrar. Ella respondía a sus embestidas lo mejor que podía en esa postura, y un ruidito de puro placer salía de sus labios cada vez que él la penetraba hasta el final.

Ford notaba que no iba a durar mucho. Deslizó la mano entre el abdomen suave de Beth y el capó del coche y buscó su clítoris hinchado. Lo agarró entre los dedos y frotó. Las caderas de ella saltaban a medida que absorbía el placer.

Apretó sus músculos internos alrededor del pene de él cuando llegó al orgasmo, provocándole así otro a él. Ford se dejó caer sobre ella, intentando soportar su propio peso al hacerlo para no aplastarla.

Guardaron silencio un momento largo, con el sudor y el calor pegando sus cuerpos juntos. Beth rio sin aliento debajo de él.

—Te mueves bien, sir Lassiter —se deslizó de debajo de él y se subió los pantaloncitos de licra. Su piel resplandecía y sus mejillas estaban sonrojadas, pero se movía cómodamente en su desnudez.

—¡Madre mía!

Ford, tembloroso, se volvió a meter el pene en los calzoncillos y se pasó una mano por el pelo. Sabía que nunca olvidaría la imagen de ella en toples con las piernas abiertas sobre el capó de su Turbo. Retándolo a tomar lo que quisiera.

—¿A qué ha venido esto?

Beth recuperó su camiseta, se la puso por la cabeza y dejó el mono de

trabajo en el suelo. La barrita de plata del pezón se apretaba contra el algodón fino y Ford descubrió que no podía apartar la vista.

Beth se dirigió a un pequeño frigorífico roñoso que había cerca del banco de trabajo y sacó dos latas de Coca Cola. Lo miró con sus embaucadores ojos azules, volvió y le puso una lata en la mano.

—Me apetecía —abrió la lata sonriente y tomó un trago largo.

—Ya nunca volveré a mirar igual el Turbo —Ford estaba seguro de que acababan de quemar algunas de sus neuronas, y ella se lo confirmó cuando lo miró a la cara y se echó a reír.

—Esa expresión tuya —dijo— es como si hubieras echado un polvo por primera vez —tomó otro sorbo y se lamió los labios—. Pero quizá sea solo una de las primeras veces que te has dejado llevar.

—No sé cómo contestar a eso —Ford, desconcertado, abrió su lata, confiando en que la combinación de azúcar y cafeína lo devolviera a la realidad. Tal y como ella lo miraba, tenía la sensación de que podía ver su alma, de que tenía acceso pleno a las oscuras necesidades y deseos que él se esforzaba tanto por esconder.

—Ford —Beth dejó su lata en el banco de trabajo y le puso una mano en la mejilla—. No lo entiendo. ¿Por qué luchas tanto contra lo que te gusta cuando eso es claramente lo que deseas?

¡Aquellos condenados ojos de bruja! Él no podía negar sus deseos cuando lo miraba así. Retrocedió, se dio la vuelta y bebió intentando refrescarse.

Cuando se giró de nuevo, ella seguía esperando, con un leve amago de burla en su rostro. Como si en vez de pensar que era más hombre por negar su vicio, pensara que era menos.

Eso lo cabreaba mucho.

—¿Y qué haces cuando sales con alguien? —ella parecía genuinamente confusa—. ¿Quién eres tú entonces?

¿Cómo demonios iba a contestar a eso? Salía con mujeres. Salía mucho, pero sabía que su riqueza atraía a muchas mujeres que solo le mostraban sus mejores facetas.

Igual que hacía él. El paralelo no se le escapaba, pero ¡qué narices! No quería pensar en eso, no quería dar explicaciones. No sería como su padre, no trataría a las mujeres como a una basura.

Por mucho que lo tentara una sirena de pelo morado.

—No salgo con mujeres a las que les gusta... esto —dijo. Lo dijo con

dureza, pero porque no podía pensar con claridad—. Y eso está bien, porque este no soy el verdadero yo.

—Entiendo —Beth se cruzó de brazos—. ¿O sea que el hombre que me ha doblado sobre el capó de tu coche y me ha follado donde cualquiera podía vernos ha sido otro?

Él hizo una mueca. Las palabras de ella le producían culpabilidad y vergüenza. Había hecho justamente eso. La había tratado como un objeto. No era mejor que su padre.

—¡Te pillé! —dijo Beth con una sonrisa crispada. Se acercó a su escritorio, atiborrado de papeles, tomó un par de ellos, los grapó, volvió y se los puso en el pecho con fuerza—. Este es el informe de los arreglos. Que tengas un buen día.

Él tomó los papeles. En su interior había rabia, pero también algo más. Ella lo miró despacio y soltó un bufido muy poco elegante.

—Me das lástima —dijo.

—¿Qué? —preguntó él, arrugando el informe con ambas manos—. ¿Yo te doy lástima?

—Sí. Llevas una vida muy triste si lo único que haces es trabajar y fingir que eres alguien que no eres.

Recogió el mono arrugado y Ford no pudo evitar mirar la barrita plateada que atravesaba el pezón. Ella notó la dirección de su mirada y sonrió con suficiencia.

—Yo no soy así —él hizo una bola con el informe y lo arrojó al otro lado del taller con frustración—. ¡Esto me lo provocas tú!

—¡Oh, no! —ella negó con la cabeza. Sus ojos lanzaban chispas de color zafiro—. No me culpes a mí. Esto es lo que tú eres, sir Lassiter. Lo que elijas hacer con ello es cosa tuya, pero yo no voy a estar con alguien que me va a tratar como a un secreto sucio.

Él hizo una mueca. Ella ponía palabras en su boca, pero tenía razón. La miró en silencio subir los escalones y volver a la casa.

Y cuando desapareció, a él no le quedó más remedio que subir a su automóvil y largarse.

Capítulo 9

Ahora

Boston no se parecía nada a Los Ángeles y a Ford le encantaba. El recorrido por las calles familiares, la arquitectura de Nueva Inglaterra y la vegetación frondosa le calmaban el alma. Había vivido dos años y medio en California y había disfrutado de su brillo, de las luces resplandecientes, la variedad de personas que habitaban allí y las altísimas palmeras.

Pero Massachusetts era su hogar.

Avanzaba entre el tráfico con su SVU negra, en dirección al South End y a su nuevo hogar, una casa de dos plantas de tamaño medio en un solar grande. Era muy distinta al ático que había tenido en otro tiempo en el puerto, o a la minimansión que había habitado en Los Ángeles.

Y era más feliz mudándose allí de lo que había sido en ninguno de esos otros lugares.

Había trabajado frenéticamente durante años para convertir su cadena de hoteles en una dinastía global. Había estado prometido con una mujer que encajaba con su vida. Había tenido todo lo que siempre había querido.

Había sido avaricioso y lo había perdido todo.

Una sonrisa entreabrió sus labios cuando giró hacia la calle en decadencia. Allí estaba su nueva casa con el cartel de «Vendida» clavado todavía en el césped.

No lo había perdido todo.

Aparcó el Escape en el camino de entrada, se colgó al hombro el bolso del ordenador portátil y salió a abrir la puerta manual del garaje, cuyo chirrido le hizo fruncir el ceño. No se imaginaba luchando con ella en pleno invierno, así que tendría que instalar una automática. Aparte de eso, no tenía intención de

añadir muchos otros lujos a la casa. De hecho, podría haberse permitido algo en un barrio mejor. Cuando la cadena de hoteles alemana con la que había formado sociedad, en la que había confiado, había llevado a cabo una absorción hostil de su empresa, a él le quedó todavía un colchoncito en el banco. Mucha gente de aquel barrio probablemente lo consideraría una pequeña fortuna.

Para él era dinero con el que volver a empezar. Para invertir en algo nuevo. No quería desperdiciarlo en su vida personal cuando podía usarlo en una oportunidad de invertir.

Todavía no sabía cuál sería esa oportunidad, pero lo sabría cuando la viera. La primera vez había hecho su fortuna confiando en su instinto y podía volver a hacerlo.

La puerta principal crujió cuando la abrió. Lo recibió el olor a polvo, y sus partículas bailaban en la luz blanca de primera hora de la tarde.

Desde luego, allí no habían despilfarrado en lujos. El suelo era una mezcla de linóleo desgastado y alfombra con pelo salida de los años setenta. Había comprado la casa amueblada y el sofá verde oliva tenía rastros de uñas de gatos.

La pintura beis se pelaba en algunos lugares de las paredes. Peyton habría odiado aquello.

Ford dejó el portátil al lado de la puerta y tomó nota de que pensar en su exprometida no le producía otra cosa que una leve sensación agri dulce.

Cuando había cambiado Boston por California, estaba... Bueno, estaba perturbado por lo que había ocurrido con Beth Marchande. Por las cosas que ella le había sacado de dentro e insistido en que las reconociera como suyas.

Se había sumergido en el trabajo, buscando lo que creía que quería. Había conocido a Peyton Channing en el lanzamiento de su hotel en Beverly Hills y le había gustado aquella mujer sofisticada, morena y elegante.

Se divertían juntos, eran amigos y el sexo entre ellos era... agradable.

Pero cuando él había perdido su fortuna, ella no había sabido qué hacer. Tenía dinero propio, no era una cazafortunas, pero algo había cambiado entre ellos.

Ella ya no lo veía como un igual. Y él... Él sabía que nunca le había mostrado quién era en realidad. Se habían separado como amigos, lo cual le había hecho comprender que, aunque la quería, nunca había estado enamorado de ella.

El hundimiento de su vida de triunfador le había abierto los ojos. Había hecho todo lo que creía que tenía que hacer, ¿y de qué había servido?

Un imperio internacional y una mujer dulce no lo habían llenado. Lo que quería ahora era volver a casa, buscar un negocio nuevo que lo estimulara y reconocer quién era en realidad.

Entró en el garaje y miró en su interior. Allí estaba su tesoro, su Porsche Turbo, ahora de quince años. Lo sensato sería venderlo y añadir el dinero a su capital para invertir, pero no podía.

Ese auto era un símbolo. Lo adoraba y significaba algo para él, así que era un recuerdo que quería tener presente, el de vivir su vida en lugar de verse enredado en las trampas de lo que debía hacer.

Se dirigió a la cocina, donde se lavó las manos y se echó agua en la cara. Olía débilmente a herrumbre y, por alguna razón, eso le hizo sonreír.

Aquella era su nueva vida y estaba deseando vivirla.

El viejo Honda Civic de Mamesie se puso en marcha cuando Beth giró la llave de contacto. El ruido del viejo motor le hizo sonreír. Parecía un anciano protestando por que lo despertaran de la siesta.

Esa mañana no había querido arrancar, así que ella le había hecho un hueco en los arreglos del día, entre una camioneta antigua propiedad de un amigo suyo y la minifurgoneta de una familia joven.

La rutina le producía una buena sensación. Le gustaba tener el día estructurado, disfrutaba viendo resultados tangibles de sus actos.

Eso le daba un propósito, algo a lo que aferrarse cuando pensaba que podía desmoronarse.

—Hola, pequeña —Jo entró por la puerta que daba a la casa, se metió las manos en los bolsillos y silbó unas notas—. ¿Cómo te encuentras? Llevas un rato con eso.

Beth reprimió una respuesta cortante. Amaba a todas sus hermanas, pero Jo y ella siempre habían tenido un vínculo especial. Aunque eso implicaba que su hermana mayor se preocupaba por ella, a veces sin motivo.

Beth valoraba eso, pero también la molestaba. La intención de su hermana era buena, pero a veces a ella le costaba trabajo no dejarse hundir por la preocupación y la sobreprotección de su hermana empeoraba aún más eso.

Apartó aquello de su mente y salió de detrás del volante del auto de su

madre.

—Estoy bien. El coche de Mamesie vuelve a arrancar. Voy a tomar un descanso para almorzar.

—Esperaba que dijeras eso —Jo sonrió y se subió los minúsculos vaqueros—. Me muero de hambre. Vamos a comer al Tearoom.

—¿Con qué dinero? —preguntó Beth.

Se quitó el mono de trabajo y se acercó al lavabo para lavarse las manos con un estropajo naranja de mecánico con una sensación de culpabilidad. Después de la muerte de su padre, siempre habían andado escasas de dinero, pero su enfermedad las había hundido. Estarían años pagando facturas médicas y haría falta un milagro para conservar la casa ese tiempo.

—No quiero ver esa expresión en tu cara, querida —Jo bajó los escalones pisando con fuerza con sus botas Dr. Martens y se cruzó de brazos—. No sé cómo decirte esto para que lo entiendas de una vez por todas. Somos una familia. Lidiamos con los problemas juntas.

Beth apretó los labios y agarró unos vaqueros ajados para ponérselos encima de los pantaloncitos de licra. No quería volver a tener aquella discusión.

Sobre todo porque sabía que Jo tenía razón.

Se quitó la goma que le sujetaba la trenza y se soltó la melena. Miró a su hermana enarcando las cejas.

—Sí, sí. Pero ¿de dónde has sacado el dinero? ¿No deberías dárselo a Mamesie?

—He conseguido un encargo para escribir para otro y me lo han pagado por adelantado —Jo frunció el ceño—. Y claro que se lo he dado a Mamesie, pero me he quedado veinte pavos para celebrarlo y he elegido celebrarlo contigo, así que deja de ser tan gruñona y vámonos.

Era una gruñona, sí. Ese día se había despertado de mal humor y le costaba mucho quitárselo de encima. Hizo un esfuerzo deliberado por volver a empezar la conversación y siguió a Jo fuera del taller y calle abajo.

—Enhorabuena por el encargo —empujó a su hermana con la cadera y esta le devolvió el gesto, comunicándole así que no había ningún problema entre ellas—. ¿Para qué es?

Jo sonrió con picardía. Sus ojos brillaban divertidos.

—Una novela romántica erótica.

—¡No me digas! —Beth soltó una risita, sorprendida—. ¿No te encargan

siempre ciencia ficción?

—Empezaba a aburrirme de escribir sobre alienígenas rubias con tres tetas que no quieren otra cosa que adorar al macho humano que se tropieza con ellas —Jo se encogió de hombros y frunció los labios con sarcasmo—. He pensado abrir los parámetros de lo que estoy dispuesta a hacer. Resulta que hay montones de autoras de romances eróticos que quieren sacar un libro cada mes pero no pueden escribir tan deprisa. Y ahí entra Jo.

—O entran en Jo —Beth rio cuando su hermana soltó un bufido—. En serio. ¿Cómo funciona eso? ¿Te dan un resumen como con la ciencia ficción o vas a, ah... tirar de experiencia personal?

—Ya te gustaría saberlo, pervertida —Jo señaló el centro comercial al que se dirigían y olfateó el aire—. Date prisa. Me muero por un plato de *pierogi*.

Beth siguió a su hermana al interior del Tearoom. No había mucho que mirar. El café era una mezcla extraña pero deliciosa de charcutería judía y cocina ucraniana.

Su hermana pidió una bandeja de *pierogi* y a Beth se le hizo la boca agua cuando les sirvieron un plato cargado de medias lunas de pasta rellenas de patata y queso, complementadas con cebolla frita, beicon y nata amarga. Sintió tentaciones de pedir lo mismo, pero al final optó por una ensalada de espinacas con aliño especial.

No le gustaban particularmente las espinacas ni la ensalada, y desde luego, no intentaba adelgazar. Pero después del susto sobre su vida, había decidido intentar tratar bien su cuerpo. Y eso implicaba mordisquear espinacas troceadas y huevos cocidos mientras Jo tragaba puré de patatas fritas envueltas en harina.

Después de tragar un trozo de espinacas especialmente fibroso, tomó el vaso de agua y miró a su alrededor en el pequeño local donde apenas cabían ocho mesas para dos.

Cuando su mirada se posó en el rostro de Ford Lassiter, estuvo a punto de atragantarse.

—¡Joder!

Soltó el tenedor y Jo tragó un bocado gigante y se giró en su asiento para ver lo que veía Beth.

—¿Qué?

—¡No hagas eso! —Beth le quitó el tenedor a su hermana y esta lanzó un gruñido—. Cálmate. Deja de mirar.

—¿Pero qué miras tú? —Jo recuperó su tenedor, con el cuerpo todavía vuelto a medias en su asiento—. ¿El Gigante Verde? ¿George Washington? ¿Niall Horan?

—¿Recuerdas el ricachón con el que tuve una aventura hace unos años? —Beth tomó la botella de agua porque tenía la boca seca—. ¿El que almorzó con nosotras?

—¡Ajá! —Jo volvió a girar la cabeza y Beth suspiró con exasperación—. ¿Cómo se llamaba? ¿Félix?

—Ford.

Él alzó la cabeza y ella se dio cuenta de que había hablado demasiado alto. Sonrió indecisa cuando los ojos marrones tormentosos de él se posaron en ella.

Ford Lassiter. Una bomba del pasado. Se pasó inconscientemente una mano por los rizos que quedaban fuera de la trenza. ¿Tenía espinacas en los dientes? Había pasado una hora debajo del coche de Mamesie. ¿Qué aspecto tendría?

Él frunció el ceño como si intentara recordar de qué la conocía. A ella le dio un vuelco el corazón y le embargó la rabia, en un esfuerzo por ahogar así la decepción.

Por supuesto que no la reconocía. Habían follado dos veces y habían pasado cinco años desde entonces.

Ella no lo había olvidado.

Mientras ella permanecía inmóvil, la confusión en la cara de él dio paso al placer. Sonrió y dejó su sándwich en el plato.

—¿Beth? —se puso en pie y se acercó a la mesa de ella, lo cual sorprendió y agradó a Beth—. ¡Madre mía! Me alegro mucho de verte.

Tendió los brazos y, después de un instante de indecisión, ella se levantó y lo abrazó. A lo largo de los años había pensado en eso, en lo que podría ocurrir si volvía a encontrarse con Ford. Si fingiría no conocerla, si le avergonzaría contarle su pasado a la novia rica con la que salía tanto en la prensa.

Nunca había imaginado que se mostraría tan abiertamente encantado de verla. La invadió una ola de calor y, cuando lo abrazó, el calor se convirtió en una llama intensa en cuanto sus cuerpos se juntaron.

Él le pasó levemente la mano por la longitud del pelo y luego se apartó. La chispa en sus ojos indicaba que sentía también aquella atracción entre los dos. Que disfrutaba aún de aquella química mutua.

Ella se recordó que estaba prometido.

—Siento no haberte reconocido —él retrocedió un paso, pero ella sentía todavía el calor de su cuerpo—. Te has cambiado el pelo.

—¡Oh! —ella se llevó una mano a su cabello. La longitud era parecida a la de cinco años atrás, pero las medicinas le habían quitado volumen. Ahora estaba más rizado, un poco más salvaje. Y se habían acabado los días de los azules vivos, morados y rosas, ahora se conformaba con darse un toque de *henna* roja en su color castaño claro. No podía permitirse productos químicos innecesarios.

—Ha pasado mucho tiempo. Y los hombres son algo estúpidos con el pelo.

Él rio y a ella le gustó el sonido. Sonrió a su vez y cuando sus ojos se encontraron, sintió otra sacudida.

Química básica. O se daba o no se daba, y al parecer los años no habían apagado la fuerte atracción que había entre ellos.

—Somos bastante estúpidos con esas cosas —confirmó él. La miró. Seguía siendo escandalosamente atractivo y ella sintió una descarga de adrenalina—. Pero en serio. Es fantástico verte.

—Os voy a dejar que os pongáis al día —Jo se levantó con brusquedad y tomó su plato vacío y su lata de soda. Hizo una seña a Beth con las cejas y esta sonrió—. Encantada de volver a verte, Félix.

Ford no la corrigió, parecía estar muy pendiente de Beth. Señaló la ensalada a medio comer de ella y ladeó la cabeza en dirección a su mesa.

—¿Puedo sentarme contigo y nos ponemos al día? —preguntó.

—Sí —Beth exhaló un aire que no sabía que retenía. Aquel hombre todavía la aturdiría—. Estupendo, sí.

Ford tomó su sándwich y su lata de Coca Cola y Beth miró la lata roja brillante y recordó cómo lo había seducido una vez quitándole una lata para dar un sorbo.

—Ahora vives en California, ¿verdad? —preguntó para distraerse, porque casi podía saborear el azúcar en su lengua—. ¿Estás aquí de visita?

—No —Ford se sentó, pero no mordió el sándwich—. Me he mudado de nuevo aquí.

Beth sintió otra descarga de adrenalina.

—¿Tu prometida ha venido contigo?

Ford tomó un trago y miró la lata que depositaba sobre la mesa. Beth vio que se oscurecían sus ojos y supo que pensaba exactamente lo mismo que ella.

—Ya no hay prometida —él tragó saliva y ella siguió el movimiento de los músculos en su garganta—. He vuelto para quedarme.

Capítulo 10

¿Qué demonios hacía Beth Marchande de vuelta en el South End de Boston?

La respuesta estaba en la mancha de grasa de motor que llevaba en el pómulo derecho. Trabajaba en su taller. Pero ¿por qué?

Después de su encuentro del pasado, ella había triunfado con su música. Él no la había seguido muy de cerca porque no era su tipo de música, pero sabía que había publicado unos cuantos álbumes y había tenido cierta difusión.

No sabía qué le había ocurrido después de desaparecer de la vida pública. De hecho, no había querido averiguar mucho porque le recordaba lo gilipollas que había sido con ella. Pero allí estaba, sentada frente a él en la primera comida que tomaba él en la ciudad desde su regreso.

La observó picotear su ensalada. Tenía buen aspecto. Magnífico, de hecho. Había perdido algo de peso desde la última vez, pero su cuerpo seguía siendo muy sexy. Llevaba unos vaqueros rotos y un top negro sencillo, que mostraba los tatuajes de los brazos que tanto le habían fascinado antes, y quizá también algunos nuevos.

Intentó no mirar, pero no pudo evitar echar un vistazo rápido al glorioso escote que asomaba por el top. Se preguntó si seguiría llevando la barrita plateada en el pezón.

Confiaba en que así fuera.

—Estás muy bien, Beth —dijo.

Ella alzó la vista con rapidez. Había en ella una reserva que no existía antes, pero no ocultaba el interés que mostraban sus ojos. La química entre ellos seguía presente y era intensa.

Él quería dejarse llevar por esa atracción. Era un hombre libre. ¿Y ella?

—Tengo una reunión dentro de veinte minutos, debería irme —dijo. No le pasó desapercibido el parpadeo de decepción de ella.

—Yo también tengo que volver a trabajar —Beth se puso de pie con una sonrisa sincera y guardó el resto de su comida—. Me ha alegrado verte, Ford. De verdad.

—Espera —dijo él.

La tomó por la muñeca cuando ella ya se volvía. Pasó el pulgar con gentileza por la piel del interior de la muñeca de ella y notó cómo se le aceleraba el pulso. Beth se volvió y lo miró interrogante.

—¿Estás libre esta noche?

El calor la envolvió como si fuera aceite caliente durante un masaje. Él no lo preguntaba porque quisiera quedar para tomar unas copas y charlar.

Todavía la deseaba. O la deseaba de nuevo. Fuera cual fuera la frase correcta, la excitaba y desconcertaba a la vez.

Nunca había olvidado aquella noche con Ford, ni siquiera cuando su vida se había desmoronado. ¡Qué narices!, a veces pensaba en ello y lo usaba como su pornografía personal, recordando la sensación de aquellas manos dominantes sobre su cuerpo.

También recordaba el dolor y la confusión que había vivido después de su encuentro. El modo en que había sufrido su autoestima porque él había negado con vehemencia que la deseara a ella ni lo que tenía que ofrecer. Aunque ella ya había sabido entonces que era problema de él y no suyo, ¿sería inteligente volver allí?

¿Pero importaba eso? Había habido un potencial de algo bueno. Algo muy apasionado. Y seguía habiéndolo.

—¿Por qué estás en Boston? —preguntó. Lo último que había sabido de él lo había leído en un periódico sensacionalista del supermercado, que anunciaba su fusión con una gran empresa alemana y también su compromiso con Peyton Channing, la hermana menor y más reservada de la famosa chica de la *jet set* India Channing—. ¿De verdad te has mudado aquí? ¿Por qué te has ido de Los Ángeles?

—Asumo que no lees la prensa sensacionalista.

Ella arrugó la frente.

—¿Por qué?

—Olvidalo —él soltó una carcajada—. Fue noticia de primera página una

temporada. Me asocié con un conglomerado alemán para ampliar mi cadena hotelera y fui un poco temerario con el control que les di. Me echaron. Los hoteles Lassiter Deluxe ya no son míos.

—¡Madre mía! —Beth le tomó las manos en un gesto de empatía—. Lo siento mucho.

—No lo sientas —él sonrió—. Fue lo mejor que me ha pasado nunca. Me vi obligado a examinar atentamente toda mi vida. Y no me gustó mucho lo que descubrí.

—¿Qué era lo que no te gustaba? —preguntó ella con escepticismo—. Montones de dinero. Invitaciones de primera clase. Una mujer espectacular que llevaba tu anillo.

—¿Todo eso a ti te parece un paraíso?

—¡Demonios, no! —ella se estremeció—. Bueno, el dinero sí.

—Todavía me queda un poco —él sonrió con satisfacción al ver la expresión de ella—. Lo bastante como para que pueda sentarme a reflexionar y pensar en lo que quiero.

—¿Y qué es eso? —ella captó el tono ronco de su voz y supo que era porque él la excitaba—. ¿Qué quiere Ford Lassiter de la vida?

—Quiero invertir el dinero que me queda en un negocio nuevo. Algo que me resulte estimulante —sus ojos fantasmales la observaron—. Y luego viene la segunda parte.

—¿Y cuál es?

—Ya no quiero fingir más ser lo que no soy —él volvió a tomarle la mano y le pasó el pulgar por la palma sin dejar de mirarla. Ella no pudo reprimir un escalofrío—. He tenido mucho tiempo para aceptar lo que soy. Lo que quiero.

—¿Y qué quieres? —Beth se lamió los labios con la punta de la lengua. El pulso se le aceleró.

—No puedo contártelo todo de golpe —la soltó, tomó su lata de refresco y dio un trago, sonriente.

—Coqueto.

—No tienes ni idea —el aire entre ellos se llenó de promesa. Ella se dio cuenta de que estaba mojada solo con la conversación—. ¿Puedo invitarte a cenar esta noche?

Beth sabía que la cena sería algo más. Un delicioso postre más.

La deseaba y ella a él. Su cuerpo ardía y eso le devolvía parte del descaro que antes le salía tan fácilmente.

¿Quería volver a tenerla? Pues no se lo iba a poner tan fácil.

—Hay un sitio a unas manzanas de aquí —dijo—. Se llama Mamacita's. ¿Lo conoces?

—No —dijo él con expresión divertida—. Pero tengo el milagro del GPS. ¿A qué hora?

—A las siete.

Beth estaba contenta consigo misma. Si él quería aquello, tendría que pasar por una cena en un lugar de su elección. Lugar que probablemente sería mil veces más cutre que ningún otro en el que hubiera estado en su vida.

—No te retrases.

Tiró del dobladillo de su top y vio que él le miraba el pecho. Había notado el esfuerzo hercúleo que había hecho él antes por ser educado, pero ahora ella tiró deliberadamente de la tela, pues adivinó que él buscaba el bulto del piercing.

Notó el momento exacto en el que lo encontró porque él contuvo el aliento. Devolvió la mirada al rostro de ella y sonrió.

—No tengo intención de decepcionarte en eso —dijo.

«Seguro que no».

Beth se inclinó sobre la mesa, tomó la lata de Coca Cola de él y dio un trago despacio.

Fue respuesta suficiente.

Capítulo 11

Beth estaba atractiva y lo sabía.

Después de una última mirada de satisfacción al espejo, salió del cuarto de baño que compartía con Meg.

De camino a la cocina, donde se oían las voces de sus hermanas, Beth intentó prepararse. ¿Qué pensarían de eso, su primera cinta en...? No había contado el tiempo, pero había pasado al menos un año y medio. Desde antes de su enfermedad.

Intentó olvidar los nervios y entró en la cocina. Meg, Jo y Amy estaban sentadas alrededor de la isla de la cocina y parecía que Amy iba ganando a las siete y media.

Todas guardaron silencio cuando entró y Beth frunció el ceño. Estaba segura de que empezaría la preocupación, las preguntas amables, la sobreprotección.

Dos años atrás las habría mandado a la porra sin dudarlo, pero ahora... Ahora se sentía culpable. Tenía la sensación de que estaba obligada a escucharlas y aceptar sus miedos como propios porque les debía demasiado.

Su enfermedad las había atado a todas a esa casa para siempre. ¿Cómo no iba a sentirse culpable?

Cuando las otras tres la miraron fijamente, preparó sus defensas para un estallido de preocupaciones.

No se produjo. En vez de eso, las tres mujeres a las que más unida estaba en el mundo empezaron a aplaudir.

—Sabía que estaba guapa, pero no sabía que fuera hasta ese punto —sonrió y dio una vuelta sobre sí misma.

No admitiría jamás la cantidad de tiempo que había pasado decidiendo qué ponerse. Al final había optado por un vestido de verano que había comprado en su tienda de segunda mano favorita y todavía no se había puesto. La falda

era corta y acampanada, coqueta, con estampados multicolores. La parte de arriba tenía tirantes anchos que terminaban formando una V baja tanto delante como detrás.

La tela era sedosa y fina. Lo había elegido por dos motivos. Porque le hacía sentirse sexy y porque sabía que lo fino de la tela tendría a Ford pensando en su piercing toda la noche.

Completó el look con botines marrones, una rebeca blanca gruesa y un poco de brillo en el pelo y las uñas. Se había puesto unos pantalones cortos de licra como los que llevaba debajo del mono de trabajo porque el vestido era muy corto, pero había prescindido del sujetador.

Se sentía muy bien.

—Estás estupenda, chica —Jo alzó la vista de su bol de cereales y le hizo una seña con el pulgar hacia arriba. Amy seguía aplaudiendo con alegría.

Meg la miró y frunció el ceño.

—Esa sombra de ojos es mía. Pero te queda tan bien, que no se lo diré a nadie.

—¿Os alegráis por mí? —preguntó Beth. Aquello era raro y no sabía cómo tomárselo.

—Beth, han pasado siglos. Ya es hora de que vuelvas al mundo —Amy se levantó y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ya sé que te protegemos demasiado —intervino Jo. Meg y Amy enarcaron las cejas y la primera frunció el ceño—. Vale, yo te protejo demasiado.

—¿Tú crees? —murmuró Amy. Meg le dio un golpe en el brazo.

—Las tres —Jo miró a las otras dos de hito en hito— estábamos esperando esto. Te han devuelto tu vida, tienes que vivirla.

Su voz se quebró en las últimas palabras y a Beth se le partió el corazón. Se acercó a su hermana y la abrazó con fuerza. Meg y Amy se unieron a ellas y en menos de un minuto estaban todas llorando y riendo al mismo tiempo.

—Venga —ordenó Meg, apartando a las otras con un gesto—. Te llevo.

—Puedo ir andando —repuso Beth. Aunque cuando se miró los botines, ya no estuvo tan segura.

—Déjame hacer de hermana mayor —Meg la empujó hacia la puerta de atrás—. Vamos.

Beth se subió a la furgoneta de Meg, disfrutando del aire frío de fuera. Mientras se abrochaba el cinturón, pensó que no era precisamente el Turbo de Ford, pero serviría.

Meg sonrió cuando pararon delante del Mamacita's.

—Que te diviertas —dijo. Beth sonrió con suficiencia, dispuesta a decirle cuánto se pensaba divertir, pero la expresión solemne de su hermana le hizo guardar silencio—. Lo digo en serio, Beth. Te lo mereces.

Sacó una cajita de cartón de su bolso y se la puso en la mano a Beth.

—«Estriado para el placer de ella» —Beth soltó una carcajada—. Siempre pensando en mí.

—Y que lo digas —Meg pisó el acelerador, lo que hizo rugir la furgoneta y que todo el mundo en un radio de media manzana mirara hacia allí—. Ya está. Ahora puedes entrar a lo grande. Vete.

—Voy —Beth seguía riendo cuando entró en el restaurante. Era pequeño, desastrado y estaba lleno de gente de clase obrera, pero Mamacita en persona preparaba la mejor comida mexicana de todo el South End.

Como era un lugar pequeño, enseguida divisó a Ford. Aunque probablemente también lo habría visto aunque el lugar hubiera sido mucho más grande. En parte porque parecía estar unida a él por un hilo invisible siempre que él estaba cerca, y en parte porque jamás conseguiría esconderse entre una multitud corriente.

Se movía como un hombre que conseguía lo que quería cuando lo quería. Y cuando ella avanzaba por la sala, solo lo veía a él.

—Siento llegar tarde —dijo. Se sentó en el banco enfrente del suyo. La mirada de apreciación de él hizo que se alegrara de haberse esmerado con su aspecto.

—Yo diría que ha valido la pena la espera —él le sonrió—. Te he pedido un margarita. He pensado que eso sería lo que querrías aquí.

—¿Y si no quiero lo que tú ofreces? —preguntó ella. Su voz era burlona, pero necesitaba algo que aliviara la tensión o se quemaría antes de tiempo.

—Lo quieres —la sonrisa de él desapareció, remplazada por pura pasión—. Si no, no habrías elegido venir aquí.

—Buen argumento —concedió ella. Se apoyó en el respaldo—. Sin embargo, debo decir que ya no bebo alcohol.

Él ladeó levemente la cabeza y ella supo que se preguntaba por qué, pero no lo dijo en voz alta. Hizo una seña a la camarera y pidió dos vasos de Coca Cola.

Beth tampoco bebía ya refrescos, el sorbo que había dado a la lata de Ford no contaba para ella. Pero esa noche era una especie de celebración, un nuevo

comienzo, y decidió beberla.

Esperaba que él fuera directo al núcleo del asunto, que todavía querían estar en la cama del otro. Que empezara a seducirla con miras a lo que ya sabía que harían cuando salieran de allí.

En vez de eso, después de pedir, inició una conversación como las de las citas. Y ella, divertida, le dejó hacer.

—¿O sea que no sabes qué clase de negocio vas a empezar esta vez? —preguntó. Llegó su sopa de tortilla y bajó la cabeza para inhalar el oloroso vapor—. ¡Y guau! Parece que no te molesta haber tenido que dejar tu negocio. ¿Es así de verdad? La última vez que te vi decías que el trabajo era tu vida.

Sonrió amablemente cuando él frunció el ceño.

—Perdona, soy una bocazas. ¿Se trata de un tema doloroso?

—No —él echó carne de ternera, trozos de pimientos y de queso Cotija en una tortilla para hacer una de las fajitas que había pedido. Beth descubrió que le gustaba verle las manos—. He fruncido el ceño por lo que decía entonces. Si todo era trabajo y no diversión, seguro que era un tipo muy aburrido.

—Yo no diría que no había diversión.

Él le rozó las rodillas con las suyas por debajo de la mesa y ella contuvo el aliento, esperando que pusiera una mano en su rodilla desnuda. Él vio su expresión y pasó ligeramente la mano por la piel al lado de la rodilla.

¿Quién iba a imaginar que la rodilla podía ser una zona erógena?

—No me malinterpretes. Estuve furioso un tiempo. Me bebí la mitad de los bares de Los Ángeles. Di dinero que ya no tenía a abogados para que encontraran alguna laguna legal —tomó un sorbo de Coca Cola y se encogió de hombros—. Al final, ya no había nada que hacer. Había cometido errores y tenía que vivir con las consecuencias. Y cuando terminé de maldecir al mundo, me di cuenta de que era mucho más feliz. Empecé a seguir ese camino y aquí estoy.

—Eso es admirable —a Beth también le gustaría alcanzar el mismo nivel de paz.

Poco a poco.

—¿Y tú qué? —él dio un mordisco a su fajita—. Fuiste famosa un tiempo. Me temo que no podría nombrar ninguna de tus canciones, pero sé que te estabas abriendo paso. ¿Cómo es que volviste aquí?

Beth sintió que se le congelaba la sonrisa. Bebió de su vaso hasta que recuperó la calma. Una enfermedad no era algo de lo que había que

avergonzarse. Pero todo el mundo que conocía antes de la enfermedad la miraba ahora de otra manera.

Ford la veía como una mujer sana y sensual. Y ella no quería que cambiara eso, al menos esa noche, así que movió la cabeza e intentó resumir.

—Tuve algunos problemas de salud, y cuando paré para ocuparme de ellos, me di cuenta de que no lo echaba de menos.

—¿No echabas de menos las giras o la música? —él la miró a los ojos—. Recuerdo que te oí tocar. Te vi hacerlo. Todo tu cuerpo participaba de eso.

—No echaba de menos las giras. La música es parte de mí. Todavía toco —ella metió su tenedor en la ensalada—. Ahora cuelgo mis canciones en YouTube en vez de tocarlas en directo. Soy más feliz así.

No era mentira. Pero no añadió que las giras ya nunca serían una buena decisión para ella. Los continuos viajes y el estrés eran duros para el cuerpo, y aunque llevaba ya un año curada, sabía que eso podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

Sabía que él notaba que había algo más, que quería presionarla, y por eso le agradeció mucho que no lo hiciera.

—¿Y tus hermanas? Amy hacía tatuajes, ¿verdad?

—Sí. Sigue haciéndolos. Meg trabaja en una empresa de catering y Jo escribe por encargo. Libros, revistas, todo lo que se cruza en su camino.

—¿Y todas seguís viviendo en casa?

—Sí —ella captaba la curiosidad de él. No carecía de base. Cuatro mujeres adultas que seguían viviendo con su madre resultaba, cuando menos, raro—. A nosotras nos gusta. Es la casa familiar y es una casa vieja. Se come mucho dinero en mantenimiento, pero nos encanta. Y si una de nosotras se fuera, las demás ya no podrían permitírsela. Tendrían que vender. Así que nos quedamos.

No sabía lo que harían si una de sus hermanas se casaba. El esposo podría no querer mudarse a una casa llena de mujeres.

—Nos llevamos bien —continuó. Pero veía la pregunta en la cara de él y adivinó que quería saber qué había sido del dinero que había hecho con los álbumes y las giras.

Decirle que apenas había cubierto una mínima parte de sus facturas del hospital era una historia para otro momento.

Él no preguntó más. Comieron unos minutos en un silencio cómodo. Ella disfrutaba simplemente mirándolo. Estaba un poco más mayor, pero su poder

leonino seguía allí, y esa vez era aún más potente.

Tenía más seguridad en sí mismo y aquello resultaba muy excitante.

Cuando terminaron la cena y Ford pagó la cuenta, ella sintió un nudo de deseo en el estómago. Ese día había vuelto al taller después de almorzar y había trabajado mecánicamente en los encargos de la tarde. Con las manos ocupadas, había tenido mucho tiempo para pensar en aquello.

Cinco años atrás, habían sido poco cuidadosos el uno con el otro. Ahora que tenían una segunda oportunidad, se preguntó si estarían preparados.

Estaba deseando averiguarlo.

—Tú primero —él le puso una mano en la espalda para guiarla fuera del restaurante, al que, justo era reconocer, no había puesto ninguna pega. Tenía los dedos en la piel desnuda del vértice de la V que formaba el vestido por detrás y los sentidos de ella vibraban con su contacto.

Cuando salieron, se detuvo en seco al ver el Turbo aparcado en la acera.

—Es un poco arriesgado llevar esa cosa en este barrio —dijo Beth.

Pasó la mano por el elegante acabado plateado. Ford gruñó bajo a sus espaldas y ella miró por encima del hombro y vio el deseo retratado en su rostro.

—Me pareció que valía la pena —dijo él. Cruzó la poca distancia que los separaba. Su pecho rozó la espalda parcialmente desnuda de ella, que se estremeció—. Tengo muy buenos recuerdos de este coche y de ti.

—Yo también —comentó ella.

Imposible olvidarlo. Pensaba en aquel recuerdo más a menudo de lo que estaba dispuesta a admitir. La sensación de estar atrapada entre el metal frío y las fuertes embestidas de Ford eran una parte permanente de sus sueños.

Él le puso una mano en la cintura y abrió la puerta del acompañante. Ella se apretó contra él sin pensar y permanecieron así un momento, apretados, absorbiendo el calor del otro.

Ford la hizo volverse, con la mano todavía en la cintura de ella. Beth dio un respingo cuando las caderas de él la atraparon contra el coche, pero él no hizo otra cosa que abrirle la puerta.

—Mi casa está cerca —su voz sonaba ronca por el deseo y eso le gustó a Beth.

—Conduce deprisa —dijo.

Capítulo 12

Ford conducía tan deprisa como se atrevía. Beth, a su lado, guardaba silencio, pero era tanta la intensidad, tanto el deseo que sentía él, que era imposible que ella no lo sintiera también.

Paró en el camino de su casa y contempló la posibilidad de bajarse a abrir la condenada puerta del garaje para guardar el Turbo dentro.

Pero llevaría demasiado tiempo, tiempo que podía estar con sus manos en la piel de Beth. Decidió arriesgarse a dejarlo allí.

—Bienvenida a mi palacio —le tendió la mano para ayudarla a salir del vehículo. Cuando ella salió, él captó una imagen de los pantaloncitos de licra negra que llevaba.

«¡Joder!».

Los recordaba muy bien. Quería tenerlos entre los dientes.

—Es un cuchitril —le advirtió cuando abrió la puerta, que rechinó.

Ella se echó a reír, despreciando el comentario.

—Mi dormitorio amenaza con convertirse en una piscina cada vez que llueve.

Él cerró la puerta a sus espaldas, y Beth se quitó los zapatos y echó a andar descalza hacia la sala de estar.

—No está tan mal, Ford —dijo.

Se inclinó a encender una lámpara, con lo que él vio de nuevo los pantaloncitos, en esa ocasión abrazando el trasero en forma de corazón de sus fantasías. Su miembro estaba a media asta desde que la había apretado contra el coche al salir del restaurante, y en aquel momento toda la sangre de su cabeza se precipitó hacia su polla hinchada.

—Tampoco tienes que impresionarme tú a mí. Este sitio es un desastre —él se quitó los zapatos y la siguió a la sala de estar. Su pene empujaba contra la

cremallera de la bragueta, pero le gustaba esa molestia. La anticipación.

—Al contrario, amigo mío —Beth terminó de dar una vuelta a la habitación y se detuvo delante de un sillón tapizado con una tela geométrica. Lo señaló con el dedo—. Esto es un sillón italiano *vintage* de mediados de siglo. Puedes venderlo por unos cuantos miles de dólares.

—¿Esa cosa? —él ladeó la cabeza. No lo entendía.

—Sí, esta cosa —Beth se sentó en él y se recostó con un suspiro de felicidad—. No le hagas caso, yo sé que eres una belleza.

—La belleza eres tú.

Y lo era. Incluso con aquel tapizado odioso, ella estaba espectacular. La lámpara arrojaba un brillo suave sobre sus rasgos, sobre el tono rojizo de su cabello.

Ella abrió los ojos y lo miró. Él caminó hasta colocarse frente al sillón. Se inclinó, le puso las manos en las rodillas y luego las subió lentamente por debajo de la tela sedosa del vestido. Se detuvo en mitad del muslo y los músculos de ella se tensaron bajo sus manos cuando bajó la cabeza para besarla.

—Mmm —ella suspiró suavemente en su boca y alzó las manos para pasárselas por el pelo—. Todavía tienes buenas ideas, sir Lassiter.

Sir Lassiter. Él había soñado durante años con oír aquello de sus labios. Volver a oírlo fue como un puñetazo de lujuria directo al estómago.

La deseaba. El deseo no había hecho más que aumentar con el tiempo y quería bebérsela entera.

—Probablemente podrías persuadirme de que me gustara este sillón —se sentó en una otomana que había enfrente.

—¿En serio? —ella sonrió—. Dime cómo.

—¿Qué dirías si te pidiera que te desnudaras y volvieras a sentarte en él? —notó el escalofrío de excitación de ella.

—Me preguntaría por qué me lo pides en lugar de ordenármelo —los ojos de ella lanzaban chispas azules y él gimió.

Lo desafiaba. Le preguntaba si estaba dispuesto a aceptar todo lo que había deseado antes pero les había negado a los dos.

Se inclinó hacia delante y puso los codos en las rodillas, observándola. No se cansaba nunca de mirarla.

—Desnúdate —sus palabras no eran una pregunta—. Quiero verlo.

Ella no dijo nada, simplemente se puso de pie. Cuando se volvió, la mirada

de él se posó en el dibujo colorido de la espalda de ella, que se levantaba el dobladillo del vestido.

Beth se sacó la prenda por la cabeza y la tiró al suelo. Seguía de espaldas, pero él estaba transfigurado por el tatuaje.

—Este es nuevo —extendió el brazo para bajar un dedo por la columna de ella. El tatuaje empezaba en la nuca, eran una líneas de notas musicales que se estrechaban con la forma de su cuerpo y terminaban en una nota sola en la base de la columna—. Es puñeteramente espectacular.

—Es la partitura de una de mis canciones —ella se movió con impaciencia, llamando la atención sobre su trasero. Ford acercó más la otomana, tomó las nalgas en sus manos y rozó con los pulgares el interior de sus muslos.

—¡Joder! —siseó ella, cuando él rozó sus labios inferiores a través de la tela fina de los pantaloncitos—. Sigues siendo bueno en eso.

—Soy mejor —él repitió el movimiento, disfrutando del temblor de los muslos de ella. Las yemas de sus dedos estaban húmedas y olfateó aquel olor acre y salado—. Ahora date la vuelta, coño. Sabes lo que quiero ver y me lo escondes.

Ella rio y se volvió, demasiado despacio para el gusto de él. Cuando lo miró de frente, se cubría los pechos con las manos.

—Eres una maleducada —él le puso las manos en las caderas y la atrajo hacia la V que formaban sus muslos. Así de cerca sentía sin problemas el calor de su piel y notó que caía humedad de su glande—. Quiero ver esas tetas tuyas tan puñeteramente increíbles. Enséñamelas.

Ella apartó lentamente las manos, sin dejar de mirarlo a los ojos. Sus pechos brincaron al quedar libres y su oscilación provocó algo casi doloroso en él.

El pezón derecho seguía teniendo un piercing. Pero ahora, en lugar de la barrita plateada, la punta rosada estaba decorada con un delicado aro de oro.

—¡Ah, mierda! —exclamó él, sin poder evitarlo.

La tomó por la cintura y la atrajo hacia sí. Ella soltó un respingo cuando la boca de él se cerró sobre su pezón. Ford atrapó el aro con los dientes y tiró, solo un poco, y ella se tambaleó y sus manos aterrizaron en el pecho de él.

Succionando con fuerza y lamiendo la punta de su pecho con la lengua, él la obligó a sentarse a horcajadas en su regazo. Eso puso en contacto la parte húmeda de ella con el miembro erecto de él, que embistió contra ella instintivamente.

Ella se aplastó contra él cuando él tomó el otro pezón entre sus dedos y tiró de él hasta que estuvo tan hinchado como el que tenía en la boca. Quería seguir succionando, acariciando, mordisqueando, lo quería todo, pero habían pasado cinco años. Quería que valiera la pena la espera.

Retiró la boca del pecho de ella. El pezón estaba rojo, abultado, húmedo de la boca de él. Uno de aquellos días tendría que jugar toda la noche con aquellas tetas fantásticas. No haría nada más.

Al final de todo, le haría que las sujetara juntas para follárselas. La imagen era tan excitante que empezó a temblar.

—Levántate —dijo. A esas alturas ya ni siquiera estaba seguro de hablar en voz alta. Ella gimió al oír la orden y frotó su coñito en la erección de él hasta que Ford vio las estrellas—. ¡Hazlo!

Ella obedeció con la respiración jadeante y los pechos balanceándose de un modo que lograba que a Ford se le hiciera la boca agua. Pasó un momento los dedos por la bandada de pájaros tatuada en la caja torácica de ella y echó un poco la otomana hacia atrás.

—Quítate los pantalones —dijo. Se puso las manos en las rodillas. Estaban húmedas y temblaban un poco.

¿Qué era aquello?

Pensó que ella iba a discutir. Pero no lo hizo. Deslizó los dedos en la cinturilla del pantalón de licra y los bajó hasta la mitad del muslo, dejando a la vista esa parte íntima húmeda que él había echado de menos durante tanto tiempo.

—Hasta el final.

Ella los apartó con el pie y quedó desnuda frente a él. Llevaba el pelo suelto y salvaje en torno a los hombros y el color de los tatuajes realzaba las curvas de su cuerpo.

¿Cómo había podido pensar Ford alguna vez que una mujer como ella no debería ser sexy? Era lo más sensual que había visto jamás.

—Siéntate en ese sillón que tanto te gusta —dijo.

Se desabrochó lentamente la hebilla del cinturón. Ella hizo lo que le ordenaba, pero sus ojos estaban fijos en los dedos de él, que desabrochaban el botón de los vaqueros.

Su pene escapaba del encierro de los calzoncillos y se apretaba plano contra su vientre. Ford levantó las caderas, se bajó los vaqueros y la ropa interior hasta las caderas y liberó totalmente su erección.

La mirada de ella estaba fija allí.

—Pon las piernas sobre los brazos del sillón.

Beth así lo hizo, con la parte interna de las rodillas colocada en el borde superior. Estaba completamente desnuda, totalmente abierta a él, y a Ford se le aceleró el pulso.

—Hacía demasiado tiempo que no te veía —dijo. Tomó su pene en la mano y ella jadeó—. Quiero mirar hasta hartarme, así que esto es lo que vamos a hacer. Tú vas a jugar con esas tetas mientras yo miro, mientras pienso lo que voy a hacer con ese cuerpo tuyo. Yo me voy a masturbar mientras tanto. Pero si tú intentas tocar ese coñito tuyo, entonces yo terminaré y no tendrás lo que quieres.

—¡Madre mía, Ford! —ella jadeaba—. Has mejorado mucho en esto.

—No hables —dijo él. ¿Quién era aquella persona que hablaba por su boca? Él decía lo que quería, pero era un cabrón.

Él era eso y esa vez lo iba a aceptar. ¿Por qué coño no iba a hacerlo, cuando la sensación era tan buena?

Se instaló en la otomana y movió la mano arriba y abajo por su pene. Sentía su pulso en la polla y esta saltó cuando Beth se puso las manos en los pechos y frotó los pezones con los pulgares.

—Sí. Eso es —él se acarició más deprisa y sintió el placer concentrándose en la base de la columna. Su mirada oscilaba entre los dedos ávidos que tiraban de los pezones de ella y los labios rosas que parecían muy mojados y listos para su polla.

Confió en que ella pudiera mantener sus dedos fuera de allí, porque no sabía si tendría fuerzas para cumplir su amenaza.

Una mano de ella empezó a bajar por su cuerpo, por la curva suave del vientre. Él se echó hacia delante y le capturó la muñeca. Y ella gritó cuando él la alzó del sillón y le dio la vuelta para tumbarla sobre la otomana.

—Quería ir despacio esta vez, pero tú me distraes mucho —dijo él. Se sacó la camiseta por la cabeza—. Te voy a follar ahora mismo. Te voy a follar con fuerza.

—Sí. ¡Ya! —ella se retorció y se arrastró de espaldas hasta que su pelo largo cayó por un extremo de la otomana. Clavó los talones en el otro borde, de modo que seguía muy abierta para él—. Tengo preservativos en el bolso. Date prisa, joder.

—Veo que sigues siendo mandona —él le dio un golpe en la cadera antes de

sacar su cartera del bolsillo—. Ya me he ocupado yo.

Arrancó la envoltura del condón más deprisa que cuando había perdido la virginidad y se lo puso. Se arrodilló frente a ella e introdujo dos dedos en su interior caliente para cerciorarse de que estaba preparada.

Ella gritó y se encabritó contra su mano. Él le pasó el pulgar por el clítoris y ella se pegó a él. Su chochito mojaba el estómago de él al frotarlo.

—Prepárate —le advirtió él. Alineó la punta de su pene con los labios inferiores de ella.

—¡Hazlo de una puta vez! —ella movió las caderas en respuesta, suplicándole que la penetrara.

Y él lo hizo. La agarró por las caderas y entró en ella. Estaba húmeda, estaba caliente, era un paraíso en su polla. Empujó tan lejos como pudo y gruñó cuando ella le clavó las uñas en el pecho.

—Había olvidado lo apretada que estás —buscó el clítoris de ella y frotó círculos pequeños en él hasta que sintió que ella se derretía en torno a su pene y lo dejaba entrar el último tramo.

Cuando estuvo dentro del todo se detuvo, jadeante. Ella estaba ante él, abierta de piernas y desnuda, con el pelo húmedo por el sudor, el aro del pezón brillando a la luz de la lámpara y los muslos temblando en torno a él.

Algo se apretó en su corazón. Quería ceder al pánico, pero los labios de ella se curvaron en una sonrisita sexy y él supo que, fuera lo que fuera aquello, ella también lo sentía.

—La sensación es increíble —la voz de Beth era un susurro apenas audible sobre los jadeos combinados de ambos. Se contoneó un poco y a él casi se le salieron los ojos de las órbitas—, sir.

Ford soltó un sonido que era mitad gruñido y mitad gemido. La agarró por los muslos y colocó las rodillas dobladas de ella sobre sus hombros. Estaba completamente abierta para él y, cuando empezó a embestir, ella no pudo hacer otra cosa que agarrarse a sus bíceps.

—Sí —respiró contra su hombro—. Sabía que, cuando por fin te dejaras llevar, serías increíble.

Él le enseñaría lo que era dejarse llevar. Uno de los muslos de ella resbaló de su hombro cuando incrementó el ritmo. La pelvis de él la golpeaba cada vez que se acomodaba dentro de ella, y gotas de sudor caían desde su frente y salpicaban los pechos de ella.

Beth se estremecía bajo él. Ford sentía cómo se apretaba su cuerpo, cómo

se tensaba en dirección al orgasmo.

Las embestidas de él se hicieron cada vez más duras. Ella clavó en el suelo el pie de la pierna que había resbalado del hombro de él y Ford le subió la otra cerca de los pechos, doblada por la rodilla. Se agarró a cada lado de la otomana para soportar su peso, pues estaba casi totalmente encima de ella. Beth tenía la cabeza echada hacia atrás, por encima del borde de la otomana, y los labios entreabiertos.

Rendición completa. O eso era lo que le parecía a él. Ella no tenía problemas en entregarse a lo que quería, nunca los había tenido.

Estaba cerca del orgasmo. Sentía cómo subía la marea. Se apoyó en un codo, con el cuerpo estirado sobre el de ella, y palpitó una, dos, tres veces, estremeciéndose con el clímax. Atrapó el aro del pezón con los dientes y el coño de ella se apretó a su alrededor como una abrazadera cuando ella también llegó al orgasmo.

Beth se había convencido con los años de que el sexo que había tenido con Ford no había podido ser tan fantástico como lo recordaba. Y era mejor.

El peso de él extendido sobre ella le producía una sensación de decadencia. No pudo evitar echarse a reír y él la imitó, con la frente húmeda apretada contra su pecho.

—Me has matado —él frotó con la nariz el aro del pezón, y aunque acababa de tener un orgasmo, ella sintió una sacudida que llegó hasta su mismo núcleo—. Pero es un modo fabuloso de inaugurar esta casa.

Ella asintió con la cabeza. Ford se levantó y la ayudó a sentarse, y ella descubrió que le temblaban las rodillas. Se apartó el pelo de la cara y se esforzó por centrarse.

Ford se puso los vaqueros y entró en la cocina a buscar dos botellas de agua y ella no dejó de mirarlo. Aquello, estar juntos de nuevo, era tan increíblemente surrealista, que no dejaba de preguntarse si todo sería un sueño.

Una vocecita intentaba abrirse paso en su cabeza a través de la niebla de satisfacción posterior al coito. No había estado con nadie desde que cayera enferma porque había querido concentrarse en sí misma, en recuperar la salud y disfrutar de la vida, que le había dado una segunda oportunidad.

Había aprendido del modo más difícil que a la vida le importaba una

mierda lo que uno planeara o lo que uno quisiera.

No estaba en posición de pensar a largo plazo. No estaba segura de que tuviera ese plazo. Pero en aquel momento estaba allí y esa vez él quería lo mismo que ella: dejarse llevar por aquella química de locura que había entre ellos.

Ford volvió de la cocina y le puso una botella de agua en la mano. Cuando ella le sonrió con agradecimiento y sus ojos se encontraron, algo dulce y cálido se instaló en sus venas.

Allí acababa de pasar algo bueno, algo real, y ella quería disfrutarlo todo el tiempo que pudiera.

Capítulo 13

Beth seguía sonriendo dos semanas después, cuando llamó a la puerta del dormitorio de Jo. Como su hermana no contestó, cambió de mano la taza de café humeante que llevaba y golpeó la puerta con el puño.

Esta se abrió por fin y apareció la cara irritada de su hermana. Un mechón de pelo negro sobresalía por encima de su oreja y tenía tinta en la nariz.

—Vengo en son de paz —Beth extendió la mano libre con la palma hacia arriba—. He pensado que te vendría bien un chute de cafeína, nada más.

—Gracias —Jo agarró la taza, dio un trago largo y gruñó a causa del calor. Siguió con un sorbo más precavido—. Esto no lo has hecho tú.

—No —Beth ya no tomaba café, pero cuando lo tomaba, pensaba que, cuanto más fuerte, mejor, y había acabado haciendo lo que sus hermanas llamaban «fango»—. Meg ha hecho una cafetera y le he robado una taza. Creo que le ha puesto canela.

—Eres una diosa —Jo tomó otro sorbo e hizo señas a Beth para que entrara—. Acabo de terminar un capítulo, me merezco un descanso.

Beth siguió a su hermana a la habitación e hizo una mueca. El olor a pachulí del incienso que quemaba era tan fuerte que le lloraban los ojos, y estaba acompañado con un leve aroma a quemado de enchufe eléctrico y a cerrado, lo que indicaba que Jo no había salido de allí en bastantes horas. Beth se acercó a abrir la ventana, sin molestarse en preguntar, para que entrara el aire fresco.

Jo se sentó con las piernas cruzadas en la cama deshecha. Beth tomó la silla de segunda mano que había al lado de la tabla de contrachapado colocada sobre caballetes que usaba su hermana como escritorio. La mesa estaba cubierta de folios cubiertos con una escritura apretada e ilegible y captó algunas palabras muy pícaras en la pantalla del viejo portátil antes de que este se quedara en negro.

—¿La novela erótica? —inclinó la cabeza hacia el ordenador y se arrepintió de no haber llevado una taza de té para sí misma.

—Claro que sí —Jo sonrió, con las manos alrededor de la taza—. En este momento tengo a tres hombres con curiosidad bisexual y a una chica muy traviesa en la página. Van a volar cuchillos.

—Parece interesante —Beth sonrió a su vez—. Envíame una copia cuando la termines. Y dame algún aviso para que compre pilas antes.

—No seas ansiosa. Guarda las pilas para las que no tenemos sexo —Jo enarcó una ceja—. ¿Cómo te va con Félix?

—Ford —corrigió Beth automáticamente.

—¿Y bien? —Jo se recostó. Era obvio que esperaba detalles.

Beth abrió la boca para hablar, pero vaciló.

Las dos últimas semanas habían sido sencillamente increíbles. Cuanto más aceptaba Ford sus gustos sexuales, mejor les iba a los dos. La follaba mejor de lo que la habían follado nunca y estaba segura de que a él le ocurría lo mismo. Y más aún, él le gustaba mucho. Cuando no estaban revolcándose desnudos, se divertían juntos. A pesar de sus claras diferencias, tenían más en común de lo que ella habría podido adivinar, desde su amor por un Porsche elegante hasta el hecho de que los dos disfrutaban con vídeos virales raros de YouTube.

—Ese hombre es bueno con las manos —admitió al fin, tamborileando con los dedos en el escritorio de su hermana—. Tienes razón en que no necesito pilas.

—¿Eso es todo lo que piensas decir? —Jo ladeó la cabeza—. No has dejado de sonreír desde que lo viste en el Tearoom. Es obvio que el sexo es bueno. ¿Y qué más?

—Nada más —Beth procuró mantener una expresión neutral—. Nos divertimos. No necesito que se declare ni nada de eso.

Los ojos de color caramelo de Jo se posaron en ella y Beth comprendió que no engañaba a su hermana, quien la conocía mejor que nadie.

Pero no lo sabía todo. No sabía que a veces no podía dormir por la culpabilidad opresiva que la aplastaba hasta impedirle respirar.

La situación económica actual de su familia se debía a ella. Las vidas de todas habían girado alrededor de su salud durante mucho tiempo. Estaba segura de que solo les importaba que ella estuviera bien, no el dinero, pero saber que ella había cambiado de un modo tan dramático la dinámica de su

familia era una capa de estrés que jamás podría sacudirse.

Y por encima de todo eso estaba el hecho de que podía volver a enfermarse en cualquier momento. Lógicamente, sabía que la culpabilidad que sentía era autodestructiva, pero no podía evitarla.

Era obsesiva con su salud para no volver a enfermarse porque no soportaba la idea de ser una carga. ¿Ford? El hombre había perdido su imperio. Lo último que necesitaba era cargar con ella, con la posibilidad de facturas grandes de hospital, con ese lastre alrededor del cuello.

Se gustaban. Lo pasaban bien juntos. Animaban cada uno el mundo del otro. ¿Por qué tenía que haber algo más?

—Oye, tú te empeñas en demostrar que sigues pudiendo hacer todo lo que hacías antes de enfermarse —Jo la miró de soslayo—. ¿Por qué, entonces, te retraes con alguien que te hace sentirte bien? Si alguien merece ser feliz, eres tú. Aunque me resulte cuestionable que elijas a un hombre llamado Félix.

Beth alzó los ojos al cielo y prefirió centrarse en eso antes que en lo que su hermana intentaba decirle. Se retraía por una razón. Era su decisión.

—Tengo que seguir trabajando —Jo se desperezó—. Necesito acabar una gran cantidad de palabras hoy si quiero entregar esa historia a tiempo.

—Dame tu taza. Me la llevaré abajo —dijo Beth.

Tomó la taza vacía. La luz de la ventana cambió y las manchas moradas oscuras debajo de los ojos de su hermana se hicieron más pronunciadas.

Beth entrecerró los ojos y miró a su alrededor. Jo hibernaba cuando se sumergía en su trabajo, pero normalmente emergía al menos una vez al día para ducharse y buscar algo de comer. Era sábado y no la había visto desde... ¿el jueves?

—¿Por qué trabajas tanto el fin de semana? —preguntó.

Volvió a dejar la taza en la mesa y empezó a revisar la habitación. La cesta de ropa sucia estaba a rebosar y la papelera se veía llena de latas de Pringles vacías y envolturas de Starburst.

Cuando terminó su inspección, se detuvo delante de su hermana, se cruzó de brazos y esperó.

—He aceptado un par de contratos extra —Jo alzó la barbilla con aire desafiante—. Solo estoy un poco estresada. ¿Adónde quieres llegar?

—Tú siempre te esfuerzas por no aceptar más trabajo del que puedes hacer —Beth sabía que su hermana le ocultaba algo.

Jo se movió inquieta bajo su mirada y al fin soltó un bufido que hizo bailar

su mechón de pelo caprichoso.

—Se acerca un pago fuerte de la hipoteca y todas estamos intentando ganar algo más este mes.

¿Qué? Nadie le había dicho nada de eso a ella. Aunque, si se paraba a pensarlo, la noche anterior Mamesie le había pedido que la ayudara a subir listas de su cerámica a la web Etsy, cuando normalmente solo lo hacía una vez al mes. Meg estaba haciendo muchas funciones de la hora del almuerzo, además de las de la noche, que era lo que hacía normalmente, y Amy, la noche anterior, no había vuelto a casa de su taller de tatuajes hasta las once.

Jo frunció el ceño.

—Me lo habéis ocultado a propósito —musitó Beth.

La culpabilidad era una niebla que se espesaba rápidamente, y tan gruesa que le impedía ver y no la dejaba respirar.

No se lo habían dicho porque no querían que se estresara. El estrés aumentaba las probabilidades de una recaída.

Sabía que no querían que recayera porque no querían que volviera a estar enferma. ¿Pero había una pequeña parte de sus mentes que pensaba que no podían permitirse literalmente que volviera a enfermar?

—No estoy nada satisfecha con ninguna de vosotras —dijo. Beth casi nunca perdía los estribos, pero sentía que hervía de rabia y que esa rabia podía desbordarse y escaldar a cualquiera que se cruzara en su camino—. Acabas de decirme que no debo dejar que mi enfermedad cambie cómo vivo mi vida, que puedo hacer todo lo que hacía antes. ¿Solo lo decías para consolarme?

—Tranquila, princesa. Sabes que no es así —Jo puso los brazos en jarras—. Estuviste a punto de morir. ¿Por qué coño no puedes dejar que te cuidemos una temporada?

—¿Porque no necesito que me cuidéis! —gritó Beth.

Tenía muchas cosas que decir, pero la mayoría se quedó atascada en su garganta, asfixiándola. Se conformó con un gruñido inarticulado antes de girar sobre sus talones y salir furiosa de la habitación, dando un fuerte portazo.

Se encontró con Meg, que subía las escaleras. Esta llevaba una blusa blanca con manchas de mostaza recientes y olía a grasa de freír. Ahora que ya estaba sobre aviso, Beth vio que su hermana mayor también tenía sombras oscuras debajo de los ojos.

—¿Por qué demonios os peleáis Jo y tú? —Meg tiró del elástico que sujetaba su coleta y se soltó el pelo—. Se os oye desde el taller.

—¿Quizá porque toda mi familia cree que soy incapaz de contribuir a un pago grande inminente sin romperme? —Beth escupió las palabras. Estaba casi segura de que nunca había estado tan furiosa ni se había sentido tan traicionada.

Meg se mordió el labio inferior y apartó la vista.

—Sí, eso me parecía —Beth movió la cabeza con disgusto—. De momento no puedo hablar con ninguna de vosotras. Voy a salir. No me esperéis levantadas.

Capítulo 14

Beth llamó al timbre, pero Ford no abrió la puerta. La joven había estado allí tantas veces en las dos últimas semanas que no vaciló en dar la vuelta a la casa cuando oyó una especie de sierra mecánica en la parte de atrás.

Al entrar en el jardín, se detuvo en seco al ver a su hombre desnudo hasta la cintura a pesar del frescor del aire de finales de septiembre. Llevaba unas gafas de seguridad atadas a la cabeza, guantes de trabajo en las manos y en su torso brillaba una capa de sudor mientras cortaba una tabla de madera con una sierra mecánica vieja.

Beth había salido de su casa sabiendo que iría allí. No sabía exactamente por qué, solo que él era la persona que quería que la ayudara a calmarse.

Encontrarlo así, como si acabara de salir de un sueño erótico, transformó instantáneamente su furia en lujuria. Había muchos modos de quemar un enfado, y aquel era su favorito.

Se desabrochó la sudadera con capucha y cruzó el jardín. Observó cómo flexionaba él los bíceps cuando dejó a un lado el primer trozo de madera y levantó otro.

Con todos los demás amantes que había tenido, el deseo había decaído un poco todas las veces. Con Ford, cada vez que tenían sexo, su deseo se hacía más fuerte, más profundo.

Le daba igual que fuera solo por la química o porque sabía lo que él podía hacerle, pero lo deseaba en el acto, quería usar el placer que pudiera darle para vencer el enfado, aunque fuera solo por el momento.

Cerró el espacio entre ellos y esperó a que la viera. Cuando lo hizo, Ford sonrió, dejó a un lado la madera en la que trabajaba y apagó la sierra mecánica.

—Estoy cortando unas tablas para cambiar algunas del porche, pero tú eres

mucho más interesante —dijo.

Se quitó los guantes, los tiró al suelo y la atrajo hacia sí para besarla. La besó en los labios y la abrazó despacio, pero ella estaba impaciente. Se puso de puntillas y deslizó las manos en el pelo de él. Cuando se separaron, ella vio el fuego en la mirada de él y sonrió con picardía.

—Parece que me vayas a comer vivo —Ford tiró con gentileza de un mechón de su pelo y los nervios del cuero cabelludo de ella cobraron vida—. ¿Quieres contármelo?

—Estoy más enfadada de lo que he estado nunca —ella sonrió cuando él volvió a tirar. La tensión que percibió en el cuerpo de él la obligó a aclarar—: Contigo no. Pero tengo que quemarlo —echó la cabeza atrás para mostrar la línea de la garganta, pues había aprendido que eso lo excitaba, y dio un respingo cuando él bajó la lengua por allí—. ¿Te interesa?

Él, en respuesta, le agarró las nalgas. Cuando la levantó en vilo, ella le abrazó la cintura con las piernas y recorrió con las uñas la piel desnuda de sus hombros.

—Estoy sudoroso, ¿quiere que me duche? —las manos de él exploraban las curvas del trasero de ella a través de la tela fina de los pantalones de yoga, prestando atención especial a la hendidura que dividía las nalgas. La promesa de ese contacto hizo estremecerse a Beth.

—¡Coño, no! —contoneó las caderas contra el estómago firme de él y bajó la cabeza. Pasó la lengua por el músculo fuerte de su hombro, saboreando el sabor a sal.

—Eso es muy excitante —musitó él.

Cruzó con ella en brazos el porche en el que trabajaba y la apoyó en el marco de la puerta. Agarrándole todavía el trasero con una mano, usó la otra para apretar el pecho con el piercing. Gruñó cuando pasó el pulgar por allí, lo que incrementó el deseo de ella.

—Creo que te has creado un fetiche —se burló ella, arqueándose bajo su contacto—. Cuando entraste por primera vez en mi taller, jamás habría adivinado que te volverían loco los piercings.

—Mi fetiche se llama Beth —repuso él.

Apoyó la frente en la de ella y la miró a los ojos mientras deslizaba la mano dentro de la camiseta que llevaba debajo de la sudadera. Tiró del algodón fino del sujetador por debajo del pecho, agarró el aro y ella apretó las caderas contra él.

—Ahora. Te deseo ahora —Beth le arañó el pecho desnudo. Sabía que probablemente dejaba ronchas rojas, pero no le importaba—. ¡Maldita sea, Ford! Lo necesito.

—Tú necesitas lo que yo te diga que necesitas —él respiró con fuerza, como esperando la reacción de ella.

A Beth la conmovía extrañamente ver que todavía vacilaba con lo que quería, con lo que era en realidad.

Y a otro nivel, sus palabras la excitaban muchísimo.

—Te he dicho lo que necesito —dijo, sin pararse a pensar en sus palabras.

Al igual que él, se detuvo conteniendo el aliento para ver lo que pensaba Ford del nuevo aspecto que acababa de añadir al juego.

Se observaron mutuamente un momento largo, con los ojos azules de ella inmersos en la intensidad de los marrones de él. Hubo tiempo para que cualquiera de ellos retrocediera, para asegurarse de que eso era lo que los dos querían.

—Tú tendrás lo que yo decida darte —declaró Ford.

Con lentitud angustiosa, posó su larga mano con gentileza en la garganta de ella. A Beth le llegó el aromático olor a cedro y no pudo reprimir un escalofrío.

—Eso me parecía.

Él sonrió con suficiencia, la sujetó con una mano, abrió la puerta con la otra y entró en la casa. La puerta de atrás daba a un pequeño cuarto de la colada, que probablemente había estado de moda cuando Mamesie era bebé, pero cuando él volvió a tirarle del pelo y la instaló con brusquedad en la lavadora antigua, ella se sintió muy cómoda allí.

—¡Bastardo! —siguiendo con el juego, le empujó el pecho.

Ford le agarró las muñecas y se las subió por encima de la cabeza, sujetándolas con una mano. Ella echó el pecho hacia delante y él usó la mano libre para tirar de la camiseta y del sujetador debajo de ambos pechos. Bajó la cabeza, agarró el aro del pezón con los dientes y tiró. Ella soltó un grito.

—Eso me parecía —él repitió la jugada con una sonrisa petulante y ella sintió el tirón en el pubis—. ¿Por qué lo combates? Tú quieres lo que yo tengo, muñeca.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer? —preguntó ella, jadeante.

A él le brillaron los ojos. Bajó una mano detrás de ella, giró una palanca de la lavadora y la puso en marcha.

—No te importa que haga varias cosas a la vez, ¿verdad? —preguntó. Puso una mano sobre los pechos desnudos de ella y la aplastó contra la superficie vibrante—. Ya que crees que eres tú la que dirige esto.

—¡Madre mía! —ella tenía las piernas en las caderas de él, el pubis apretado contra la lavadora y, cuando él la empujó hacia abajo, la vibración despertó nervios que no sabía que tenía. Intentó cerrar las piernas para reprimir aquella descarga de sensaciones, pero solo consiguió abrazar las caderas de él.

—¿Sigues pensando que tú sabes más? —Ford bajó la cabeza, le mordisqueó el labio inferior solo lo bastante para que escociera y le soltó las muñecas. Extendió las manos sobre su vientre, las deslizó dentro del pantalón de ella, buscó su hendidura e introdujo las yemas de tres dedos—. Estás empapada. Parece que te gusta lo que hago.

—Pon tu polla donde están tus dedos y quizá puedas redimirte —dijo ella. Una descarga de adrenalina siguió a sus palabras. Aquello era un juego. Un juego caliente y apasionado, pero la intensidad del rostro de él la animaba a involucrarse totalmente—. Eso es lo único que te he pedido. Y creo que un hombre de verdad me lo daría.

Dio un respingo cuando él sacó bruscamente los dedos de su coño. ¿Había ido demasiado lejos?

Sintió el beso frío del aire cuando él tiró de sus pantalones con fuerza. Con los dedos todavía mojados de la excitación de ella, desgarró la costura de la prenda, debajo de la cual ella no llevaba nada.

—La tendrás —prometió.

La soltó y ella se agarró los pechos y los alzó a la mirada de él mientras Ford se quitaba el cinturón y se bajaba la cremallera de los pantalones vaqueros.

—La tendrás cuando yo esté dispuesto a dártela.

Beth soltó un respingo cuando él le puso una mano en la espalda y la dobló hacia delante, de modo que sus pechos quedaron sobre sus rodillas. Cuando se agarró el pene y deslizó el glande en su escote, ella creyó que le iba a dar un ataque.

—Puede que solo folle estas tetas hermosas en vez de tu coño —deslizó la mano desde la espalda hasta el pelo de ella y pasó los dedos a través de los mechones sedosos—. Que me corra encima de este aro tan sexy y te deje caliente e incómoda.

—Hazlo y me meteré el dedo —él introdujo el pene un poco más en el escote y ella bajó los labios y pasó la lengua por él—. No puedes impedírmelo.

Soltó un respingo cuando él salió de sus pechos con brusquedad y tiró de ella para dejarla sentada. Le abrió tanto las piernas, que las caderas de ella protestaron, alineó su erección con el desgarró en los pantalones de ella y frotó el glande entre los pliegues femeninos.

—Deja esos dedos tuyos tan vivos fuera de tu coñito —ordenó. Clavó el glande hincado en la entrada húmeda de ella—. Tus orgasmos me pertenecen y no permitiré que me quites ninguno.

—¡Ahora! ¡Por lo que más quieras, Ford, fóllame ya!

Beth abandonó el juego, con el cuerpo tan tenso que creía que se iba a romper. Clavó las uñas en los hombros de él hasta que Ford siseó y se balanceó hacia delante para introducirse el pene.

—¡Joder! —él exhaló despacio cuando ella se apretó en torno a su miembro.

Beth soltó el aire con un grito estrangulado cuando él entró hasta el final con una embestida.

—Sí —siseó antes de hundirle los dientes en la oreja—. Más. Vamos.

Ford no dijo nada. La agarró fuerte por las caderas, tiró de ella unos centímetros y cerró las caderas de golpe, controlando completamente los movimientos de ella.

Beth quería más. Colocó las manos en la lavadora, detrás de sí, y se echó hacia atrás para cambiar el ángulo y permitir que la erección firme de él alcanzara un punto aún más profundo en su interior. Tenía la cabeza hacia atrás y los labios entreabiertos mientras él embestía su carne prieta.

—Me gustaría que pudieras verte ahora —él la embistió de nuevo—. ¡Pareces tan obscena! Estabas deseando desnudarte y has exigido mi polla. No podías esperar.

—Soy obscena —musitó ella. Miró su cuerpo. Sus pechos se balanceaban y agitaban con cada movimiento y la vista entre sus piernas era obscena, con la polla de él estirándola al máximo y su coño mojándolo a él—. Y tú también lo eres.

—Sí —él se estremeció sin aliento y ella notó que sus palabras lo excitaban todavía más—. Más vale que te frotes ese hermoso clítoris con el dedo porque yo estoy a punto.

—Sí, sir Lassiter —dijo ella.

Él gimió y aumentó el ritmo. Ella se sujetó con una mano y deslizó la otra sobre el vientre y a la hendidura entre sus muslos. Rodeó el botón tenso del clítoris, rozando con los dedos el pene de él en su movimiento y los dos se contrajeron con las sensaciones que los embargaban.

—Córrete para mí, Beth.

Las embestidas de él se volvieron torpes. Perdían ritmo y sus movimientos se volvían frenéticos. Ella se acarició el clítoris. Sus piernas intentaban cerrarse a medida que aumentaba su excitación.

Ford, con las manos en las caderas de ella, le apretó el trasero hacia abajo con más fuerza encima de la lavadora. Las vibraciones de esta entraron directamente hasta el coño de ella y provocaron unas explosiones en cadena en su interior.

Soltó un grito ronco que rebotó en el techo de la pequeña habitación. Se apretó alrededor del miembro de él, que seguía moviéndose por su carne hinchada. El placer de ella era una cuchilla afilada que se centraba por completo en la polla de él.

Ford gruñó y se movió en su interior con una última embestida salvaje. Ella sintió las palpitations calientes de él entre los muslos, registró vagamente que probablemente no debería sentir aquello y, cuando los movimientos de él desencadenaron temblores posteriores, decidió que le daba igual.

Se abrazó al cuello de él y apoyó la cabeza en su hombro mientras luchaba por recuperar el aliento. El pecho de él se agitaba contra el suyo, el calor los mantenía unidos.

—Tenemos un problema —dijo Ford. Pasó una mano por la columna de ella y miró su rostro con cautela. Ella asintió, se movió un poco e hizo una mueca al sentir el calor pegajoso entre los muslos.

—Tomo la píldora —tragó saliva con fuerza—. Y estoy limpia.

—Yo también —él mantuvo la vista fija en su rostro y ella sintió que sus palpitations nerviosas iban disminuyendo. Era estúpido confiar en él tan pronto.

—Todo va bien —dijo. Se pasó una mano por la frente para secarse el sudor que bañaba la piel en ese punto—. Aunque probablemente no deberíamos repetirlo.

—No sé si puedo volver al preservativo después de esto —la voz de él sonaba ronca y sincera—. Ha sido... Ha sido pura pasión, Beth. He pedido un

poco el juicio al final. Quería marcarte desde dentro hacia fuera.

—¡Qué cosas tan tiernas dices! —ella sonrió y él se echó a reír. La risa se convirtió en respingo cuando él subió las manos por su cuerpo y le apretó los pechos antes de salir de ella.

—Pero lo digo en serio —comentó él.

Tendió la mano hacia un montón de toallas dobladas que había encima de la secadora y tomó una. Frotó con ella el pubis de Beth y luego arrojó la toallita al lavabo. Era agradable sentirse cuidada.

—Si tomas la píldora y los dos estamos limpios... —Ford tomó la cabeza de ella en sus manos y bajó lentamente las palmas por sus mejillas, acariciando las líneas de los pómulos con los pulgares—. No quiero presionarte, pero me gustaría que confiáramos el uno en el otro.

—¡Sí, joder! —exclamó ella. Le sonó una alarma, pero la ignoró. Aquel era un nivel de intimidad para el que no se había preparado.

Pero en aquel momento lo quería.

—Ahora me va a costar todavía más no tocarte continuamente —él la besó en los labios e hizo una seña con la cabeza en dirección a su ropa—. Y seguramente no sea nada bueno para el estado de tu guardarropa.

—Pero yo me siento mejor —ella sonrió y se dejó ayudar a bajar de la lavadora—. Si me descubres peleándome con la gente, sabrás que es para venir aquí y pagarlo contigo después.

—¿Quieres hablar de ello?

Beth se sobresaltó cuando él enganchó los dedos en la cintura del pantalón de yoga y se los quitó. Buscó en una cesta de ropa limpia y le lanzó un par de calzoncillos de franela a cuadros.

—No tengo nada más que te sirva. Tendrás que hacer el paseo de la vergüenza cuando vuelvas a casa.

—No hay nada de vergüenza en esto —ella hablaba despacio, eligiendo las palabras con cautela. Ford había recorrido mucho camino desde la primera vez que lo había visto, desde aquel hombre que estaba aterrorizado de ser quien era y de lo que quería. Aun así, todavía tenía retazos de incertidumbre, de dudar mucho más a menudo de lo que ella quería, como si no pudiera terminar de creerse que aquello era lo que de verdad quería.

Él la miró a los ojos y asintió. Mensaje recibido. Satisfecha, ella empezó a quitarse la camiseta y el sujetador e hizo lo posible por ocultar su sonrisa cuando él ladeó la cabeza en actitud interrogante.

—No es que me queje —dijo Ford, con la vista fija en sus pechos—, pero creo que no he roto eso.

—Pero están muy estirados —ella parpadeó con aire inocente y los dejó a un lado—. No puedo ir por ahí con esto.

—Eres diabólica —él volvió a meter la mano en la cesta de la ropa y le dio una camisa azul pálida—. Toma. Si vas por ahí con esas fantásticas tetas fuera, estaré de nuevo dentro de ti antes de que puedas contar hasta tres.

—Eso no me da una buena razón para vestirme —señaló ella, pero se puso la camisa. Le quedaba muy grande y tuvo que enrollar varias veces los puños hasta que salieron sus manos.

—Puedes ir por ahí en toples en un rato. No seré yo el que te lo impida —se quitó los pantalones y ella lo miró con curiosidad.

—¿Qué haces? —preguntó. La distrajo la vista de su pene a media asta, que colgaba todavía por encima del pequeño calzoncillo. Frunció el ceño con desaprobación cuando él sacó unos pantalones cortos de la cesta.

—Estaba trabajando en la casa cuando has llegado exigiendo que te dejara montarme —sonrió cuando ella alzó los ojos al cielo—. He perdido tiempo y ahora tendrás que ayudarme a recuperarlo.

—¿Haciendo qué? —preguntó ella. Ford se subió los calzoncillos, pero antes de que pudiera volver a ocultar el pene, ella extendió el brazo y lo agarró por la cintura—. Espera.

Enlazó los dedos y bajó las manos al miembro todavía hinchado de él. Se lamió los labios y puso las manos entrelazadas alrededor del pene para ayudarlo a meterlo en la ropa interior.

—Eres diabólica —repitió él.

Dio un respingo cuando ella mantuvo las manos dentro de los calzoncillos, con los dedos todavía entrelazados y la vista fija todavía en el glande húmedo del pene, que se endurecía rápidamente. Lo acarició varias veces de arriba abajo hasta que estuvo empalmado del todo.

Después retiró las manos y se apartó. Se ocupó en atarse la larga melena y siseó sin aliento cuando él, en venganza, deslizó una mano dentro de la camisa prestada y tiró unas cuantas veces del pezón del aro hasta que se puso duro de excitación.

—Ven, mi pequeña ninfómana —le subió la barbilla con la mano y le dio un beso suave en los labios.

A Beth se le aceleró el pulso. Empezaba a tener sentimientos por él.

Demasiados. Esa noche tendría que pensar mucho en eso.

Pero por el momento se esforzó en procesar lo que decía él. Cuando lo entendió, pensó que hablaba en broma.

—Vamos a preparar paneles de yeso.

Capítulo 15

—Mis hermanas no me harían hacer esto.

Ford alzó la vista desde donde estaba arrodillado en el suelo de la sala de estar. Estaba revisando el panel que Beth y él acababan de preparar, asegurándose de que las medidas fueran las correctas antes de levantarlo para instalarlo.

Ella era todo un espectáculo. De pie en una escalera corta, con los brazos encima de la cabeza, comprobaba que el panel superior que habían instalado estuviera seguro.

Seguía llevando los calzoncillos y la camisa de él, pero se había negado a abotonarla y Ford podía ver sus pechos sensuales, algo que sabía que ella hacía para atormentarlo.

Pero disfrutaban cada minuto delicioso de todo ello.

—Tú me has distraído antes —dijo con brusquedad—. Este es tu castigo.

—Pues es bastante agradable —dijo ella con suavidad, antes de bajar de la escalera. Ford no estaba seguro de haber oído bien.

Lo miró a los ojos y él supo que su intención había sido que la oyera. Contuvo el aliento, buscando decir algo apropiado, pues no quería espantarla si ella estaba preparada para abrirse un poco.

—Bueno, eres mecánica. Y música. Te gusta trabajar con las manos.

—Cierto —Beth se acercó a él, se sentó en la moqueta con las piernas cruzadas y le robó su botella de agua. Ford intentó no ver cosas que no había en la intimidad de ese acto—. Pero me refería a que es agradable que piensen que soy capaz de hacer algo físico. Ayer Amy me pilló transportando el motor de una camioneta, algo que he hecho un millón de veces, y casi hundió la casa con sus gritos.

—¿Eso es porque estuviste enferma? —él mantuvo los ojos en el panel para

no espantarla—. ¿Por eso estabas enfadada cuando has llegado? ¿Te has peleado con tu familia?

—Me he peleado con Jo —ella jugueteaba con el tapón de la botella de agua. Un mechón de pelo rojizo le caía sobre el ojo izquierdo, pero no se molestó en apartarlo—. Tú has estado en nuestra casa. Sabes que no nadamos en dinero.

—Mmm —musitó él, sin comprometerse. Solo quería que siguiera hablando.

—Ya te dije que vivimos todas juntas para poder permitirnos conservar esa casa. Al parecer se acerca un pago importante, pero a mí no me lo han dicho. Me he enterado por casualidad —sacudió la cabeza para apartarse el mechón de pelo de la cara—. Me lo han ocultado porque no quieren que me estrese y vuelva a caer enferma.

—Beth, ¿qué te pasó? —preguntó él. Su preocupación por ella era mayor que la que sentía por la situación económica de su familia—. Me gustaría que me lo dijeras.

Ella negó con la cabeza con vehemencia.

—Eso es agua pasada. Ahora estoy bien. No necesitas saber nada más —dijo.

Ford no podía negarse que le escocía que ella no quisiera abrirse a él. Beth había accedido a no usar más preservativos, a confiar en él con su cuerpo, pero no quería contarle qué le había pasado para que la mujer abierta a la que había conocido años atrás se hubiera vuelto tan reservada.

Solo le quedaba esperar que con el tiempo se lo contara.

—¿Qué te hizo decidir volver a Boston? —preguntó ella. Era obvio que quería cambiar de tema. Muy bien. Él no la presionaría... Por el momento—. Me contaste algo, pero me gustaría oír más.

Ford se acercó de rodillas al siguiente panel y se dispuso a medirlo para comprobar de nuevo que era del tamaño deseado.

—Quería volver a casa —dijo.

Satisfecho con las medidas, tendió una mano hacia la botella de agua, que seguía en la mano de ella, y la vació de dos tragos.

—Cuando me fui a Los Ángeles, tenía una idea clara de cómo debía ser mi vida. Mis hoteles iban muy bien, así que, ¿por qué no vivir en la ciudad de los excesos? ¿Por qué no relacionarme con famosos y ricos? —arrojó a un lado la botella vacía y la miró a los ojos—. Sospecho que un psiquiatra descubriría

que intentaba modelarme en lo que quería ser porque una mujercita con tatuajes y un piercing en el pezón me había hecho mirar bien cómo era en realidad y, desde luego, no era así.

Beth se sonrojó, algo que él nunca le había visto hacer.

—Yo no quería que te sintieras fatal —dijo ella.

—Claro que querías —él sonrió—. Y yo lo necesitaba. De no ser por eso, quizá no habría vuelto nunca, así que no te sientas mal. De hecho, gracias.

Ella apretó los labios, pero no dijo nada.

—Cuando lo perdí todo, me di cuenta de que ni siquiera me gustaba California. Demasiado calor. Demasiada gente —se encogió de hombros—. Cuando Peyton y yo rompimos, ya no había nada que me retuviera allí. Quería volver a casa.

—Si te dejó porque perdiste tu dinero, nunca te quiso de verdad.

Las palabras de Beth eran brutales pero ciertas. Ford soltó una carcajada. No necesitaba examinar sus sentimientos por su antigua prometida porque sabía que ya no tenía ninguna.

—Me quería del mismo modo que yo a ella —dijo. Una parte primitiva de él se golpeó el pecho cuando vio que ella entrecerraba los ojos—. Como amigos. No me dejó porque había perdido mi fortuna, la verdad es que no. Tenía mucho dinero propio. Fue porque quería al hombre que pensaba que yo era, no al que emergió cuando pasó aquello. Quería a alguien que la acompañara a las fiestas de Hollywood y estuviera a su lado como un igual. Y equiparó el dinero con esa igualdad —se encogió de hombros—. No estaba destinado a pasar.

Beth guardó silencio un momento, digiriendo al parecer esa información. Luego frunció el ceño y él no tuvo valor para decirle que esa expresión le sentaba bien.

—Pues ya puede rezar para que no nos encontremos nunca —dijo—. No garantizo que no lleve una llanta para neumáticos en el bolso.

Ford soltó una carcajada. No pudo evitarlo. Aquella mujer era fantástica. Tiró de ella a través de la moqueta ajada que los separaba y la besó.

—¿A qué viene esto? —preguntó ella. Pero sonreía.

—Tu vena violenta me excita —él movió las cejas con lujuria—. La próxima vez que vayas a por alguien con una llanta para neumáticos, déjame mirar. Por favor.

Ella intentó reprimir una sonrisa, pero no lo consiguió.

—Sí, sí —se acomodó en los brazos de él y suspiró.

Él contuvo el aliento.

—Creo que esto me recuerda a cuando dejé las giras —dijo Beth. Respiró hondo y soltó el aire lentamente—. Que se interesara por mí una discográfica y me ofrecieran un contrato por mi música rara de piano fue fantástico. Había una probabilidad entre un millón. Tuve una suerte inmensa. Había miles, probablemente cientos de miles de personas, que habrían hecho lo que fuera por estar en mi lugar.

Hizo una pausa.

—Al principio lo disfruté. La atención, la oportunidad de compartir mi música, el dinero... Por fin podía ayudar a Mamesie y a mis hermanas a probar la vida que se merecían.

—¿Pero? —preguntó él, que se moría por oír más.

Ella sonrió débilmente.

—Pero las giras se cobraron un peaje. Los conciertos, la prensa... Era demasiado. Soy una introvertida, ¿sabes?

Él tosió y ella lo miró de hito en hito.

—No tienes que ser tímida para ser introvertida. Obviamente, yo no soy tímida, pero estar tan rodeada de gente todo el tiempo me agotaba. Así que, cuando me puse enferma, al principio fue un alivio.

Lo miró de soslayo entre las pestañas. Era obvio que esperaba que la juzgara, pero eso no iba a pasar.

—Por supuesto, luego todo me explotó en la cara. Me vi obligada a dejar las giras. Todo el dinero que había ganado... Bueno, hacía falta para otras cosas.

Ford veía las sombras moverse por la cara de ella, veía cómo se cerraban las contraventanas. Ella esquivaba lo que él más deseaba saber, qué había ocurrido cuando estaba enferma. Pero no tenía derecho a exigirle esa información. Todavía no.

—Pero la verdad es que esa vida que llevaba resultó que no era lo que quería después de todo —siguió ella. Se movió en los brazos de él, se puso de rodillas. Bajó la cabeza para besarlo en los labios y le sonrió con un asomo de esa timidez que profesaba no tener—. Lo que intento decir es que lo entiendo —terminó.

Allí Ford estuvo ya perdido.

Aquella mujer había sufrido mucho y, sin embargo, era fuerte. Pero al

pensar en eso, las sombras de culpa, que nunca lo abandonaban por completo, se hicieron más oscuras y se aferraron a su piel.

Ella había hecho un resumen, pero él tenía la impresión de que su salud no era todavía todo lo buena que podía ser.

Era duro con ella. Menos de dos horas atrás la había usado tan a conciencia que le había dejado leves marcas de moratones en las caderas. Seguían allí, unas manchas de color suave violeta sobre la piel marfil.

Ella lo quería así y él también. Pero en aquel momento el pánico le cerró la garganta.

Un hombre de verdad no haría marcas a su mujer. No la follaría encima de una lavadora y olvidaría usar un preservativo.

Si le decía lo que pensaba, ella lo llamaría cobarde y le acusaría de ocultar cómo era en realidad.

Y tendría razón.

Se aferró a eso e intentó salir del lodazal de su mente. Beth y él hacían aquellas cosas porque eso los excitaba. A los dos.

Él no era su padre. No desconocía que su padre tenía algunas perversiones, aunque siempre había intentado no saberlas, pero lo que había dejado una impresión duradera en Ford era el modo en que su progenitor trataba a las mujeres en la vida real. Daba igual que fueran esposas, novias, amantes o bailarinas de striptease a las que llevaba a su casa. Para él todas estaban allí para complacerlo y, en cuanto dejaban de hacerlo, tenían que irse, sin importar lo que quisieran ellas ni cómo se sintieran.

Ford suponía que tenía suerte de no haber acabado mucho peor de la cabeza.

Pero, maldición, él no era Bruce. Podía seguir sus impulsos y eso no significaba que no tratara bien a las mujeres o no le importara lo que querían.

¡Qué demonios! La razón por la que pensaba en todo eso era porque quería hacer feliz a una mujer concreta.

—Podría enamorarme de ti —dijo.

Quizá fueran las endorfinas del sexo, o el olor a vainilla y aceite de motor que emanaba del pelo suave de Beth, porque en circunstancias normales, él tenía más filtros. Consideraba un gran paso decirle a alguien algo así.

Pero era cierto y quería que ella lo supiera.

Beth se quedó inmóvil en sus brazos. Él esperó, conteniendo el aliento, sintiéndose de pronto como si estuviera de adolescente en la parte de atrás de

una limusina el día de su graduación, con los pantalones en los tobillos y esperando que Jennifer St. Morrisette le dejara perder su virginidad con ella.

Solo que era peor. La espera con Beth era peor.

Ella se incorporó, sentándose muy despacio. Lo miró con las mejillas sonrosadas y los ojos azul zafiro muy abiertos.

—Gracias —dijo.

Capítulo 16

—Disculpe, señorita. ¿Dónde puedo dejar las llaves? Tengo una cita para cambiar el aceite.

Beth se quedó inmóvil al oír la voz de Ford, que reconocería en cualquier parte. Se dio la vuelta despacio, mirando el Turbo que él había dejado en el camino de la entrada.

—Tú no tienes una cita. Quien tiene una cita ahora es Chevy Lattner —en cuanto hubo hablado, lo entendió. Cerró los ojos y se llevó una mano a la sien—. Ford, Chevy. Ya lo pillo. Muy agudo.

—Yo no tendría que ser tan retorcido si tú no me estuvieras esquivando —él apoyó la cadera en el coche, llevaba una bolsa de plástico en la mano—. He traído la cena.

A Beth se le aceleró el pulso. ¿Por qué tenía que ser tan guapo? Sobre todo cuando ella se sentía como una mierda. Sí, lo esquivaba. Lo echaba muchísimo de menos, pero sabía que era lo correcto.

Él casi le había dicho que la amaba. Y eso era... malo.

—Ford, quizá podamos cenar la semana que viene —Beth respiró hondo—. Ahora no tengo tiempo. Si no tienes una cita de verdad, puedo aprovechar ese tiempo para adelantar otro trabajo.

—Sí tengo una cita. ¿Cuánto se tarda en cambiar el aceite? ¿Una hora? He reservado una hora de tiempo en Marchande Motors. Si no la consigo, me veré obligado a dejar un comentario muy negativo en Yelp.

Beth alzó los ojos al cielo. Él aprovechó para avanzar y acercarse lo bastante para que ella sintiera el calor de su cuerpo.

—Venga. De todos modos vas a cenar, ¿no? Hazlo conmigo.

Ella apretó los labios, no estaba convencida.

—He traído ensalada de tacos de Mamacita's —él sonrió esperanzado y

ella no pudo evitar derretirse un poco.

¡Estúpido idiota! ¿Por qué tenía que enamorarse de ella?

Ford dejó la bolsa con la comida en el banco de trabajo, colocó el dedo índice bajo la barbilla de ella y le alzó la cara para mirarla. Beth intentó apartarse porque en su estado, aquello la hacía sentirse muy desnuda, pero él no se lo permitió.

—No tienes buen aspecto —declaró con brusquedad. Ella frunció el ceño—. ¿Qué demonios pasa?

—Tú siempre tan dulce —repuso ella con sequedad. Se apartó y se quitó el mono de trabajo. Sabía que Ford no se iría hasta que accediera a cenar con él.

Él deslizo un dedo por el tirante del top de ella y la atrajo hacia sí. La respiración de ella se hizo más rápida con su proximidad, pues su cuerpo olfateaba a su pareja.

—Si todavía no entiendes que creo que eres la mujer viva más sexy, te follaré aquí y ahora para convencerte —dijo él con voz suave.

Esa amenaza encendió una chispa en el vientre de ella. Beth quería eso. ¡Joder, sí! Lo deseaba mucho.

Pero si lo tenía dentro, perdería toda la perspectiva.

—Me refería a que estás pálida y has perdido peso —ella gruñó de indignación cuando él le bajó las manos por los costados, rozando los pechos, y las posó en la cintura. Él la miró con el ceño fruncido—. Y podría aterrizar mi nave espacial en esos círculos que tienes bajo los ojos. ¿Qué demonios pasa, Beth? ¿Todo esto es porque te dije que me estaba enamorando de ti?

—No —en parte sí. La declaración de él le había producido pánico. No porque no quisiera eso, sino porque lo quería.

Eso tenía sentido en su cabeza, pero sabía que en cuanto intentara explicarlo, él se negaría a aceptarlo.

Y eso no le convenía.

—¿Entonces qué ocurre? —él miró a su alrededor y ella vio que tomaba nota del montón de recibos y de las piezas amontonadas en el suelo. No era idiota y seguro que veía lo que pasaba—. Te estás matando a trabajar para contribuir a ese pago del que hablaste.

—Todas estamos trabajando el doble para cubrirlo —repuso ella.

Se soltó del círculo de los brazos de él y se agachó a recoger el mono. Cuando se levantó, notó que él le miraba el trasero. Normalmente eso la habría excitado mucho. Pero vio los labios fruncidos de él y supo que había

notado que los pantaloncitos de licra le quedaban un poco anchos.

—Vas a caer enferma —dijo él.

En cuanto lo hubo dicho palideció, y ella exhaló un aliento de puro fuego. Él alzó una mano para aplacarla, pidiéndole paciencia.

—No lo decía en ese sentido —entrecerró los ojos—. Te lo diría igual aunque no tuvieras que cuidarte. Trabajas demasiado. No duermes y es evidente que no comes. Eso destroza a cualquiera.

Ella levantó la barbilla. No admitiría bajo ningún concepto que él tenía razón. Señaló la bolsa con rigidez.

—Has traído comida, ¿no? Pues vamos a comer. Y luego podré volver al trabajo.

—Me parece que no, encanto —él se movió con tanta rapidez que ella no lo vio venir. Se la echó al hombro como si fuera un saco de patatas.

—¡No! De eso nada —dijo ella con una voz llena de veneno—. ¡Bájame ahora mismo, Ford! ¡Inmediatamente!

Él, en respuesta, le agarró el trasero con las dos manos. Ella dio un respingo cuando él lo examinó a conciencia.

—Hay que engordarlo, pero no te preocupes, así también le pegaría.

Ella, ultrajada, no pudo decir nada cuando él la sujetó en su hombro con una mano y tomó la bolsa de comida con la otra. Golpeó con el puño los músculos amplios de su espalda mientras él subía las escaleras y cruzaba la puerta que llevaba a la casa.

Mamesie y Jo estaban en la cocina cuando él entró como una tromba con ella sobre el hombro. Su madre abrió los labios, sorprendida, pero Jo ladeó la cabeza y Beth creyó ver una pizca de respeto en su rostro. Entrecerró los ojos, pero antes de que pudiera gritarle a su hermana, Ford la había llevado ya escaleras arriba.

Se detuvo al final de las escaleras y ella se retorció.

—No te voy a decir cuál es. Bájame —dijo.

Sintió que él se encogía de hombros, lo que hizo que el cuerpo de ella se moviera arriba y abajo.

—Proceso de eliminación, pues.

¿Por qué tenía que ser tan terco?

Abrió la puerta de Jo.

—No —dijo.

Volvió a cerrarla y abrió y cerró también la de Meg. En la tercera lanzó un

gruñido, entró con ella y cerró la puerta. Beth pensaba que la iba a arrojar sobre la cama, pero él la sorprendió bajándola con gentileza al suelo y sentándola en el lecho con suavidad.

Ella se subió las rodillas al pecho, las abrazó con fuerza y lo miró con curiosidad.

—¿Cómo has sabido que esta es la mía?

Él resopló y se sentó a su lado.

—Póster de un tío tocando el piano —dijo. Iba señalando cada objeto del que hablaba—. Póster de una chica tocando el piano. Un montón de esos pantaloncitos que tanto te gustan.

—No creo que sea la única a la que le gustan —ella inhaló con fuerza, mirándolo por el rabillo del ojo—. Y para tu información, los carteles son de Lang y Martha Argerich. Son probablemente los mejores pianistas contemporáneos de nuestro tiempo.

Lo observó estudiar los carteles. Luego la miró con una sonrisa.

—Me sigue gustando Coldplay —dijo.

—Coldplay tiene sus méritos —repuso ella. Él abrió la bolsa de comida y ella aceptó la cajita de cartón que le tendió, aunque el olor a especias le revolvió el estómago—. Chris Martin no es Lang, pero tiene talento.

Ford le pasó un tenedor de plástico y le abrió el recipiente.

—Pero tu música no era piano clásico, ¿verdad? La que componías tú, no.

—Creía que no escuchabas mi música —ella sonrió con suficiencia—, porque te recordaba lo bastardo que habías sido conmigo.

—Eso era antes —él se encogió de hombros y abrió el papel de aluminio que envolvía su burrito—. Te he buscado en tu canal de YouTube.

—¿Has hecho qué? —Beth se sentó más recta.

Era una locura que aquellas sencillas palabras le hicieran sentirse tan al descubierto, puesto que el canal de YouTube estaba allí para que lo encontraran otros. Aun así, imaginarse a Ford escuchando algo que ella había creado desde su interior...

Se preguntó si se habría dado cuenta de que la canción que había colgado esa semana era sobre él.

—Tienes casi un millón de suscriptores en tu canal —él terminó el burrito y abrió un paquete de tortillas y un recipiente de plástico con salsa—. ¿Eso no te ayuda con la economía? Recibes dinero por las visitas, ¿no?

Ella le agradecía que no hubiera intentado ofrecerles dinero. Sabía que el

que tenía ahora era una gota en un cubo comparado con su fortuna anterior, pero si tenía bastante para buscar una nueva inversión, era porque tenía al menos seis cifras más en su cuenta bancaria que ella.

Pero no había intentado darle caridad. No intentaba hacerse cargo. La trataba como a una mujer capaz. Y ella se lo agradecía más de lo que él pudiera imaginar.

—Cubro por visitas, sí —pinchó ensalada y él la miró de hito en hito hasta que ella se llevó el tenedor a la boca—. Lo que pasa es que no tengo tiempo de subir mucho contenido. Solo una canción al mes o cada dos meses.

Masticó. Le encantaba la ensalada de taco de Mamacita's, pero le supo a polvo. Había perdido peso porque últimamente no tenía mucha hambre.

—Y de ese millón de suscriptores, solo una pequeña parte ve el vídeo nuevo que cuelgo —Beth se encogió de hombros—. A mí me vale con eso, pero no, no se nota mucho en la cuenta bancaria.

Él pareció aceptar eso. Comías las tortillas mexicanas con salsa mientras ella se esforzaba por terminar la mitad de la ensalada. Cuando hubo comido bastante para merecer la aprobación de él, Ford le quitó el recipiente de las manos, lo cerró y lo dejó en la mesilla de noche.

—Quítate la camiseta.

Ella frunció el ceño. ¿Qué coño pasaba allí?

Él esperó y Beth negó con la cabeza.

—Tengo que volver a trabajar. No tengo tiempo para esto —él tiró del dobladillo del top y ella cruzó los brazos sobre el pecho—. Además, no voy a decir que me apetezca después de que me hayas dicho que estoy delgada y agotada y me hayas cargado al hombro por mi propia casa.

—Beth —él la miró con intensidad, con la cara muy seria—. Quítate la camiseta.

¡Maldición!

Parte de la química entre ellos estaba enraizada en el modo en que jugaban con su intercambio de poder. Y aunque ella no se sentía especialmente sexual en aquel momento, hizo lo que le pedía, se quitó el top y lo tiró al suelo.

—El sujetador también —esa vez desabrochó él mismo la prenda morada de algodón, la bajó por los brazos de ella y se la quitó.

Beth esperaba que le tocara los pechos, que jugara con el piercing que tanto le gustaba. No supo qué pensar cuando, en lugar de eso, la tumbó sobre el lecho.

—Ponte boca abajo —le dio una palmada ligera en el trasero—. ¿Tienes alguna loción? ¿Aceite?

«¿Eh?».

—Tengo aceite de almendras en el cajón de la mesilla —Beth señaló con el dedo, pero la posición supina le daba sueño, a pesar de que últimamente tenía insomnio.

—Perfecto —él tomó el frasco, se echó aceite en las manos y las frotó para calentarlas—. Sé que te mueres por probar el sexo anal. Es el momento perfecto.

—¡Imbécil! —pero ella no pudo reprimir una risita, a pesar de que su estómago intentaba todavía asentarse después de la comida que le había metido.

—Sé amable o no lo haré —dijo él.

Puso la mano en la espalda de ella y le fue untando aceite por la espalda. Le frotó la piel con él y luego la empujó para poder subirse a la cama estrecha y sentarse a horcajadas en sus caderas.

—No has tenido muchos chicos en tu habitación, ¿eh? —dijo. Beth notó que se movía encima de ella, buscando ponerse cómodo—. ¿Cómo puedes dormir en esta cosa?

—Porque no soy como tú, no duermo cruzada ni abierta como un águila —ella apoyó la cabeza en las manos y gimió cuando él trazó una línea entre sus clavículas con los pulgares—. Y ha habido muchos chicos aquí. Funciona bien. Solo hay que estar muy juntitos.

—Seductora.

Las manos de él seguían moviéndose sobre su piel, con caricias destinadas más a calmar que a excitar. Trabajó un punto tenso en la base del cuello y ella apreció el dolor sanador que creaban sus dedos.

—Tienes las manos hinchadas —él fue bajando por los brazos y ella captó la reprimenda en la voz de él mientras frotaba sus manos manchadas de grasa—. Ya te he dicho que trabajas demasiado.

—¿Están hinchadas? —preguntó ella. No lo había notado y en su cabeza sonaron campanas de alarma. Las caricias apaciguadoras de él derritieron rápidamente su preocupación.

—Sí —Ford terminó con las manos y subió de nuevo por los brazos. Deslizó las manos en el pelo de ella y empezó a frotar los músculos de la cabeza de un modo que hizo que ella suspirara de placer. Cuando paró, ella

emitió una protesta.

—¡Eh!

—Y estás caliente. Más caliente de lo habitual —él dejó de frotarle la espalda y ella casi pudo ver cómo se desbocaban sus pensamientos—. ¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí —dijo ella.

Fue una respuesta automática, pero empezó a revisar mentalmente: manos hinchadas, ligera fiebre, pérdida de peso y fatiga, un estómago al que le resultaba difícil digerir la poca comida que le echaba...

¡Mierda! ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

La última semana no se había encontrado bien, pero había creído que era por trabajar mucho y por el estrés del dinero. A pesar de la atención que prestaba a intentar mantenerse sana, no se había parado a pensar que lo que sentía era un rebrote.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Le dio la vuelta de pronto y ella luchó por adoptar un rostro inexpresivo, aunque el corazón le latía a gran velocidad.

No era especial. Era una de las miles de personas que tenían lupus, una enfermedad en la cual el cuerpo básicamente se atacaba a sí mismo.

Pero no todas esas personas habían estado a punto de morir por un ataque violento, repentino y malvado de los síntomas. No todas habían perdido sus carreras y echado sobre sus seres queridos una carga tan grande que temían que no podrían librarse nunca de ella.

Por eso precisamente no podía permitirse atarse demasiado a Ford. Ya luchaba todos los días de su vida porque no la hundiera la culpa. No podía incrementar esa culpa arrastrando a otra persona por el barro.

Más aún, ¿y si la próxima vez moría de verdad? Ya era demasiado tarde para no querer a su familia y que no la quisieran a ella.

Pero no necesitaba añadir a otra persona a la lista.

—Estoy bien —cerró los ojos, dejó que Ford la tapara y fingió que se disponía a dormir—. Gracias por esto. Solo necesito dormir un poco. Tenías razón.

—Buena chica —la cama se hundió bajo el peso de él y un puño invisible estrujó el corazón de ella cuando la besó con suavidad en la frente—. Hablaremos luego. Ahora duerme.

Beth esperó con los ojos cerrados hasta que él salió y entonces se sentó en

la cama. Extendió un brazo y examinó la piel pálida.

Sí. Ya empezaba a haber eritema. No había prestado atención. Tenía la boca seca y las articulaciones rígidas y doloridas, aunque lo había achacado al trabajo físico que había hecho.

¿Cómo había podido ser tan estúpida?

Tenía que ir a urgencias a que la vieran. Por su mente pasó el recuerdo de lo que había ocurrido la última vez, cuando los síntomas habían sido fuertes y rápidos y su cuerpo se había deteriorado con tal velocidad que había estado a punto de morir. El pulso empezó a latirle con fuerza. El miedo a que se repitiera aquello le producía náuseas.

Pero... ir a urgencias costaba dinero. Dinero que no tenían, sobre todo en ese momento. Hizo un gesto de dolor al pensar en la gran cuota final, en lo profundamente enraizadas que estaban todas en aquella casa.

No había tenido un rebrote desde aquella primera vez porque se había cuidado muy bien. Comía bien, hacía ejercicio y tomaba las vitaminas y los suplementos prescritos. Esa vez no podía ser tan grave y, si iba a urgencias sin que fuera necesario, se derrumbaría bajo el peso de la culpa.

Se pondría bien. Solo tenía que descansar.

Se acomodó sobre la almohada, sin hacer caso de lo doloroso que era mover las extremidades. Para contrarrestar la boca seca, bebió agua de la botella de la mesilla.

Si hubiera estado despierta para verlo, le habría sorprendido la rapidez con la que la fatiga la arrastró al sueño.

—Tesoro, creí que habías dicho que esta mañana a las ocho tenías un cambio de aceite —Jo entró en el cuarto de Beth y sus palabras se abrieron paso por entre el sueño enfebrecido de esta. Se despertó con un sobresalto y miró a su hermana con ojos muy abiertos mientras su cerebro se esforzaba por funcionar.

No podía moverse. Le dolía todo. Y algo no iba bien en su respiración. Abría la boca y el pecho se movía, pero no podía inhalar aire suficiente.

Vio, paralizada, que su hermana la miraba con terror. Jo cruzó la estancia, la tomó en sus brazos y le apretó la espalda y el pecho como si intentara meterle aire a la fuerza en los pulmones. Beth sintió que Jo temblaba contra ella, o quizá fueran sus propios temblores. Pero la voz que gritó en la habitación no

era suya, pues ella no podía inhalar aire suficiente para emitir ningún sonido.
—¡Mamesie! ¡Meg! ¡Amy! ¡Socorro!

Capítulo 17

A la mañana siguiente, Ford conducía intranquilo por las calles del South End de Boston. A Beth le ocurría algo.

Algo más que el susto por haberle dicho que podía enamorarse de ella.

Pensó en su aspecto del día anterior, en la pérdida de peso evidente en sus mejillas hundidas. En la piel tan pálida que casi era transparente.

Ella había quitado importancia a la fiebre y a las manos hinchadas. Le había dicho que simplemente no dormía bien y solo estaba cansada.

El instinto le decía a Ford que era más que eso. Le había contado que había estado enferma, tanto que eso la había obligado a cambiar de vida.

Pero todavía no confiaba en él lo suficiente para decirle qué le había pasado exactamente. Y él había querido esperar a que se abriera a él, mostrarle ese respeto.

Algo no iba bien.

Llevó la SVU a un lado de la calle, sin hacer caso de los toques de claxon ni del rechinar de neumáticos de su vehículo. Alzó las caderas y sacó el teléfono móvil del bolsillo. Entró en el navegador y escribió unas palabras con el pulgar.

Beth Marchande enfermedad

Los primeros artículos que aparecieron en la búsqueda eran bastante genéricos, con titulares como «Joven cancela gira de piano por problemas de salud». Aunque Beth había conseguido algo que lograba poca gente, un contrato para grabar, todavía no era un nombre muy conocido. Los entusiastas del piano sabían quién era, y la gente que estaba a la última en música también, pero no había logrado la gran popularidad de las Gagas, las Katys o las Rihannas de este mundo.

La frustración de Ford aumentaba a medida que pasaba páginas. Por fin, en

la décima entrada, unas palabras le llamaron la atención. A parecer, las había escrito ella. Era una entrada en la primera página de su web, que llevaba mucho tiempo sin actualizarse.

Pinchó y se encontró con una imagen asombrosa. Allí estaba su chica, con sus curvas elegantes enfundadas en un vestido negro estrecho que formaba una V sexy en la parte delantera. Las mangas negras finas de la chaqueta que llevaba encima apagaban los colores de los tatuajes, pero los tonos más brillantes se seguían viendo a través de la tela.

Estaba sentada en el banco de un piano, uno bastante lujoso, aunque Ford no entendía mucho de instrumentos, con las piernas cruzadas con modestia y una mano apoyada levemente en las teclas. Tenía las piernas desnudas y allí los tatuajes asomaban burlones por debajo de las cintas de raso que partían de sus zapatos de tacón alto y envolvían sus pantorrillas de un modo muy tentador.

Llevaba el pelo recogido en un moño elegante, pero Ford sonrió al ver que el pelo era del color rosa del algodón de caramelo. Sonreía a la cámara, una mujer joven con el mundo al alcance de la mano. Pero Ford pasó los dedos por la imagen de su cara con el ceño fruncido.

Algún maquillador había trabajado en aquella cara, suavizando la piel naturalmente rosada de Beth, dibujándole la misma raya que se pintaba Peyton, que Ford creía que se llamaba contorno, y añadiendo algo ahumado a sus brillantes ojos azules para resaltarlos. Sus labios eran de un rojo brillante y sus cejas estaban retocadas con lápiz de un modo dramático.

Estaba fantástica.

Espectacular.

Pero a él le gustaba más con el mono de trabajo y grasa en la nariz.

Fue bajando por la página y encontró el mensaje en el apartado de Inicio, una nota de Beth para sus fans.

Sé que a muchos os decepciona que haya anulado el resto de mi gira. Siento mucho tener que anunciar esto, pero debido a un problema de salud, no cambiaré estas fechas por otras ni programaré más giras en un futuro próximo. No es fácil para mí anunciar esto y quiero daros las gracias a todos por haber participado conmigo en este hermoso viaje musical en el que me he embarcado estos últimos años.

Dios os bendiga, Beth

El mensaje era vago, impreciso, igual que lo había sido ella con él, pero a medida que avanzaba en los comentarios, Ford empezó a conseguir más información. Aparecían los inevitables comentarios desagradables de los *trolls*. Le puso de mal humor leer algunas de las porquerías que le había dicho la gente.

Un comentario largo atrajo su atención. Se quedó paralizado al leerlo.

CHICAPIANO94:

Mi hermana es médico de urgencias en Cincinnati y tengo una exclusiva. A Beth la ingresaron la mañana anterior al día en que canceló el primer concierto y la metieron en la UCI. Le diagnosticaron una enfermedad autoinmune llamada lupus.

TECLASTECLASTECLAS:

¿Y qué? Mucha gente tiene autoinmunes. Mi cuñado tiene la enfermedad de Crohn, pero se levanta de la cama y va a trabajar todos los días. Ella es una puta vaga.

ADAM4732:

¿Y va a sacar nuevas fechas para los conciertos?

CHICAPIANO94:

Sois unos gilipollas. La ingresaron porque todo su cuerpo se bloqueó. Supongo que había ignorado que estaba enferma porque seguramente pensaba que era solo fatiga por los conciertos. Estuvo a punto de morir. Mi hermana no creía que fuera a sobrevivir. No es aconsejable que haga giras con esa enfermedad autoinmune.

ADAM4732:

¿Por qué te dice eso tu hermana? ¿No se supone que tiene que guardar los secretos de los pacientes? ¿Qué mierda es esta?

CHICAPIANO94:

Da igual, tíos. Solo me parecía que querriais saberlo.

Beth había estado a punto de morir.

Las piezas empezaban a encajar en su sitio. Ya no bebía alcohol, mostraba una devoción inexplicable por las ensaladas y siempre la cubría un manto de reserva.

Ford estaba dispuesto a apostar hasta el último dólar que le quedaba a que en ese momento tenía una recaída. ¿Pero por qué narices no se lo decía a alguien o se iba al hospital? ¿Por qué intentaba convencerlo de que se encontraba bien?

El pago fuerte que tenían que hacer.

—Pues a la mierda.

Beth era muy terca y estaba decidida a demostrar que seguía siendo capaz de todo igual que antes de estar enferma. Se había enfurecido tanto con su familia por intentar protegerla, por hacer el pago sin ella, que luego se había puesto enferma por contribuir.

La rabia y frustración que sentía Ford explotaron en sus dedos cuando pulsó en sus contactos y luego el nombre de Beth. Puso el teléfono en manos libres, sacó el vehículo a la calle y empezó a conducir, haciendo un cambio de sentido en medio de la calle, sin hacer caso de los juramentos y toques de claxon que provocó con eso.

—¿Qué? —no fue Beth la que contestó sino una de sus hermanas.

—Creo que Beth vuelve a estar enferma —dijo él—. Creo que lo esconde porque le preocupa el dinero.

—No me digas, Sherlock —Ford estaba seguro de que se trataba de Jo. La acidez de su tono era su marca personal, pero no anulaba la preocupación, que también era evidente en su voz—. Estamos en el Boston Medical Center. Esta mañana no ha bajado a su primera cita, así que he subido a su habitación y no respiraba.

—¿Qué? —Ford tenía la impresión de que acabara de clavársele una estaca de hielo en la espalda—. No. ¿Qué pasa ahora?

—Está en urgencias —la voz de Jo era tensa y Ford captó el dolor de ella

junto con el suyo propio—. Es... Dicen que no es tan grave como podría ser. No sé lo que te ha dicho...

—No me ha dicho una mierda, así que acabo de buscarlo —él ni siquiera se sentía culpable—. Sé lo que pasó la otra vez. Sé que casi... murió.

—Sí —a Jo le tembló la voz—. Esta vez no es tan grave. Pero no podemos creer que nos lo haya ocultado. Yo no puedo creer que no lo haya visto.

—No quería que lo vierais —Ford suspiró. Apartó una mano del volante para secarse el sudor en los vaqueros—. Oye, voy para allá.

Pensaba que Jo le iba a decir que no fuera, aunque él no tenía intención de hacerle caso. Pero ella se limitó a soltar una especie de zumbido.

—Bien —dijo luego.

—Esto es inaceptable, Elizabeth Serena Marchande.

—Estoy durmiendo —Beth cerró los ojos con fuerza. El contacto de la mano familiar de su madre en la frente le hizo volver a abrirlos.

Las mujeres de su familia estaban congregadas en torno a su cama del hospital. Todas estaban pálidas, era obvio que habían dormido poco en las últimas veinticuatro horas, y ni una sola de ellas sonreía.

—Beth —Meg acercó una silla odiosa de color verde oliva, se sentó y se inclinó hacia delante para tomarle la mano—. ¿En qué demonios estabas pensando?

Había pensado que quería evitar añadir otra carga económica a su familia y, sin embargo, allí estaban. Otra factura de hospital y más estrés.

El premio de hermana del año no iba a ser para ella.

—¿Tienes idea del susto que me llevé cuando entré ayer por la mañana en tu habitación? —normalmente, Jo sería la que estaría a su lado, consolándola. En vez de eso, su fiera hermana estaba de pie al final de la cama con los pies plantados en el suelo a la anchura de los hombros. Tenía los brazos cruzados y un rostro inexpresivo que resultaba terrorífico—. Pensé que te morías. Que te morías, Beth. ¿Entiendes?

—Yo... —Beth no tenía palabras ni excusas. Había querido hacer lo correcto, pero la había cagado.

Ford asomó la cabeza en la habitación.

—Hola.

A Beth le dio un brinco el corazón al verlo, pero se le pasó cuando vio la

ferocidad de su rostro. Tragó saliva con fuerza. Su familia lo saludó, le dejó entrar en la habitación y luego salió para darles intimidad. A Beth le sorprendió bastante el modo en que Jo y él se saludaron con un gesto de la cabeza al cruzarse.

Genial. Había causado una gran preocupación a toda su familia, pero a su hermana más próxima y a su novio eso les había servido para crear un vínculo. «Estupendo, joder».

Ford se acercó y se sentó en la silla que había dejado libre Meg. Beth lo observó con inquietud. ¿Era su novio? Si no, ¿qué era? No hacía mucho que estaban juntos, pero tenía la sensación de que él llevara un trozo de su corazón en el bolsillo.

Era terrorífico.

—Antes de que digas nada, debes saber que indagué en internet y sé que tienes lupus —Beth hizo una mueca. Ford movió la cabeza—. Me gustaría que me lo hubieras contado tú. Beth, estuviste a punto de morir.

—¿Crees que no lo sé? —la voz de ella sonaba espesa por los medicamentos que circulaban en ese momento por su cuerpo.

—Beth —él le tomó la mano. Ella intentó apartarla, pero él entrelazó los dedos de ambos—. Háblame.

Ella apretó los labios. Odiaba aquello. Todo aquello.

—Olvidemos la culpa por la parte del dinero —dijo ella con voz estrangulada—. Esto es lo que siento. Cuando tienes un roce con la muerte y sobrevives, es un nuevo comienzo. El tratamiento ha dado resultado, así que es... Así que parece que la gente espere que ese capítulo de tu vida esté cerrado. Te tratan con mucho cuidado, pero el énfasis está en que sigas adelante, en que lo dejes atrás.

Tragó saliva. Intentaba buscar las palabras correctas.

—No puede haber una vuelta a la normalidad porque la normalidad ha desaparecido. No soy la misma persona que era antes. Me observo constantemente y, sin embargo, me lo niego a mí misma —agitó una mano en el aire—. Es como: «Eh, hola. Estaba esperando que se repitiera esto y, sin embargo, no lo he visto venir».

—¡Oh, tesoro! —él intentó apretarle la mano, pero ella la retiró. El simple contacto era ya demasiado.

—La supervivencia es un lugar solitario —declaró. Se miró las manos, que retorció en la sábana—. Pero para mí, es así como tiene que ser. Dijiste que te

estabas enamorando de mí, ¿pero puedes enamorarte de todo esto? Puedo volver a ponerme enferma, muy enferma, en cualquier momento. He recuperado mi vida y quiero vivirla, ¿pero cómo me vas a tratar con normalidad ahora? Vigilarás todos mis movimientos, puesto que he demostrado que no puedo cuidar de mí misma. Ese no es modo de vivir.

—¿Tú tienes peor opinión de mí por perder mi dinero? —él se inclinó hacia delante con las manos en las rodillas y una expresión fantasmal en los ojos.

—¿Qué? —ella negó con la cabeza—. Claro que no.

—¿No crees que sea menos capaz porque hice algunas cosas estúpidas? —su voz era suave.

Beth entendió lo que quería decir. Apretó los labios y observó su rostro. La gente la había llamado testaruda toda su vida.

Pero lo suyo no era nada comparado con lo de Ford Lassiter.

—Descansa, tesoro —él tendió el brazo, volvió a tomarle la mano y la apretó con fuerza—. No te dejaré marchar.

Capítulo 18

—Tienes una cita para cambiar la transmisión —le recordó Ford, después de darle un beso ligero en los labios. Ella gimió, le echó los brazos al cuello y empezó a mover las caderas contra las suyas hasta que él vio estrellas—. Eras tú la que quería volver a trabajar ya.

—Lo sé, lo sé —Beth se puso de puntillas y bajó los labios por la columna de la garganta de él. Ford gruñó, la apretó contra la puerta de la casa y cubrió el cuerpo todavía demasiado delgado de ella con el suyo—. Pero tendré que venir a verte entre cita y cita. Te echo de menos.

—¿A mí o a mi polla?

Él le dio la vuelta con una sonrisa, de modo que los pechos de ella quedaron apretados contra la puerta. Beth llevaba su uniforme estándar de camiseta de tirantes y pantaloncitos ajustados debajo del mono de trabajo, que estaba atado alrededor de la cintura.

En la semana que hacía que le habían dado el alta en el hospital no habían hecho el amor. Primero porque los doctores no le habían permitido ejercicios extenuantes y habían insistido en que ella necesitaba descansar. Y luego porque no habían tenido tiempo. Beth había vuelto a llenar su agenda de citas, desesperada por ayudar con el dinero que necesitaban para el pago grande.

Al menos ya comía otra vez, y dormía, porque le habían recetado algo para eso. Seguía muy delgada, pero había engordado un kilo, lo cual era un alivio para todos.

—¿Cuánto tiempo te queda? —preguntó él.

Le agarró la cintura con un gruñido y bajó las manos para tomarle los pechos y jugar con el piercing a través de la camiseta de un modo que sabía que a ella le gustaba. Presionó el trasero de ella contra su pelvis y frotó allí su erección creciente.

—Cinco minutos —jadeó ella. Echó el trasero hacia atrás. Ford terminó de empalmarse en cuanto la vio adoptar esa postura.

No había tiempo para que terminaran los dos, pero al menos podía hacer que su chica saliera de allí con una sonrisa en los labios.

—Deja las manos donde están —dijo.

Deshizo el nudo con el que ella había atado el mono a la cintura, lo dejó caer al suelo, agarró los pantaloncitos y tiró de ellos hasta que el material elástico se deslizó entre sus nalgas.

—¿Qué te haría correrte ahora? —preguntó.

Deslizó la otra mano sobre el estómago de ella y agarró también la parte delantera del pantalón. Empezó a tirar de la prenda adelante y atrás, a través de la hendidura mojada, y las caderas de ella comenzaron a moverse al mismo ritmo.

—Que me trates como si no temieras que me rompa —ella bajó la cabeza y el pelo suelto le cayó sobre la cara—. Haz lo que quieras, pero sé brusco.

La sangre que le quedaba a él en la cabeza bajó de golpe a su entrepierna. Estaba duro como una piedra y la necesidad de introducirse en la grieta pecadora de ella era casi cegadora.

No había tiempo. Pero podía hacer que ella se sintiera bien.

—No te muevas —dijo. Soltó el pantaloncito, dejándolo donde estaba, clavado en la hendidura del trasero y dejando las nalgas redondas a la vista.

Vaciló un momento. Aquellas nalgas no eran tan redondas como de costumbre y se recordó que ella seguía aún convaleciente. Si era duro con ella, ¿no entorpecería eso su curación?

—Date prisa —ella movió el trasero con impaciencia—. Tres minutos. ¿O tengo que hacérmelo yo?

—Eres una maleducada —él alzó la mano con un gruñido y la dejó caer sobre la nalga derecha. Ella gritó, pero el golpe audible del azote ahogó su grito.

—¿Esto es lo que querías? —él le dio otro azote en la nalga izquierda, seguido de una serie de golpes más leves entre las piernas, justo encima del pubis de ella.

Ella se tensó cuando deslizó los dedos entre sus piernas y empujó por debajo de la tela estirada del pantalón corto.

—Tú sabes que sí —ella se apretó en torno a sus dedos. Ford se acercó y cubrió el cuerpo de ella con el suyo. Deslizó la mano libre en el sujetador de

ella y jugó con el pezón del aro.

Beth tenía razón. Había desarrollado un fetiche con eso. Si tenía suerte, la convencería para que se pusiera otro en el otro pezón.

—Me gustaría estar dentro de ti —sabiendo que sus palabras la excitarían más, deslizó los dedos entre sus piernas al tiempo que pellizcaba con brusquedad el aro de oro del pezón—. Tengo la polla tan dura que me duele. Pero tendremos que conformarnos con esto hasta que tengamos tiempo.

Puso los dedos en forma de tijera dentro de ella y encontró el punto suave y carnoso que siempre la hacía gritar. Esa vez no fue distinto, y cuando lo frotó con un dedo, ella explotó a su alrededor, gritando y frotando su pecho con fuerza en la mano de él, suplicándose así que tirara de él.

Cuando remitieron sus temblores, mantuvo las manos planas en la puerta mientras jadeaba para intentar respirar. Ford retiró los dedos, la abrazó por detrás y le besó el cuello.

—Te quiero, Beth —su voz era dura y esperó la reacción de ella con el cuerpo en tensión. O a que le diera las gracias de nuevo como hacía Ross en un episodio de *Friends* con la chica a la que había conocido en China—. No tienes que decírmelo tú a mí, pero quiero que sepas que no me estoy enamorando, ya lo estoy.

Beth colocó sus manos sobre las de él, que estaban en su cintura, y guardó silencio un momento. Lo bastante para que los nervios de él empezaran a flotar por sus venas como pájaros migratorios. Después ella ronroneó con satisfacción y echó la cabeza atrás para mirarlo a los ojos.

—Yo también te quiero —dijo. Tragó saliva y miró la línea de su garganta cuando ella se giró en sus brazos—. Me da muchísimo miedo, pero eso ya lo sabes.

Se alzó de puntillas y lo besó en los labios.

—Y ahora tengo que irme.

—Una cosa más —él le pasó las manos por el pelo mientras ella se colocaba bien el pantalón y se subía el mono—. Y escúchame.

Ella alzó la vista del nudo que ataba y enarcó una ceja.

—Sé que seguis estresadas por el dinero y sé que hay muchas probabilidades de que no podáis hacer ese pago.

El rostro de Beth se ensombreció y Ford lanzó un juramento. No le gustaba verla infeliz. Quería hacer todo lo que pudiera por evitárselo. Y por eso se le había ocurrido aquella idea.

—Espero que no estés ofreciendo pagarlo por nosotras —dijo ella. Sus ojos escupían llamas azules.

Cuando ella estaba en el hospital, Ford había considerado hacer justamente eso. Pero no le gustaba tener que enfrentarse a las cinco mujeres Marchande. Eran orgullosas y eso lo entendía. No las insultaría cuando sabía que era imposible que aceptaran.

Eso le había hecho pensar.

—Primero permíteme recordarte algunas de mis credenciales —dijo. Se enderezó y alzó una mano para ir enunciándolas con los dedos—. Monté Hoteles Lassiter a los veintitrés años. Lo hice con dinero propio porque no quería ser un chico que dependía del fideicomiso familiar. Gané mi primer millón a los veinticinco y convertí un solo hotel en un conglomerado global.

—¡Ajá! —la voz de ella era seca, pero él vio una chispa de curiosidad en sus ojos—. ¿Esto es tu idea de una charla sexy?

—¡Chist! —ella resopló y él se lo tomó como una señal para continuar—. También perdí luego la mayor parte de mi dinero, pero estoy buscando una nueva oportunidad. No necesariamente una que me haga ganar mucho dinero, pero sí una que me haga sentir bien.

—Continúa.

—Hay muchos hoteles en Boston. Muchos moteles y muchas posadas. Pero hoy la gente está tan sobreestimulada por los artilugios tecnológicos y las redes sociales que quiere algo más sencillo. Una experiencia más auténtica.

—Hablas como un comercial —ella alzó los ojos al cielo—. Llega al fondo.

—La primera vez que estuve en tu taller, vi que tenéis un solar amplio, con una forma rara. Hay mucho espacio desperdiciado. Espacio que se podría utilizar —normalmente no se detenía en medio de una charla promocional, pero en aquel momento hizo una pausa—. Si no te gusta esta idea o no le gusta a tu familia, no pasa nada. Pensaré en otra cosa. Pero quería comentártela.

—Si no me la cuentas no puedo saberlo —ella golpeó la puerta con el dedo—. Tengo medio minuto.

—Los microhoteles son el próximo boom —él hizo una pausa, buscando las palabras correctas—. Lo que propongo es que me alquiléis una parte de vuestro terreno para hacer uno. Desde fuera parecerá solo que hay otra casa en el terreno, pero podrá acomodar unos dieciséis huéspedes a la vez. Y creo que estará siempre lleno.

Beth frunció el ceño. Intentaba asimilar aquello.

—¿Y quién será el dueño de la estructura si está en nuestro terreno? ¿Qué pasa si odiamos tenerlo ahí? ¿Quién lo dirigirá?

—Eso son detalles que tendremos que discutir —musitó él. Sentía ya el entusiasmo que siempre le producía un proyecto nuevo—. Pero mi sugerencia es que yo, o mejor dicho la empresa que montaré, asuma la responsabilidad de construir un plano que vosotras aprobaréis, en un terreno que me cederéis por un periodo de cinco años y que se vuelva a negociar después. Al final de ese periodo, el trato se puede renovar o cancelar. Tendréis la opción de comprar la estructura a un precio especial y os garantizo que para entonces habréis ganado dinero suficiente para hacerlo.

El rostro de Beth era inexpresivo, pero él sabía que le daba vueltas en la cabeza. Para su sorpresa, ella lo abrazó y lo besó en el cuello.

—Me gusta. Es decir, tengo que pensarlo y decírselo a las otras y ver lo que piensan —le brillaban los ojos y él adivinó que estaba imaginando las posibilidades—. Pero si nos ayuda a conservar la casa... ¡viva!

Se apartó, lo miró, y a él le asustó ver un brillo de lágrimas en sus ojos.

—¡Oh, no! No llores —la miró alarmado—. No podré soportar que llores.

—No lloro —Beth aspiró aire con fuerza, lo soltó y tiró de la puerta. Lo miró por encima del hombro y sonrió—. Eres un hombre increíble, ¿lo sabes?

—Más tarde te demostraré lo increíble que soy —Ford hundió una mano en el pelo de ella y le dio un beso profundo—. He comprado algo que creo que te va a gustar. Una pista. Tiene que ver con pinzas y con tus hermosos pezones.

—Eres un provocador —ella fue a salir, pero se detuvo en seco—. ¡Ah, hola!

—Hola —encima de los escalones había un hombre vestido con un traje impecable, que Ford reconoció enseguida como un traje de Armani.

Era casi tan alto como Ford y tenía la misma constitución y el mismo pelo rubio espeso, aunque el del hombre estaba entremezclado con canas. Ford miró la acera y vio un automóvil de alquiler negro elegante, donde sin duda habría un chófer cuyo nombre el hombre no sabría pero al que habría dicho que esperara allí el tiempo que hiciera falta.

—Hola, Ford —el hombre le sonrió y Ford notó que las barreras que había bajado se levantaban de nuevo—. ¿No me vas a presentar a tu amiga?

—Esta es Beth —Ford pasó una mano por la espalda de ella en un gesto de posesión. Agarrado a ella, sonrió, pero fue una sonrisa tensa, fría.

—Beth. Este es mi padre.

—¿No me vas a invitar a entrar en tu... hogar? —Bruce Lassiter miró la casa sin molestarse en ocultar lo que pensaba de ella, pensamiento que resultaba evidente en su rostro. Beth había tenido que irse y Ford se alegraba mucho de eso—. Había pensado venir con el Beamer, pero cuando descubrí en qué barrio vivías, cambié de idea. Imagínate dejar eso aparcado en una de estas calles.

—¿A qué has venido, papá? —Ford entornó la puerta a sus espaldas. No había necesidad de invitar a entrar a su padre, solo provocaría más desaprobación.

Bruce suspiró pesadamente, como si Ford fuera una gran prueba que tenía que soportar. Probablemente así era, pero lo que no entendía era que la sensación fuera mutua.

—Mi hijo lleva casi dos meses en Boston y no ha venido a verme —las palabras de Bruce eran una flecha, pero la puntería era correcta—. Así que he venido yo al South End a verte a ti. A intentar que entres en razón.

—No vamos a repetir esto —Ford suspiró, echó la cabeza atrás y miró al cielo. Estaba cubierto por nubes densas, lo que presagiaba tormenta. Si la suerte estaba de su parte, las nubes se abrirían ya y lo librarían de esa conversación.

—Es que no comprendo por qué vives así —Bruce miró calle abajo y fijó la mirada dos casas más allá, donde había un coche colocado sobre bloques en mitad del césped.

—Bueno, tú nunca me has comprendido, así que eso no es nada nuevo.

—Ford —Bruce le lanzó una mirada exasperada—. He trabajado mucho para darte una vida de ocio. Nunca has tenido que trabajar y nunca he entendido por qué sientes la necesidad de esforzarte tanto. Por no hablar de vivir... así.

Ford se pellizcó el puente de la nariz.

—Y menos ahora —Bruce estaba lanzado—. Tienes un fideicomiso esperándote. ¿Qué demonios haces en este agujero? Vuelve a Los Ángeles con esa mujer con la que estabas prometido. O búscate una versión más joven. Pero no toleraré que un hijo mío viva así.

—Papá, todo el éxito que has tenido tú ha sido porque el abuelo te lo dio

hecho —un hombre que, en opinión de Ford, no era mejor que Bruce—. Y no sé cómo decirte esto, pero me gusta vivir aquí.

Y era cierto. Jamás lo habría imaginado, pero disfrutaba con el trabajo físico de arreglar su casa. Le gustaba mirar luego el trabajo y saber que lo había hecho con su sudor.

—Siempre has sido un niño —Bruce sonrió, pero su sonrisa era puro hielo—. Siempre estabas seguro de que eras mejor que yo.

—La misión de mi vida ha sido ser mejor que tú —dijo Ford.

Era cierto, pero le dolía decirlo. Había llegado a aceptar que su padre y él nunca se entenderían, pero todavía sentía cariño por él. En alguna parte. En un lugar muy hondo.

—Quería ganarme la vida. Quería probar que podía fijarme un objetivo y hacerlo realidad. Y Dios sabe que quería tratar a las mujeres mejor de lo que las has tratado tú toda tu vida.

—¿Por eso has comprado pinzas para los pezones de tu novia? —Bruce se echó a reír con las manos en los bolsillos del pantalón—. En eso no puedes engañarme, hijo. Eres tan pervertido como tu viejo. Lo has sido desde que supiste lo que era el sexo. ¿Las películas duras donde había dolor? Sí, te gustaban esas. ¿Crees que no me daba cuenta?

Ford volvió a sentirse como si tuviera catorce años y estuviera viendo una de esas películas con su padre cerca. Le resultó casi imposible reprimir la vergüenza.

—¿Y esa amiguita tuya? Parecía el tipo de mujer a la que le gusta lo duro —Bruce sonrió con suficiencia—. No me digas que no le das bien. De tal palo, tal astilla.

—¡Márchate! —una náusea amarga cubría la garganta de Ford—. No pienso quedarme en los escalones de mi casa, que he comprado con mi propio dinero, y escuchar esta mierda. No vuelvas nunca por aquí.

—No se me ocurriría —Bruce adelantó una bolsa de papel que sostenía en la mano y la dejó en un escalón—. Te he traído una muestra de la buena vida como recordatorio. Pero contigo está desaprovechada.

Ford señaló la acera. Bruce se fue, pero Ford siguió oyendo su risa burlona mucho después de su marcha.

Capítulo 19

Cuando terminó el trabajo del día, Beth entró en la casa a ducharse antes de volver a casa de Ford. El cuerpo le cosquilleaba todavía por las caricias de él y sentía un escalofrío de anticipación cada vez que pensaba en lo que podía ocurrir esa noche.

Al cruzar la sala, posó la vista en el piano. Le gustaba tocar todos los días y hacía más de una semana que no lo hacía.

Levantó la tapa y se sentó en el banco. Movi6 los dedos por las teclas viejas, se detuvo un momento, sonrió y empezó a tocar una versión de *Clocks* de Coldplay.

Tendría que tocársela a Ford la próxima vez que fuera por allí. Lo cual probablemente sería pronto, si su familia acogía la idea de él como ella anticipaba.

Su teléfono móvil vibró en el bolsillo con una llamada entrante. Sintió tentaciones de dejar que saltara el buzón de voz y seguir tocando, pero si era alguien de su familia para ver cómo estaba, se asustaría si no contestaba.

—Hola, Amy —dijo, al ver el taller de tatuajes de su hermana en la pantallita. Había acertado; una de sus hermanas quería preguntar cómo estaba—. He terminado de trabajar y estoy bien. Lo prometo. Voy a hacer algo de cenar, a ducharme y salir para casa de Ford.

—Te llamo por eso —dijo Amy. Beth oía el ruido de fondo que hacían las agujas de otros tatuadores—. Ford está aquí.

—¿Qué? —Beth frunció el ceño—. No me parece de los que se hacen tatuajes.

—Yo he pensado lo mismo —la voz de Amy sonaba muy seria—. Pero está tan borracho que podría perder el sentido. Asumo que eso tiene algo que ver.

—He salido de su casa hace dos horas y estaba bien —protestó Beth.

Recordó la visita del hombre con aspecto de tiburón—. ¡Mierda! Cuando yo me iba, apareció su padre. Seguro que tiene que ver con eso. Voy a buscarlo.

—Tank lo está cargando en su furgoneta. Lo lleva a su casa, si tú vas para allá.

—Voy ahora mismo.

Beth volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo. Después de dudar un momento, tomó las llaves del Toyota deportivo que había en su taller. Acababa de trabajar en él, pero la clienta, una amiga del instituto, no lo recogería hasta la mañana siguiente.

Beth creía que a Natalie no le importaría. Era una emergencia. Se sentó al volante del pequeño coche rojo, sin notar apenas el olor familiar del limpiador con el que había limpiado el salpicadero. La hija de Natalie siempre tenía los dedos pegajosos.

Ford no era el tipo de hombre que se emborrachara. Le gustaba estar en control.

—¿Qué coño había pasado?

—Está en el baño —dijo Tank.

Era uno de los artistas que trabajaban en el taller de Amy y Beth solo lo había visto un puñado de veces. Con más de uno ochenta y cinco de alto y constitución de jugador de rugby, hacía honor a su nombre, «tanque». Beth no tenía que preguntarle cómo había cargado hasta el baño con un hombre que tampoco era pequeño.

—Ayúdale a ducharse. Apesta.

—Gracias, Tank —Beth le estrechó la mano con calor—. La próxima vez que necesites cambiar el aceite invita la casa.

—Te lo recordaré —él señaló con el pulgar su furgoneta, cubierta de dibujos hechos con pintura de espray—. La bestia hace un ruido sordo. Iré la semana que viene.

Beth entró en la casa y cerró la puerta con llave a sus espaldas. Cuando dejó la chaqueta en el banco donde la dejaba siempre, se le ocurrió pensar en lo cómoda que se sentía allí. Lo bastante como para entrar por su cuenta y dirigirse al baño del dormitorio principal, que asumía que era donde Tank había dejado a Ford.

El olor a whisky era lo bastante fuerte para emborracharla solo con

respirar. Beth tuvo una arcada y miró a Ford, que estaba reclinado, completamente vestido, en la bañera antigua de color aguacate.

—Esta no es una buena imagen —dijo. Se dejó caer de rodillas y empezó a sacarle la camiseta por la cabeza. Él gruñó, pero le permitió desnudarlo como si fuera un muñeco de trapo.

Como no podía levantarlo, optó por llenar la bañera. Le enjabonó el cuerpo y el pelo, consciente de que él tenía los ojos fijos en ella en todo momento. Cuando luego lo ayudó a levantarse, parecía un poco más sobrio, aunque no dejaba de tambalearse cuando ella lo secó con una toalla y lo arrastró a la cama.

—Tienes que dormirla, sir Lassiter.

Lo ayudó a tumbarse en un lado, lo tapó con el edredón y a continuación se desnudó y se acostó en el otro lado. Era inútil intentar hablar con él estando tan borracho, así que decidió esperar hasta la mañana siguiente.

Le sorprendió que él se colocara de lado y la mirara.

—Mi padre apesta —dijo con voz pastosa. Tendió una mano hacia la mejilla de ella, pero falló y la mano se posó sobre la boca y la nariz—. Todo él es horrible. Yo no soy horrible en todo, pero hoy me ha recordado la parte de mí que es horrible.

—Suponía que había una razón para esta parranda con whisky —ella apretó los labios—. ¿Por qué whisky? Mañana vas a estar hecho mierda.

—Mi padre sabe que soy un perverso —Ford frunció el ceño, intentando concentrarse—. Se ha metido conmigo recordándome la adolescencia. Está orgulloso de eso. Dice que de tal palo, tal astilla.

A Beth se le encogió el estómago.

—No debería tratarte así —dijo. Lo vio tragar saliva y se dio cuenta de que necesitaba agua—. No debería ser esa clase de hombre.

Empezaba a estar furiosa. No con Ford, sino con el gilipollas que lo había engendrado. Ford no estaba todavía totalmente cómodo con lo que le gustaba y eso era lo último que necesitaba en aquel momento.

Abrió la boca para discutir, pero Ford ya tenía los ojos cerrados y se había dejado caer boca arriba. Beth pensó que estaba dormido, pero él dijo una cosa más antes de empezar a roncar. Una cosa que hizo que a ella se le helara la sangre.

—No soy lo bastante bueno para ti.

Ford captó el olor a café antes incluso de abrir los ojos.

Lo necesitaba. A ser posible un cubo lleno, para meter la cabeza dentro.

Se sentó en la cama y soltó un gemido cuando lo cegó la luz de la mañana. Unos pinchazos atravesaban su cráneo y se agarró la cabeza con las manos en un esfuerzo porque callaran los tambores.

En su mesilla había un vaso de zumo de naranja y dos aspirinas. Beth. Aquella mujer era una diosa.

Ford entró en el baño tambaleándose, se cepilló los dientes para acabar con la sensación de pastosidad y a continuación se duchó para eliminar el sudor alcohólico. Se puso la primera camisa y pantalón de chándal que encontró y se dirigió a la cocina.

Beth estaba sentada a la mesa jugando con el teléfono móvil y tomando una taza de té. Una taza que decía Hoteles Lassiter.

Ford pensó que tenía que librarse de esas tazas.

Ella lo miró cuando él se sentó a su lado. Ford asumió que la tostada fría que había en la mesa era para él y la comió en silencio, consciente de que los ojos de ella estaban fijos en él.

—¿Mejor? —preguntó ella cuando él apartó el plato. Ford se inspeccionó y asintió. No estaba de maravilla, pero sobreviviría.

Hasta que no terminó una taza de café no se aclaró su vista lo bastante para ver bien a Beth. Estaba allí, lo cual ya era algo, pero su actitud era... extraña. Rígida.

¿Qué coño le había hecho?

—¿Te acuerdas de anoche? —preguntó ella.

Él se pasó una mano por la cabeza con un gesto de dolor.

—Sí. Estoy confuso, pero sí. Hasta el momento en el que me metiste en la cama.

—Mmm —ella dejó la taza sobre la mesa con un golpe—. ¿Recuerdas lo que me dijiste?

—No —«joder, joder».

—Entiendo —ella cruzó las manos, luego cambió de idea, levantó una y empezó a tachar artículos de una lista—. Me dijiste que tu padre era un gilipollas. Es verdad que solo lo vi un momento, pero por el modo en que me miró las tetas me siento inclinada a estar de acuerdo.

A Ford le dio un vuelco el estómago.

—Como nosotros no somos la suma de nuestros padres, eso no me preocupó gran cosa. Lo que sí me molestó fue cuando te comparaste con él. Más concretamente, cuando me dijiste que no eras digno de mí porque eras un hombre muy malo por ser un perverso como tu viejo.

Él lo recordó todo entonces. Recordó la vergüenza que había sentido cuando su padre se había burlado de él por pensar que se había distanciado de su viejo.

La terrible sensación de que Bruce tenía razón, de que, a pesar de todos los esfuerzos que había hecho, estaba cortado por el mismo patrón.

—Él tiene razón—ya fuera porque estaba hecho una mierda, por el modo en que el sol se colaba en sus ojos cegándolo o porque estaba en bancarrota emocional después de lo de la noche anterior, lo había dicho y no le apetecía retirarlo—. ¡Madre mía, Beth! Contigo precisamente no debería ponerme duro y perverso.

—¿Te estás quedando conmigo? —ella golpeó la mesa con las manos y las tazas salieron volando—. ¿Conmigo precisamente? ¿Qué mierda significa eso?

—Tú sabes lo que significa —él no pudo evitar que esas palabras salieran de su boca, quizá porque había que decir las para que sus miedos más profundos vieran la luz del día—. Significa que no quiero ser responsable de enviarte de nuevo al hospital por ser un cabrón perverso.

—Supongo que se te ha pasado por alto que me gusta que seas un cabrón perverso —él no contestó y Beth se puso de pie—. Me largo de aquí.

Ford quería ir tras ella, quería abrazarla y no soltarla hasta que ninguno de los dos tuviera ninguna duda sobre lo que ambos querían.

Estando tan cerca el encuentro de mierda con su padre, ese pensamiento lo excitó y a la vez le dio náuseas. Dejó que ella se acercara a la puerta exudando pena por todos los poros.

Ella se volvió antes de salir y lo miró de hito en hito con sus fieros ojos azules. Lo apuntó con el dedo índice y él no pudo apartar la vista.

—Tengo una enfermedad que afecta a mi vida, sí. Tú tienes problemas con tu padre. Los dos somos fetichistas y los dos tenemos que aceptarlo. Cuando aclares tu mierda, ya sabes dónde encontrarme.

«Joder, joder, joder».

Capítulo 20

Sus hermanas estaban inquietas. Estaban las tres en el taller, donde Beth revisaba las pastillas de freno de un vehículo viejo que le había llevado un alumno de instituto. Quería tener el coche en marcha para una cita importante, pero no podía permitirse pagar por la avería. Ella le había ofrecido trabajar un poco en el taller y estaba encantada con cómo brillaba todo.

Fuera sonó un motor y sus hermanas se pusieron rígidas. Beth miró a su alrededor y se preguntó qué sería lo que desconocía y ellas sabían.

El ruido del motor se acercó y de pronto sus hermanas se echaron sobre ella. Meg le pasó un cepillo por la coleta, Amy le quitó grasa de la nariz con un trapo limpio y Jo le desabrochó el mono de modo que cayó al suelo y Beth se vio obligada a salir de él y quedarse en pantalón corto y camiseta.

—¿Pero qué demonios pasa? —intentó apartarse, pero las tres se aferraron a ella como pandas al bambú. Cuando estuvieron satisfechas de que no se iría, se apartaron y dejaron que se volviera a recibir al recién llegado.

En el taller había un Porsche Turbo plateado brillante. Tenía un lazo morado gigante y a Beth se le aceleró el pulso cuando Ford salió de detrás del volante.

No lo había visto ni oído ni sabido nada de él desde que lo dejara con resaca en la mesa del desayuno. Cuando se había ido, estaba segura de que él acabaría por aclararse, pero esa mañana había empezado a preocuparse y a preguntarse si sería capaz de superar sus sentimientos encontrados sobre lo que le gustaba y lo que quería.

—Tengo que ir a trabajar —dijo Amy. Le puso un condón a Beth delante de la cara y se lo metió en la cintura del pantalón corto antes de subir los escalones de la casa.

Meg la siguió riendo. Jo avanzó más despacio y, cuando terminó de subir los escalones, a Beth le divirtió ver que se señalaba los ojos y luego a Ford,

imitando el gesto que le había hecho la primera vez que lo había visto allí.

Con la salida de sus hermanas, se hizo el silencio en el taller. Casi demasiado silencio, pues Beth pudo oír el ruido atronador de su corazón cuando se giró a mirar al hombre que amaba, confiando en que todo fuera a ir bien.

Él le devolvió la mirada.

Al fin ella carraspeó y señaló el Turbo.

—¿A qué viene el lazo?

—Sabes lo mucho que amo este coche —Ford cruzó la distancia que los separaba y se detuvo muy cerca de ella. Beth anhelaba apretar su cuerpo contra él, asimilar su calor. Tenerlo a él—. Te amo más a ti.

Ella lo miró a los ojos, sobresaltada. Él le tendía las manos con expresión solemne. Ella las tomó con cautela y la sensación de la piel de él en la suya le produjo un escalofrío de alivio.

Miró el coche y entonces lo entendió.

—No puedes regalarme tu Porsche. No puedes.

—Tenía que hacer algo para probar lo que siento. He sido muy estúpido —él abrió los labios en una sonrisa torcida, con un lado de la boca más alto que el otro—. O esto o un anillo, preciosa. Pensé que elegirías el auto.

—¡Madre mía! —ella sabía que tenía la boca abierta, pero no podía evitarlo—. Estás loco. Y juegas sucio.

—Claro que sí. Estoy un poco loco —admitió él. La estrechó contra sí, enterró el rostro en su pelo e inhaló con fuerza. Beth se derritió contra él—. Oye, no me he curado de golpe milagrosamente. Tengo problemas. Y tú también, ¿sabes?

Ella se puso tensa, pero no dijo nada.

—Pero hay algo que sé con certeza absoluta. Te quiero en mi vida —le agarró la barbilla y le subió la cara para que lo mirara—. ¿Tú sientes lo mismo?

Después de lo que le había hecho, ella quería ponérselo difícil, pero no tuvo corazón para ello. Tragó saliva, y con ella un nudo formado por lágrimas, y asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

Él le tomó el extremo de la coleta y la enrolló en torno a su mano. Ella dio un respingo cuando le echó la cabeza hacia atrás con una sonrisa que iba pasando de aliviada a pícara.

—Además, cuando por fin aceptes ese anillo, el Turbo volverá a estar en la

misma casa.

—Eres muy malo —dijo ella.

Soltó un respingo cuando él tiró de nuevo de la coleta y bajó la cabeza para clavarle los dientes en el cuello. Respiró con fuerza cuando la mano de él agarró su pecho con firmeza y la echó hacia atrás hasta que su trasero golpeó el capó delantero del Turbo. Un calor húmedo bajó por las piernas de ella cuando él la izó encima del capó, como había hecho tantos años atrás.

—Me guste o no, parece que sí, que lo soy —contestó él.

Deslizó las manos entre las piernas de ella, que soltó un grito cuando los dedos de él frotaron el clítoris a través de los pantalones cortos.

—Y pienso pasar el resto de mi vida demostrándote lo malo que puedo ser. Porque eso es lo que los dos queremos.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com